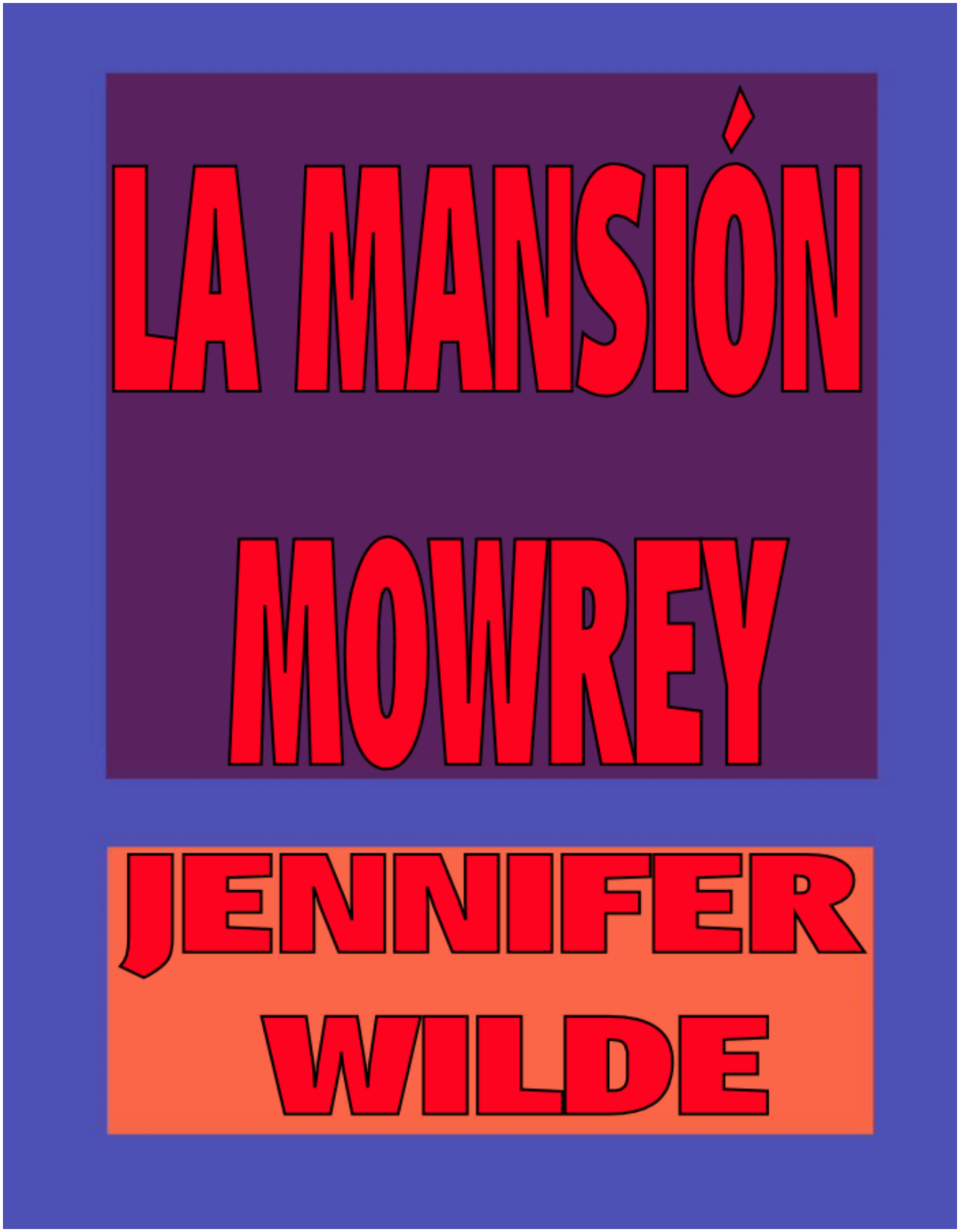


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Con mucho amor asirle Busbee y Howard Busbee, quienes me iluminaron los días.

LA MANSIÓN MOWREY
MIRANDA I

1727 – 1737

1

Hay tantas cosas que decir, y queda tan poco tiempo... tantas cosas que Miranda debe comprender, tantas cosas que debe saber y que un día sabrá, al menos en eso confío. Un día llegará en que será lo bastante madura como para comprender y perdonar. Me gustaría tomarla en este instante entre mis brazos y explicárselo todo de viva voz, para que, a través de mis ojos, viera lo que hay en mi corazón. Pero no me atrevo. Sé que me faltarían las fuerzas, y mis lágrimas podrían incomodaría. De todos modos dudo de que pudiera entenderlo todo Es más inteligente de lo que corresponde a su edad, cierto, mucho más inteligente; pero es una niña de tan sólo nueve años, y hay cosas que obviamente no puede comprender.

No, es mejor de esta manera. Voy a escribirlo todo para que ella lo lea cuando sea unos años mayor. Quizá para entonces ya habrá sentido algunas de estas mismas emociones. Y rezo para que se trate sólo de las buenas. Rezo para que llegue a conocer la felicidad que brota del alma como rayo de sol bienaventurado, y rezo para que nunca sienta la desolación que comporta la pérdida de ese rayo de sol, ni la oscuridad que invade entonces el espíritu antes tan pleno de dicha. Ojalá nunca sepa de tristezas, de dolores, ni de esperanzas perdidas.

Lo escribiré todo, y enviaré estos papeles al reverendo Williams. El acudirá en mi ayuda, lo sé. Vendrá a Londres antes de que sea demasiado tarde, se llevará a mi niña consigo a Cornualles, se ocupará de que reciba una educación correcta y, cuando juzgue que ha llegado el momento, le entregará estos papeles para que ella pueda llegar a entenderlo. Con su influencia, él logrará que llegue a manos de mi hija lo que en buena ley le corresponde. Lo hará usted, ¿no es así, reverendo? No sólo escribo esto para Miranda, sino también para usted.

Ahora ella está ahí fuera, jugando con esos desgraciados niños y aprendiendo sus mismos trucos, haciéndose tan pícara y díscola como ellos. Quisiera poder evitarlo, pero no hallo la manera. Me siento débil. Estoy recluida en esta horrible e inmunda habitación, con paredes pardas, una sucia alfombra y

Librodot

olor a rancio; las fuerzas me faltan hasta tal punto que apenas si puedo garabatear estas líneas. Ella no tiene idea de lo enferma que estoy. Cuando me enteré de la gravedad de mi mal, decidí mostrarme despreocupada y alegre con el fin de que ella lo ignore el mayor tiempo posible. Cree que estoy mejor y, ciertamente, cuando me miro en el espejo veo que lo parece. Ya no estoy tan pálida. Mis mejillas han recobrado el color, los ojos brillan. Me río con sus gracias. Le sonrío. Me muestro vivaracha, y cuando toso siempre utilizo el pañuelo y ella no ha visto la sangre.

Ha habido tanta sangre...

No debo seguir hablando de mi enfermedad. Es la voluntad de Dios, y así habré saldado mis cuentas con Él. No estoy triste. Me niego a estar triste. Anoche soñé con Jeffrey. Lo veía de pie, sobre la colina, junto a las viejas ruinas romanas, y sonreía. Sus ojos azules irradiaban felicidad. La brisa le alborotaba el espeso cabello rubio, y yo subía hacia él por la ladera; me tendía la mano, y al cogerla casi notaba aquellos dedos que tomaban con fuerza los míos mientras me atraía hacia sí. Sé que pronto estaremos juntos.

Sólo me preocupa Miranda. Esa horrible señora Humphreys que vive al otro lado del vestíbulo ya ha venido varias veces a decirme que lleve a la niña al asilo de la parroquia. "Usted no está en condiciones de ocuparse de ella - me dice-. Allí cuidarán de que esté bien comida, y de que tenga un techo sobre la cabeza. Hay cientos de niños en el hospicio."

Yo ya sé lo que es un hospicio, una cueva de horrores para los desgraciados niños que son enviados allí. Tienen una cama para cada doce, y les pegan, les dan poco de comer, y luego les hacen servir como aprendices de unos monstruos que les tratan aún peor. Niños de tan sólo cuatro años hacen de aprendiz de deshollinador y son obligados a realizar las más horribles y peligrosas tareas. A las niñas las envían a fábricas en las que trabajan quince horas al día en abarrotados y mal ventilados cuartuchos donde apenas hay luz, y se les da la comida justa para que puedan sostener sus escuálidos cuerpecitos.

La mortalidad de los niños confinados en los hospicios es enorme, sobrecogedora, y nadie parece preocuparse lo más mínimo por ello. A los pobres críos que no pueden servir como aprendices les envían a pedir por las calles, y les hacen mostrar sus miembros raquíticos o sus muñones para que así susciten más compasión.

No, no, Miranda no irá nunca a un hospicio, y menos a éste de St. Giles, el peor de Londres según tengo entendido. Se ocupará usted de ello, reverendo Williams, ¿verdad? Atienda a mi súplica, al leer estos papeles. Venga, por favor. Salve a mi niñita de ese atroz destino, se lo ruego.

Ha cambiado mucho desde que nos vimos obligadas a dejar la habitación del barrio de Battersea para venir aquí, a St. Giles. La alegre, traviesa y encantadora criatura que bajaba por las calles de Lichfield para dar migas de pan a los patos del estanque se ha vuelto marrullera, maliciosa y pícara. Siempre lleva la cara sucia y el vestido manchado. Ha empezado a utilizar las más chocantes expresiones, y últimamente incluso habla con el acento de esos pilluelos con los que se pasa el tiempo callejeando. Nunca me dice adónde ha ido, ni lo que ha estado haciendo. No importa cómo se lo pregunte, siempre se las arregla para evitar responderme, cambia hábilmente de tema y se cierra en banda.

Es demasiado inteligente, demasiado vivaz, demasiado independiente para su edad. Esto me preocupa enormemente, pero supongo que, dadas las circunstancias, en realidad casi debería considerarlo una bendición.

Hace varios meses que estamos sin un céntimo, y llegué a temer que también nos echarían de este infecto lugar, temí que nos moriríamos de hambre, y fue entonces cuando Miranda empezó a traer monedas a casa, solamente unas cuantas cada día, pero lo suficiente como para poder seguir aquí y no pasar hambre. Me aseguró que las conseguía "haciendo recados" a la gente, pero cuando le pregunté qué clase de recados se mostró extraordinariamente evasiva.

- No te preocupes nada, mamá - dijo con presteza-. Pronto te pondrás bien, y entonces volverás a coser y podremos mudarnos a un sitio mejor. Hasta entonces yo cuidaré de las dos.

-Miranda...

- Hoy he visto por la calle el cachorrito más bonito que te puedas imaginar, mamá. Era muy despabilado y juguetón, de lo más adorable. Cuando tengamos casa otra vez, ¿podré tener un perrito para mí?

Demasiado débil para seguir insistiendo, empecé a toser convulsivamente, apretando el pañuelo contra la boca, con mucho miedo de que viera la sangre. Miranda fue corriendo a traerme la medicina, me dio una cucharada y me ayudó a meterme en la cama. Me cogió la mano, que estrechó tiernamente, y cuando el medicamento empezó a hacerme efecto se puso a leerme a nuestro querido Shakespeare, declamando las sonoras frases con increíble facilidad y pronunciando las palabras más difíciles sin cometer el más pequeño error. Me dormí al arrullo de su dulce voz y de aquellos maravillosos párrafos.

Desde aquel día Miranda ha seguido trayendo monedas, y ahora que yo ya no puedo salir a la calle ella misma va a pagar el alquiler y a comprar comida, y corre a la farmacia a buscar los cada vez más frecuentes frascos de medicinas. Parece como si nuestros papeles se hubieran intercambiado: yo soy la niña ahora, y Miranda la solícita madre. Me cuida, mientras conversa conmigo alegremente, intentando por todos los medios hacerme sonreír con sus amenas e imaginativas narraciones, y yo simulo sentirme más fuerte de lo que en realidad estoy para que ella siga creyendo que pronto sanaré del todo.

Hace una semana se presentó a visitarme una persona de lo más extravagante, una mujer que se hace llamar Molí. Es muy obesa, y vestía un traje color púrpura escotado y adornado con puntillas negras hechas jirones. En el pelo, de un chocante color naranja, lucía desenfadados tirabuzones que le pendían a ambos lados de la cara. Llevaba mucho colorete en las regordetas mejillas, la boca pintada de vivo escarlata, y su perfume era tan penetrante que yo estaba deseando poder abrir la ventana. Tiene la voz ronca y carrasposa a causa de la ginebra, pero a pesar de todo esto se mostró conmigo extraordinariamente amable. Me dijo que "la pequeña Randy" le había hecho "un pequeño servicio", y que ella había querido venir a agradecérmelo personalmente. Antes de que yo pudiera impedirlo, me puso algo de dinero en la mano y salió de prisa de la habitación, dirigiéndose hacia la escalera que bajó ruidosamente, martilleando en los peldaños con los altos tacones.

Miranda se mostró muy reservada cuando le pregunté acerca de la mujer. Me dijo que había perdido el bolso, y que ella, Miranda, lo había encontrado y se lo había devuelto. Cuando le pregunté si sabia dónde vivía, vaciló antes de contestar, y finalmente me dijo que la señora Molí vivía en una pensión. Me temo que se trate de un lugar poco recomendable, y le prohibí a Miranda que volviera a ver de nuevo a la mujer, sea quien sea. La señora Humphreys es una notoria entrometida, y se enorgullece de saber todo lo que pasa en el vecindario. Me informó con malicioso regocijo de que mi visitante es públicamente conocida

como la Gran Molí y de que vive en un burdel de la cadena que regenta un tal Black Jack Stewart.

- Esa mocosa suya va por mal camino - me predijo-; todo el día paseando por las calles con esa banda de gamberretes y hablándose con gentuza como la Gran Molí. Tiene que mandarla al hospicio. Deje que yo lo arregle, querida. Conozco a una de las niñeras que trabajan allí.

-Yo... yo no puedo enviarla allí, señora Humphreys. Miranda... Miranda es una buena niña. No es capaz de hacer nada malo...

- Una buena pieza, si quiere saber mi opinión. Es una respondona, y nunca me contesta como es debido. Me sacó la lengua esta misma mañana cuando me la crucé por las escaleras.

- Es una niña muy viva. Seguro que no lo hizo con mala idea. Ella...

- No va por buen camino, se lo digo yo. Si no la arrestan antes por meter la mano en los bolsillos ajenos, acabará trabajando en casa de esa fulana. Acuérdese de lo que le digo.

- Gra-gracias por preocuparse por ella, señora Humphreys, pero... ahora no me encuentro muy bien. Creo... creo que será mejor que duerma un poco.

- ¡Si molesto me voy! -dijo la mujer con un bufido.

Salió de la habitación dando un portazo. Yo estaba muy preocupada. Me puse a pensar sobre lo que había dicho y me di cuenta de que podía haber algo de verdad en sus palabras. ¿Qué oportunidades tenía una niña como Miranda en un lugar como St. Giles? Si no terminaba en el hospicio, puede que fuera a parar a un sitio incluso peor. Si hubiera alguna forma de protegerla... Si me quedara dinero... Si tuviera alguien a quien recurrir... Escribirle a lord Robert sería inútil. Yo lo sabia, aunque mi orgullo me permitía contemplar tal posibilidad. Si... fue entonces cuando pensé en usted reverendo Williams.

Con el dinero que me dio la Gran Molí hice que Miranda comprara tinta, papel y pluma. Me decidí a escribirle, contándole todo, para pedirle ayuda y a la vez escribirle a Miranda... Usted le mostrará estas páginas en el momento adecuado y ella podrá comprender. Así sabrá quién es. Entenderá por fin cómo terminamos en este miserable tugurio, sin dinero y sin esperanzas. Rezo para que, cuando ella lea esto, haya alcanzado ya, con la ayuda de usted, la posición que le corresponde en el mundo.

Esta tarde, mientras la niña estaba fuera, tuve una recaída. Creí que no podría dejar de toser. La sangre... ¿Tendré fuerzas para terminar estas páginas? ¿Tendré tiempo para acabar esta tarea, encuadernar los legajos y enviárselos? Es preciso que continúe. Tengo que sacar las fuerzas de donde sea. Sólo puedo escribir una cuantas páginas al día, y queda tanto por decir... Miranda volvió con un gran trozo de queso, una hogaza de pan y un balde de leche. Con su hermosa y radiante sonrisa en los labios, se puso a charlar alegremente mientras cortaba el pan y el queso y vertía leche en nuestro único tazón. Yo sentía que iba a estallar en llanto. Pero en vez de eso, me reí y la estreché entre mis brazos, y le dije que podíamos simular que el pan era una pastel y hacer una fiesta sólo para nosotras dos.

Únicamente pude comer un poco. La leche apenas conseguí tragaría. Miranda se sentó en el taburete y se quedó observándome con esos encantadores ojos azules llenos de preocupación; el abundante cabello rojizo le caía sobre las mejillas en alborotados rizos, y tenía el vestido sucio y remendado. No posee ni un par de zapatos. Mi niña va descalza y viste harapos en lugar de terciopelo. Vaga por las calles cuando debería vivir en una mansión y tener una institutriz, un poney y un parque privado para cabalgar. Un día, Dios mediante, recuperará

todas esas cosas que deberían pertenecerle, pero ahora... ahora debo escribirlo todo para que ella llegue a comprender.

Cuando era más pequeñita solía subírseme al regazo para pedirme que le contara historias, y yo inventaba fantásticos cuentos para divertirla. Miranda, cielito mío, ahora voy a contarte otra historia. Trata de una doncella de cuento de hadas y de un gallardo héroe, y también de un perverso villano. Trata además sobre una princesita perdida, pero esa historia aún no está concluida. No hay ni una sola palabra que no corresponda a la verdad.

2

Librodot

Yo tenía veinte años cuando por primera vez vi la mansión Mowrey y, a medida que el carruaje iba subiendo por la avenida, no pude por menos de sentirme impresionada. Poseía un extraño y sombrío esplendor; era un edificio inhóspito de ventanas emplomadas construido en pálida piedra gris emblanquecida por los elementos. Cornualles me pareció un lugar salvaje y escabroso después de la selecta elegancia de Bath, y esta antigua mansión armonizaba perfectamente con los páramos azotados por el viento, los caminos pedregosos y los abruptos acantilados que había visto durante el viaje. La casa estaba rodeada de descuidados jardines y de grandes árboles retorcidos, y cuando descendí del carruaje me llegó a los oídos el retumbar de las olas en la distancia.

Un criado con librea me introdujo en el espacioso vestíbulo. Otro me guió hasta un vasto salón decorado con brocados blancos y amarillos. De pie junto a la chimenea, un hombre contemplaba las llamas con mirada hosca, y aunque el sirviente le anunció mi llegada él ni siquiera se dio la vuelta. Continuó mirando el fuego durante al menos otros dos minutos.

Allí esperé, temblando por dentro. Era muy alto, y su extrema delgadez hacía que lo pareciese aún más. Llevaba botas altas hasta la rodilla de fino cuero negro, pantalón y chaqueta de velarte oscuro, y en su cabello, negro como el azabache, se veían algunos mechones grises; lo llevaba peinado hacia atrás desde la frente y atado en una corta coleta. No lo llevaba empolvado. Sin duda desdeñaba tales frivolidades. E] reverendo Williams me había dicho que lord Robert Mowrey era un hombres hosco y severo, y yo había podido sentir su aspereza incluso antes de verle la cara.

Pasó un minuto más antes de que finalmente se dignara volver el rostro hacia mí. Tendría que haberle hecho una reverencia, pero estaba demasiado intimidada. Aquellos ojos eran tan oscuros que parecían negros, y brillaban como ascuas encendidas mientras me examinaba. Tenía la cara pálida, demacrada, la nariz larga y la boca era una delgada línea intransigente.

Lord Robert Mowrey. Robert el Diablo, le llamaban en el pueblo. Las chicas que servían en la posada me habían contado muchas cosas sobre él. La fábrica de cerámicas de Mowrey constituía el principal foco económico del pueblo, y lord Mowrey era un duro patrón que pagaba salarios de miseria y que no se preocupaba lo más mínimo por las condiciones de trabajo en su fábrica. Los hombres trabajaban doce horas al día frente a los incandescentes hornos abiertos, y sólo hacían un pequeño descanso para comer. Mujeres y niños trabajaban sin descanso en cuartuchos mal ventilados, en un ambiente sofocante, hacinados y con escasa iluminación; el aire era tan abrasador que le hacía a uno sentir náuseas, y ni siquiera había servicios. Si necesitaban orinar o hacer otra necesidad, tenían que salir a uno de los pestilentes cobertizos de la parte trasera, y asimismo criticaban a cualquier empleado que no realizara el trabajo exigido. Se ponían fuera de sí, y no tenían piedad.

La cerámica era muy bonita, me informó la muchacha, pero si supiera usted lo que tienen que hacer esos pobres diablos para elaborarla... la chica meneó la cabeza y dijo que preferia servir las mesas el resto de su vida que trabajar en aquella horrible fábrica. La gente siempre se estaba poniendo enferma, qué otra cosa podía esperarse si siempre estaban respirando aquel aire, aquellos humos, ni un soplo de aire fresco. La gente se lastimaba también en todos aquellos hornos abrasadores, en aquellas canteras de arcilla con endebles rampas de madera que temblaban cada vez que empujaban una carretilla sobre ellas. La chica ya había trabajado lo suyo de pequeña, a partir de los ocho años,

envolviendo cerámica en grandes y pesadas cajas, en las que también echaba serrín. Un día tropezó accidentalmente con una de las cajas y rompió seis fuentes, cuatro tazas y dos elegantes platitos. La echaron inmediatamente sin pagarle nada; su salario sirvió para pagar los platos. Tenía poco más de ocho años; Robert el Diablo pensaba echarle un rapapolvo y dar con ella dondequiera que se escondiese, pero tuvo suerte, encontró otro empleo de fregona en una posada y entonces empezó a llenar las jarras de cerveza y a servirlas a los clientes. Otras no tuvieron tanta suerte... Casi todo el pueblo se habría muerto de hambre de no ser por la fábrica. Lord Robert los manejaba completamente a su antojo, y nadie se atrevía a rechistar. Apechugaban con su faena, y eso era todo; sufrían en silencio y hacían aquellos preciosos platos para gente que no necesita preocuparse sobre cómo va a llenarlos.

El amo Jeffrey, en cambio, era distinto. Estaba lleno de ideas chocantes, revolucionarias; quería pagar salarios más altos, mejorar las condiciones de trabajo, poner ventanas, aseos, aumentar la seguridad, comprar hornos nuevos, instalar rampas más fuertes. Tampoco quería que los niños trabajaran allí. Si se paga lo suficiente a los padres, no hay necesidad de que las criaturas estén allí como esclavos. Robert el Diablo hacía caso omiso de todo, y llamaba a su hermano menor loco y soñador; de modo que el amo Jeff no podía hacer nada por la fábrica y se fue a otro sitio, fuera incluso de Cornualles, a causa de todo este asunto. Tenía corazón, eso es, y compasión, y eso son cosas que no encajan en una fábrica, podía estar segura, si en lo único en que se tiene interés es en hacer dinero y más dinero, como el alto y todopoderoso señor Mowrey, el muy bruto.

Buenos sustos le dio, por eso ella no me envidiaba ni una pizca de verme trabajando en la casa grande. Y otra cosa, añadió Mollie, ella no se fiaba nada de un hombre que ni siquiera miraba a las muchachas, y lord Robert no mostraba el menor interés por asuntos de faldas. Estuvo casado una vez, hacía ya mucho tiempo, pero su pobre esposa murió unos dos años después de la boda y desde entonces él no había vuelto a mirar a una mujer. Las hijas de toda la gente bien del lugar habían intentado atraer su atención, porque menudo partido era él, con título y todo además del dinero que ganaba con la fábrica, pero a todas las trató con un absoluto desdén, no se preocupó siquiera por parecer educado. Lord Robert sólo se preocupaba por una persona en el mundo, y ése era su hermano menor. El amo Jeffrey... Oh, un sueño, eso es lo que era, el hombre más afable que se pueda imaginar. También él era viudo, pobrecillo.

Yo ya sabía eso, porque había venido a Cornualles a servir como institutriz de su hijo de cuatro años.

Pensé en todo lo que había dicho Mollie mientras lord Robert me miraba con sus oscuros y brillantes ojos, que no perdían un detalle de mi persona. Frunció los labios. Yo me puse cada vez más nerviosa. Me desaprobaba. Resultaba obvio. Tragué saliva, intentando reunir valor para hablar.

- De modo que es usted la señorita Honora James -me dijo.

Asentí, con un ligero rubor en las mejillas.

- El cura me aseguró que conocía a una mujer muy apta para este trabajo -añadió en tono seco e indiferente-. Creí en sus palabras. Me envía a una jovencita que se sonroja. ¿Qué edad tiene?

-Ve-veinte años.

- No los aparenta. Parece mucho más joven.

-Os lo aseguro, señor, yo...

- Usted es demasiado bonita - dijo, interrumpiéndome-. Debería haber ido a Londres a contratar a alguien yo mismo. Entiendo que el reverendo Williams es amigo suyo.

-... él conocía a mis... mis padres cuando vivía en Bath. Cuando ellos murieron se portó muy bien conmigo. Me ayudó a entrar en la escuela. Yo tenía entonces doce años. Después se fue a Cornualles, pero hemos seguido en contacto por carta.

- ¿De modo que es una pobre huérfana?

En aquellos delgados labios se dibujó una sonrisa sardónica. Las mejillas me ardían.

- Sí - dije-, soy huérfana, pero esto no tiene nada que ver. El reverendo Williams me recomendó para este puesto porque él sabía que yo estoy en disposición de ocuparlo dignamente. Hablo francés. Sé latín. Enseñaba geografía y ortografía a las muchachas más jóvenes, y pensaba quedarme de profesora en la escuela El reverendo William pensó que un empleo como éste resultaría mejor para mí.

-Ya veo. A usted le gusta lo bueno.

- Me gustaría más vivir aquí que en una buhardilla en Bath, sí. Tenía entendido que aquí tendría mi propio aposento. El reverendo Williams me dijo...

Lord Robert me interrumpió con una irritada expresión en el rostro. Yo sentí una opresión en el estómago. Iba a tener que volver a Bath, otra vez a aquella inhóspita buhardilla, a enseñar a aquellas charlatanas y díscolas muchachas mucho más interesadas en cintas para el cabello que en la ortografía, a sufrir las condescendientes sonrisas de los directivos de la escuela que, aunque siempre amables, nunca me habían permitido olvidar que yo era un caso de caridad.

- Esperaba una persona mayor y más experimentada, señorita James. Se hará usted cargo de mi situación.

- Por supuesto - contesté-. Si me encontráis poco apropiada, volveré a la posada. El reverendo Williams me dará el billete de vuelta a Bath.

Frunció el ceño, volviéndome a examinar con aquellos ojos inquisitivos. Parecía estar dudando sobre si permitir que me quedara o no, y yo esperé su decisión con un aire de serenidad que ocultaba mi desazón interior.

- Mi joven sobrino es muy testarudo -dijo-, un diablillo mal acostumbrado. Me temo que su padre le ha mimado de forma deplorable. El padre del muchacho está viajando desde hace algún tiempo, y Douglas se ha vuelto incluso más incontrolable. En un caso así cada día que pasa es de la máxima importancia, me temo. Necesita una vigilancia estricta, y la necesita ahora.

Me mantuve en silencio con una helada compostura. Lord Robert vaciló antes de continuar, sin dejar de fruncir las cejas, y luego se dirigió hacia una de las ventanas para tirar del cordón de una campanilla.

- Estoy llamando a la señora Rawson, el ama de llaves. Ella la guiará a sus habitaciones y le indicará cuáles serán sus deberes. Espero que usted le enseñará maneras a mi sobrino, señorita James. Y espero poder apreciar un cambio notable en el espacio de un mes. Considere que está usted a prueba.

La puerta se abrió. Una mujer rolliza de aspecto jovial hizo su aparición en medio de un

gran frufrú de tafetanes. El vestido era de color granate, muy discreto, y llevaba un delantal de organdí blanco. Aunque tenía el cabello ya gris, le caía suelto desde la cabeza en enormes bucles; en lugar de cofia lucía una cinta granate al estilo juvenil. Los ojos castaños le brillaban alegremente. Tenía la boca pequeña, y de un color rojo cereza que, dada su edad, resultaba anormal. Me

saludó efusivamente mientras lord Robert nos observaba con una dura expresión. El ama de llaves no parecía en absoluto intimidada. Sus maneras resultaban muy familiares.

-No os preocupéis de nada, lord Bobbie. Yo me encargaré de todo. Vente conmigo, niña, tengo tus habitaciones preparadas. ¡Eres muy joven! Esto es estupendo. Dougie se espera una especie de dragón, eso es lo que me dijo. Cuando vea lo linda que eres te tomará simpatía en seguida.

Le hice una rápida reverencia a lord Robert antes de que la mujer me sacara a toda prisa de la habitación, sin dejar de charlar mientras me conducía hacia arriba por la gran escalinata. Había una escalera para la servidumbre, pero ella, naturalmente, no la utilizaba, y yo tampoco debía hacerlo. Era para las criadas, los lacayos y la gente por el estilo. Ella había estado aquí, en la mansión Mowrey, desde que era una niña, mucho antes de que lord Bobbie naciera. Había sido primero fregona, luego camarera, y mas tarde doncella de la madre de los señores, Dios bendiga su alma, la querida señora Mowrey; finalmente había desempeñado el cargo de ama de llaves, oh, hacía ya siglos, y "ese hombre" no la asustaba ni pizca, nada de eso. Poco que le había cacheteado el trasero cuando era pequeño, y le había limpiado el pudding de la cara de chaval, y no le daba ningún miedo, desde luego que no.

- Tengo la casa limpia como el oro, ahí lo tienes. Él sabe que nunca podrá reemplazarme. Bien puede intimidar a los lacayos y aterrorizar a las doncellas con esos ojos fríos y estremecedores, pero lo que es a mí, como si tal cosa. Ah, ya que estoy en esto, será mejor que te hable de Beresford. Es el mayordomo, cariño, tieso como una estaca y muy engreído, ¿me entiendes? Fachendoso y presumido como él sólo. En cuanto a mí, hago mi trabajo, y lo hago primorosamente; y si se pone tonto conmigo, le doy una ración de dedo.

- ¿Una ración de dedo?

-Ay, tenemos a una inocente entre manos. Veo que no sabes a qué me refiero, cariño.

Digamos simplemente que lo pongo en su sitio. Estas son tus habitaciones: Bonitas, ¿eh? Empapeladas de azul cielo, alfombra rosa y gris, muebles en blanco. Yo misma elegí el mobiliario, me llevé a tres de los lacayos hasta el ático y les hice bajarlo todo y lustrarlo. ¿Qué te parece la colcha de satén lila y las cortinas a juego? Yo misma las hice, cariño, modificando los cortinajes de la alcoba de la señora Mowrey. Estuve oreándolos mucho, no me importa decírtelo.

-Es... es precioso -dije.

-No tienes costumbre de esto, lo sé. Lo sé todo sobre ti. El cura es amigo mío. No soy devota, ojo, pero de vez en cuando me dejo caer por allí para charlar con él. A veces le llevo una botella de oporto, también. Me dijo que en aquella cochambrosa escuela eras poco más que una criada y que quería sacarte de allí.

-Eran muy buenos conmigo -protesté.

- Buenos, ya, ya. Te tenían haciendo faenas cuando apenas tenias catorce años, lavando platos y fregando suelos; ésa no es la idea que yo tengo de la bondad. Seguro, te dejaban enseñar a algunas de las más pequeñas últimamente, pero eso fue porque tú eres lista y despabilada, y contigo se ahorraban el salario de otra maestra. Sé todo al respecto, cariño. Aquí se te tratará mejor.

- Lord Robert..., lord Robert parece... más bien severo - dije, vacilante.

-No lo niego. Hay muchas cosas respecto a él que no admiro, no puedo decir lo contrario, pero no es tan malo si no se le contraría. Se pasa la mayor parte del tiempo en la fábrica vigilando el trabajo, o bien se encierra en el despacho y hace

cuentas con su secretario. No pasa de ahí, gracias a Dios. Es bastante peculiar, estoy dispuesta a admitirlo.

Recordé todo lo que Mollie me había dicho en la posada la noche antes, y comprendí que la amistosa y charlatana ama de llaves estaba deseosa de hablar de su patrón.

- ¿Peculiar? - inquirí.

- Casi anormal, diría yo, aunque naturalmente no tengo por qué meterme. Siempre fue frío y reservado, incluso de pequeño, se lo guardaba todo, parecía rumiar todo el tiempo. Se casó a los veintitrés años... pobre mujer, no duró mucho tiempo. Se la llevaron unas fiebres dos años después de la boda, y me dio la impresión de que lord Bobbie no estaba muy apenado. Ha vestido luto desde entonces, pero puedo asegurarte que lord Bobbie nunca ha querido a nadie más que a su hermano.

Alisé la cubierta de satén, no queriendo mostrarme demasiado curiosa, pero la señora Rawson no necesitaba que la animaran para continuar.

- Los padres de los muchachos murieron cuando lord Bobbie tenía veinte años. El amo Jeffrey era todavía muy pequeño, apenas tenía cinco años. Lord Bobbie se dedicó por entero a aquel niño, criándolo y educándolo como si fuera su hijo. Siempre dije que la única razón por la que se casó con lady Betty fue porque quería que el niño tuviera una nueva madre. Lady Betty no tenía interés en ocuparse de un hijo, sin embargo. Lo que le interesaba eran las fiestas, los vestidos y los perifollos, y del niño no podía ocuparse menos. Ella y lord Bobbie tuvieron horribles riñas por ese motivo. El casi pareció aliviado cuando la fiebre se la llevó. Eso le dejó más tiempo para dedicarse al muchacho.

La señora Rawson hizo una pausa, meneó la cabeza, y luego se dirigió hacia el tocador para ordenar los frascos de cristal, el cepillo del pelo y el peine de plata. Creí que había terminado de chismorrear, pero me equivoqué. Al cabo de un momento suspiró y me lanzó una mirada aturdida.

- Normalmente, la gente encontraría admirable que un hombre se tome tanto interés por su pobre hermano huérfano, y normalmente lo es, pero en el caso de lord Bobbie había algo raro. Se mostraba celoso, posesivo, abrumaba al muchacho con su excesivo amor. Ni las gallinas vigilan a los polluelos como él supervisaba al amo Jeffrey. No quería que el chico tuviera amigos, no quería que viera a nadie, ni que fuera a ningún sitio sin él. Eso no es sano. No es natural. Se negó a enviar al muchacho a la escuela; en lugar de ello trajo tutores aquí, y finalmente el amo Jeffrey se rebeló a la edad de dieciocho años, pasó todos los exámenes y se fue a Oxford. Escapó a Oxford, diría yo más bien.

La señora Rawson se tocó los juveniles tirabuzones grises al tiempo que una luz más tierna le afloraba en la mirada.

- El amo Jeffrey, en cambio, es muy distinto a su hermano. Además, tiene quince años menos, el mes pasado cumplió los veinticinco, y un joven mejor que él no se ha visto en todo el mundo. Es sensible, discreto, amable, todo lo que su hermano no es. Siempre está leyendo libros, siempre intentando ayudar a los obreros de la fábrica y suplicándole a su hermano que haga reformas. Apuesto, también, como un poeta, como un cuadro delicado, si entiendes lo que quiero decir.

No lo entendía, pero estaba demasiado intrigada para interrumpirla.

- Conoció a lady Agatha en Oxford. Un ángel, eso es lo que era, rubia, delicada y con ojos tan azules como la flor del maíz. Lord Bobbie puso el grito en el cielo, pero el amo Jeffrey le escribió diciendo que iba a casarse. Fue corriendo a Oxford, eso es lo que hizo, e intentó por todos los medios que el muchacho

cambiara de opinión; le dijo que era demasiado joven para casarse, que sería un error de lo más lamentable, pero el amo Jeffrey tenía ya veinte años por entonces, había estado en Oxford durante dos cursos y no le hizo el menor caso. Lord Bobbie dio finalmente su consentimiento a condición de que vinieran a vivir a la mansión Mowrey. Celebraron aquí la boda, y fue preciosa, todo el mundo sonreía y se congratulaba; ella iba envuelta en metros y metros de tul, y con un tocado de azahar sobre el cabello rubio platino. Nunca vi al amo Jeffrey con mejor aspecto. Me emocioné hasta las lágrimas de verle tan apuesto y satisfecho.

Hizo una pausa para recordar, y una tierna sonrisa se dibujó en aquellos labios rojos y llenos; luego la sonrisa se desvaneció y los ojos se le pusieron tristes.

- En seguida la dejó embarazada. El amo Jeffrey puede ser sensible y todo lo que se quiera, pero es también muy viril. Siempre lo supe. Nunca persiguió a las chicas, pero sabía muy bien lo que hacer con una, y lo hizo bien y rápido. El vientre empezó a hincharse; los dos estaban encantados y empezaron a hacer planes. Ella redecoró las habitaciones de los niños, y siempre estaban discutiendo nombres; todo se volvía el bebé esto y el bebé aquello, y cuando el bebé esté aquí haremos esto y lo otro, y así hasta que llegó el momento. Fue un parto difícil, lady Ágata era muy estrecha de caderas, no debía haberse quedado embarazada...

El ama de llaves meneó la cabeza de nuevo y pareció ensimismarse en el pasado.

- El casi murió también de pena, pobre ángel. No quería vivir después de que ella se hubo ido. La lloró durante meses y meses, y todavía la llora, y es una lástima. Necesita otra esposa, el pequeño Dougie necesita una madre. Necesita un padre, también, dicho sea de paso. El amo Jeffrey no se ha ocupado mucho del niño que digamos, ha estado demasiado ocupado llorando y viajando para aliviar su dolor. Ahora mismo está de viaje por Europa, creo que en Italia. Volverá dentro de unas cuantas semanas.

- Estoy impaciente por conocer al niño - dije.

- El ya sabe que estás aquí. Se había asomado por la barandilla para verte bien cuando llegaste. Estuvo aquí mirando tus cosas mientras la doncella deshacía las maletas y ordenaba todo. Seguramente aparecerá dentro de un momento para saludarte. Pareces agotada, cariño, y aquí estoy yo sin dejar de hablar cuando tú seguramente lo que quieres es descansar. Escucha lo que voy a hacer, le voy a decir a Cook que te suba algo de comer en una bandeja. ¿Qué dices a eso?

- Me parece estupendo.

- Comerás con nosotros. Beresford, Parks, el secretario del lord Robert, y yo tenemos un comedor para nosotros. El resto come abajo, como es natural. Y ahora te dejo. Si quieres algo, házmelo saber. Vamos a ser grandes amigas, cariño. El resto de ellos no son lo bastante despabilados para disfrutar de una buena charla.

La señora Rawson sonrió alegremente, como de costumbre, y salió, con el frufrú del tafetán de las faldas granate, y yo suspiré, exhausta y todavía incómoda en el nuevo entorno. La habitación era realmente agradable, lujosa en comparación a lo que yo estaba acostumbrada, y ya había encontrado una amiga en la habladora y exuberante ama de llaves, aunque la sensación de incomodidad perduraba en mí. Seguía pensando en el alto y delgado caballero de cara pálida y picada de viruelas que tan a regañadientes me había permitido quedar en la mansión Mowrey, "a prueba". Duro, severo, tan siniestro como me había dicho la

joven sirvienta de la posada, lord Robert me había tomado una inmediata inquina. Era... era como si yo representase para él algún tipo de amenaza, pensé. Pero, ¿cómo podía yo ser una amenaza para él? ¿Qué podía él temer de mí?

Iba a tener la respuesta a estas preguntas mucho antes de lo que imaginaba.

Era ya muy tarde. Me senté ante el tocador para cepillarme el cabello y dejé correr el cepillo sobre mis largos bucles color cobre. Estudié mi imagen reflejada en el espejo con la acostumbrada desaprobación. Tenía el cabello demasiado espeso y rojizo. Los pómulos eran demasiado altos, la boca excesivamente grande, y multitud de pecas doradas me poblaban las mejillas. Las chicas de la escuela me hacían burla porque era demasiado alta, tenía demasiado pecho y unos labios excesivamente rosados. Me habían tomado el pelo sin piedad, decían que yo me ponía lápiz de labios rosa, que mi pelo tenía el mismo color de los peniques nuevos, y que mis ojos eran grises como el mar.

Durante años lamenté no ser rubia, bajita y sonrosada, y mis colores, mi envergadura y mis prominentes curvas pesaban sobre mí como una maldición. Sin embargo, lord Robert había dicho que yo era demasiado bonita para ser institutriz. Qué extraño. ¿Es que las clases altas tenían un concepto distinto de la belleza? Yo no lo sabía, pero estaba segura de que no había dicho aquellas palabras como un cumplido. Resultaba imposible imaginar a lord Robert Mowrey diciendo a alguien un cumplido, y menos a una jovencita sin dinero que había venido a su casa en busca de trabajo.

Había pasado un día de asueto. Después de comer en mi habitación, exploré las habitaciones infantiles y hojeé los libros de la vasta y bien provista biblioteca del piso inferior, examinando con gran interés los polvorientos volúmenes encuadernados en cuero. Más tarde escribí una escueta nota al cura en la que le explicaba mi estatus “temporal” y expresaba mi deseo de comer con él el domingo. Me lo había sugerido él mismo la víspera, cuando vino a buscarme a la parada del coche de posta para escoltarme a la posada. Le habría gustado acompañarme esa mañana a la mansión Mowrey, pero desgraciadamente había habido un fallecimiento en la parroquia y había tenido que oficiar el funeral, motivo por el que tuve que enfrentarme a lord Robert sola y sin apoyo.

Dejé el cepillo, suspiré y me levanté, sintiendo algo de frío sólo con el fino camisón de algodón. Me dirigí a la ventana y me puse a contemplar la noche. La luna brillaba en un cielo gris por el que desfilaban suavemente las nubes. Los jardines y bosques se esbozaban como trazados a tinta negra, y sólo algunos rayos de luna se esparcían sobre los céspedes. A mi derecha podía ver los grandes acantilados, a un kilómetro de distancia más allá del bosque, y el sonido de las olas que golpeaban las rocas llegaba hasta mí. La casa, enorme y antigua, estaba en silencio, un silencio que aún resaltaba más los ocasionales crujidos normales en una casa tan vieja.

Oí un débil ruido detrás de la pared. ¿Ratones? Fui hacia la cama y levanté el libro de Shakespeare que había dejado allí antes. Me disponía a leer durante un rato, podía ser que así el sueño me venciera por fin.

El ruido, como un arañazo, aumentó mientras apartaba las mantas. Me detuve, frunciendo el entrecejo. El ruido procedía de detrás de una de las cortinas lila, que empezó a moverse ostensiblemente. El ruido se acalló. Sacudí la cabeza e hice ademán de meterme en la cama, pero en ese momento se oyó un

grito espeluznante, la cortina se abrió, y una figura blanca corrió hacia mí a la velocidad del rayo.

- ¡WOOOO! ¡WOOOO! ¡YAAOWWWW!

No pestañeé y, tranquilamente, arranqué de un tirón la funda de la almohada en la que el niño se había metido. Me miró, consternado.

- ¿No tás asustao? - preguntó.

-Te has -le corregí-. Ni una pizca.

- ¡ Demonios! ¡Siempre funcionó con las criadas!

- ¿Has dicho “demonios”?

- Demonios, si.

- Eso me ha parecido. En tu lugar, yo no lo diría más.

-¿Por qué no?

- Porque como lo hagas, te daré un bofetón.

- ¡ No te atreverás!

- Oh, claro que si - dije con firmeza-. No me gustaría, pero lo haré sin la menor vacilación.

-Hablas raro.

- Hablo correctamente, como una señora.

- ¡Anda ya, tú no tás visto bien!

-Te has -le dije-. Si dices “tás” otra vez, también te daré un bofetón.

- ¡No eres tan dura! -arguyo.

- Soy muy dura - le aseguré-. Soy muy simpática, en realidad, pero puedo ser muy dura si hace falta. Tú y yo podemos ser amigos y pasárnoslo juntos fenomenal, o podemos pelear. Si peleamos, yo ganaré. Cada vez.

Hizo una mueca. Casi podría decir que él no quería hacerla, pero se le escapó. Su pelo, rubio y espeso, necesitaba urgentemente un buen corte; tenía los ojos de un bonito color gris pizarra. Los pómulos anchos, la nariz claramente romana y la boca color fresa. Era bastante menudo, no muy alto, pero fuerte y fogoso, y estaba del todo ridículo con aquel camisón a rayas azules y blancas. Me hubiera gustado cogerlo y darle un abrazo, pero eso habría sido un error táctico.

- Entré a hurtadillas mientras te cepillabas el pelo -confesó-. T'estabas mirando la cara y no me viste. Pasé a gatas. Tendría qu'haber esperao a que apagaras las velas antes de saltar. Entonces si que t'hubiera dao miedo.

-Lo dudo, Douglas.

- Soy Dougie. Todos los criados me llaman Dougie. Amo Dougie.

-Creo que tu nombre es Douglas. Y dicho sea de paso, yo no soy una criada. Soy tu institutriz.

- ¿Qué de... ¡ ay!, qué es una institutriz?

- Una institutriz es una amiga estupenda que cuenta cuentos y te enseña todo tipo de cosas interesantes, y te da un bofetón si te pones impertinente. Te enseña a hablar como un caballerito en vez de como un gamberro.

Me miró con la cabeza ladeada, intentando decidir si tenía que tomarme en serio o no. Al cabo de un momento frunció el ceño, se encogió de hombros y suspiró.

Creo que silo harías - me dijo-. M'esperaba a alguien muy malo.

- Lo haré simpáticamente - repliqué-. Los caballeritos pronuncian las “es” finales, por cierto. Dicen “me esperaba”, no “m'esperaba”. Quiero oír esa "e" final de ahora en adelante.

- ¿Qué es un gamberro?

- Un gamberro es uno que va por ahí asaltando a la gente y robándole el dinero, y que se mete en toda clase de líos.

- Parece muy divertido.

-No lo es, te lo puedo asegurar. Los gamberros acaban invariablemente en Newgate. Los guardias y vigilantes van tras ellos, les dan caza y los encierran. Newgate es una prisión de Londres, un sitio horrible y enorme donde meten a la gente mala. A algunos hasta les ponen cadenas en brazos y piernas.

- ¿De verdad? - Me escuchaba embelesado.

- Desde luego que sí. A ti no te gustaría acabar allí, estoy segura.

-Me escaparía -dijo-. ¿Quiénes son los guardias y vigilantes que has dicho antes?

-Son... bueno, ellos no es que sean mucho mejores que los gamberros, pero tienen poder para atrapar a la gente mala y encerrarla.

- ¿Has visto alguna vez alguno?

-A alguno. No, no he ido nunca a Londres, pero he leído sobre ellos. La directora de la escuela de Bath tenía todos los diarios de Londres. Me dejaba leerlos cuando los terminaba.

-Eres muy lista -observó.

-Vaya que sí. Sé montones de cosas fascinantes. Por la mañana te contaré más. Ahora creo que es mejor que te vayas a tu cuarto y te acuestes.

-Tengo una idea -dijo-. ¿Por qué no me meto en esta cama contigo? Me siento solo, sabes, y a veces hasta me da miedo cuando me despierto por la noche y está todo oscuro. No te voy a molestar nada -continuó-. Me estaré muy quieto, y te prometo que no daré patadas ni tiraré de las mantas.

Su modo de hablar resultaba desenfadado, la voz quería denotar despreocupación, pero a pesar de todo detecté la ansiedad. El niño necesitaba mucha atención y cariño, eso estaba claro para mí. Yo quería darle ambas cosas, pero no tenía intención de sentar precedentes aquella primera noche.

- Me temo que no resultaría - le informe-. Sabes, yo si que doy patadas. Además ronco muy fuerte. Tu habitación está justo al lado de mi cuarto de estar, ¿verdad? Creo que hay una puerta entre ambas estancias. Podemos dejarla abierta, y si te despiertas por la noche me oirás roncar.

No es que esto le hiciera mucha gracia, pero no discutió. Le cogí de la mano y le llevé a su dormitorio pasando por mi salita de estar. Caminaba erguido y serio a mi lado, contrariado pero estoico. Sobre su mesita de noche ardía una vela cuya llama proyectaba oscilantes sombras sobre las paredes. Le cogí en brazos para meterle en la cama y le arropé bien. Me miró con sus serios ojos grises.

- ¿De verdad nos lo vamos a pasar bien?

-Mucho -le prometí.

- Me gustas, señorita James.

-Y tú a mí.

Me incliné y froté suavemente la mejilla contra la suya; luego apagué la vela y salí de la habitación dejando la puerta abierta del todo. De vuelta en mi dormitorio suspiré y me metí entre las sábanas de lino que olían a verbena. Podía sentir aprensiones respecto a lord Robert Mowrey, pero ninguna a causa de su sobrinito. Aquel simpático diablillo me había robado ya el corazón.

3

Me dieron carta blanca con Douglas desde el principio, y los dos nos entendíamos muy bien. Yo le hacia de niñera-compañera-profesora-amiga, y encontré que mi experiencia en enseñar a las alumnas jóvenes de Bath me era de la máxima utilidad. Había aprendido cómo inspirar interés y estimular la curiosidad; y, lo que era más importante, sabía cómo impartir disciplina con un toque firme pero ligero a la vez que imponía obediencia sin causar nunca resentimiento. La conducta de Doug empezó a mejorar casi inmediatamente, y en el curso de aquella misma semana ya había eliminado de su lenguaje la mayor parte de las vulgaridades y contracciones que, aunque encantadoras, resultaban impropias en un joven aristócrata. Cada vez que decía “t'has” o “m'has”, “dao” o cosas por el estilo, me negaba a hablar con él hasta que se corrigiera, y ése era el peor castigo para el niño, que gustaba enormemente de la conversación.

El cuarto de jugar estaba al otro lado del vestíbulo que separaba nuestros dormitorios, era una habitación alargada y con pocos muebles, inundada de sol que entraba por los ventanales que miraban a los bosques; el mar se veía a lo lejos bajo la bruma grisácea. En el armario encontré papel, colores y tijeras, y en los estantes había docenas de libros que habían sido usados por generaciones de Mowreys. Doug y yo pasábamos horas en la mesa de dibujo haciendo figuras y coloreándolas, mientras él no dejaba de hablar. Hicimos un pequeño teatro de cartulina con escenarios de colores, y recreamos algunas de las más apropiadas obras de Shakespeare, moviendo las figuras en miniatura por la escena mientras narrábamos la historia de Oberon y Titania y el pícaro Puck. Doug estaba encantado e insistía en repetir la parte de la cabeza de asno una y otra vez.

Era notablemente inteligente para su edad. No encontré razón alguna por la cual no debiera enseñarle el alfabeto. A los pocos días ya decía de carretilla el abecedario con gran aplomo, y antes de que transcurriera el primer mes deletreaba gato, perro, Douglas, Honora, Mowrey y árbol, y cada día añadía nuevas palabras a su repertorio. Con los números no era tan ducho. Sabía contar sin faltas hasta veinte, y entendía, mal que bien, que dos y dos son

cuatro, pero los números le aburrían y se negaba obstinadamente a prestarles atención. Prefería, con mucho, que le leyera o que le enseñara en el globo terráqueo el punto donde se encuentra Holanda y le hablase de tulipanes, molinos de viento y zuecos de madera, o que le mostrase la vasta extensión de América y le relatase el cuento del valiente capitán John Smith y de la princesa india que le salvó la vida.

No pasábamos todo el rato en el cuarto de jugar, sin embargo. El tiempo era malo con frecuencia, el viento soplaba y la lluvia azotaba los cristales, pero los días buenos dábamos largos paseos al terminar nuestras horas de estudio. A veces Cook nos preparaba un cesto con comida, y Doug y yo nos íbamos a comer a las colinas, con el cielo abierto sobre nosotros y las gaviotas revoloteando en el pálido azul como hojas de papel empujadas por el viento. Los páramos se extendían hacia el oeste, escabrosos y lúgubres, cubiertos de hierbas pardas y grisáceas y salpicados de traicioneras ciénagas. Se alzaban hacía las colinas donde una vez plantaron sus campamentos las legiones romanas. El pueblo estaba hacia el norte, con las canteras de arcilla, y la fábrica, fea y baja, con los hornos rugientes, más allá; negras humaredas se elevaban en espiral hacia el cielo.

Pocas veces veía a lord Robert Mowrey. Salía temprano para la fábrica y se pasaba allí la mayor parte del día, incitando a sus obreros a producir aún más cerámicas y a incrementar el ritmo de trabajo. Una vez, al bajar yo las escaleras para coger un libro de la biblioteca, le oí reprender a un lacayo en un tono áspero y frío, más sobrecogedor que las voces airadas. En otra ocasión, oí a una camarera llorando desesperadamente encerrada en un cuarto de escobas porque de modo accidental había roto un jarrón y temía que lord Robert la despidiera. Exigía perfección total a los sirvientes, y todos ellos le tenían pánico.

Todos excepto la señora Rawson, por supuesto. Ignoraba despreocupadamente aquella dura mirada y los comentarios helados y bruscos, y se ocupaba alegremente de sus cosas haciendo el trabajo a la perfección y desafiando a cualquiera que se atreviese a decir que no era maravillosa. Había mucha gente que querría tenerla trabajando para ellos y que estaban dispuestos a pagarle el doble. No podía aguantar a Parks, el secretario de lord Robert, y ella y Beresford estaban enemistados desde hacía una década, pero yo le había caído bien a la señora Rawson y nada le gustaba más que sentarse conmigo para emprender una agradable tertulia cuando Doug se encontraba ya en la cama y ambas estábamos libres; entonces podía por fin darles "un descanso a mis doloridos pies y servirme del trasero".

Gran parte de su charla era bastante picante, y me enteré de muchas cosas sobre los Mowreys.

Lord Bobbie nunca se interesó mucho por las mujeres, me confió. Se mostraba frío e indiferente ante ellas, incluso cuando era un mozalbete. La mayoría de los caballeros jóvenes de los alrededores se agarraban a una moza rechoncha o a una ramera cada vez que les picaba. Todo el mundo lo sabía, y era raro el señorito que no tenía media docena de bastardos arando los campos o aventando el heno. Pero lord Bobbie, no. No. No es de extrañar que la pobre lady Betty lo pasara tan mal. ¿Quién podría culparía por haberse buscado otros? Una joven guapa y frívola como ella necesitaba las atenciones de un hombre, y si su marido no se las daba lo lógico era que acabara buscándolas en otro sitio.

- Lord Bobbie nunca le hizo el menor caso, y eso que ella al principio intentaba complacerle, eso hay que reconocerlo. Se ponía un vestido nuevo precioso y se arreglaba el pelo en ondas brillantes, y reía, hablaba, e intentaba

divertir-le, pero él la obsequiaba con esa fría mirada de desaprobación y no le hacía ningún caso. Ella empezó a sentirse como una intrusa, y en cierto sentido lo era. El sólo tenía tiempo para su hermano.

- Debió de ser horrible para ella - dije.

- Lo fue, cariño. Lady Betty era frívola y tenía la cabeza hueca, eso es verdad, pero no era mala. Me enteré de que salía a encontrarse con un joven fortachón que estaba pasando una temporada en casa de los Hadden, y no le echo la culpa a ella, después de ver cómo la trataba lord Bobbie. Una mujer también tiene necesidades, cariño. Un día lo descubrirás, acuérdate de lo que te digo. Ahora eres cándida, ingenua e inocente, pero la pasión acecha bajo la superficie. Lo que sucede es que todavía no se te ha encendido.

La señora Rawson se tocó los plateados tirabuzones y tomó un trago de oporto.

- Lord Bobbie no dejó caer una lágrima cuando la fiebre se la llevó - continuó -. Ella había salido a encontrarse con aquel machote - se marchaba de la casa a hurtadillas y se encontraba con él en los páramos -, y aquella noche la sorprendió una tormenta, el agua la caló hasta los huesos, llegó que parecía un gato semiahogado. La fiebre le empezó casi de inmediato. La pobrecilla se puso cada vez peor, no dejaba de toser, y la piel le ardía...

El ama de llaves sacudió la cabeza, con mirada pensativa; luego suspiró ruidosamente y se terminó el oporto.

- Lord Bobbie nunca visitó la habitación de la enferma, ni una vez siquiera, y los hombres no se lo afeaban. Decían que se lo tenía merecido, pues todos sabían lo que se había traído entre manos, aquí no se puede ocultar nada. Recoges lo que siembras, decían, y le daban la razón a lord Bobbie. En este mundo nuestro no hay lo que se dice mucha compasión, cariño. A los hombres les gusta encontrar culpables. Pocos de ellos intentan comprender a los demás.

La señora Rawson quizá no encontrara justo a lord Robert, pero era un abierto paladín de su hermano menor. El amo Jeffrey no se parecía en nada a lord Bobby. Eran tan distintos como la noche y el día. Siempre se mostraba tranquilo y amable, y se volvió incluso más gentil tras la muerte de lady Agatha. Tenía un aire de melancolía que las mujeres encontraban irresistible, y no había ni una sola muchacha casadera que no hubiera intentado atraer su atención cuando se quedó viudo. Todas querían consolarle, y no era de extrañar. Con esos ojos azules tan tristes, esas facciones delicadas y ese físico tan viril que le hacía parecer un príncipe de cuento de hadas. La dulce voz y las encantadoras maneras de que hacía gala resaltaban aún más su atractivo.

- Les gustaba a todas las mujeres, y no digo que no permitiera a una o dos de ellas consolarle un poco. Un hombre tiene que cobrarse alguna pieza ocasional, si no se ponen nerviosos, pero él no iba merodeando por ahí. Y no por falta de muchachas que estuvieran deseando que lo hiciera. Una noche estuve en "The Red Lion" y alguien nombró al amo Jeffrey, y esa descarada de Maggie que trabaja allí dijo que le pagaría ella por un revolcón en el heno.

La señora Rawson hablaba de estos temas con abierta complacencia. Se había casado tres veces y las tres había enviudado, de modo que había tenido una buena ración de hombres en el heno y se consideraba una autoridad en esas lides. Puede que yo no lo creyera, pero había algunos que todavía la encontraban apetecible; Jim Randall, el herrero, por ejemplo. Solía éste decir que ella era lo bastante vieja como para saber sobre qué iba de verdad el asunto, y lo bastante rechoncha para hacerlo confortablemente, y él tampoco era manco, fuerte como un buey Se arremangó las faldas para enseñarme las enaguas de seda roja que le

había comprado en la feria del pueblo, orgullosa y contenta de su brillo chillón. Aquel hombre estaba loco por ella, nunca tenía bastante, y no le importaba decir que era el mejor que había tenido.

-Y créeme, cariño, hay otros en mi haber.

No pude evitar sonreír. Su picante lengua y su gusto por las cosas más vitales no me resultaban chocantes en absoluto. Me acordé del cuento de Chaucer La esposa de Bath, una señora con la que ella tenía mucho en común.

- Bien - continuó -, volviendo al amo Jeffrey, cualquier día de éstos volverá de nuevo a casa, y por cierto que ya va siendo hora. Todos esos viajes que ha estado haciendo no pueden sentarle demasiado bien.

- Doug echa mucho de menos a su padre.

- Naturalmente. Todos le echamos de menos. Ya es hora de que siente la cabeza, se deje de pesares, y empiece a pensar en su hijo y en su propio futuro.

- ¿Cree usted que se casará otra vez?

La señora Rawson asintió.

-No creo que tarde mucho tampoco. El amo Jeffrey tiene dentro una profunda necesidad. Se casará, y pronto, y luego cogerá a su mujer y al pequeño Dougie y empezará una nueva vida en otro lugar.

- Eso no le hará mucha gracia a su hermano - observé.

- No va a gustarle lo más mínimo - convino la señora Rawson -, pero no hay gran cosa que pueda hacer para impedirlo. La mansión Mowrey no ha sido un lugar agradable para el amo Jeffrey, ésa es una de las razones por las que ha permanecido alejado de aquí tanto tiempo. Hace mucho que rompió el lazo que le unía a su hermano, pero lord Bobbie todavía no se ha dado cuenta.

Estuve pensando sobre todo esto mientras ella continuaba charlando, y la mansión Mowrey me pareció de pronto un lugar siniestro y misterioso lleno de tragedias y pasiones secretas. Lady Betty y sus adulterios desesperados. Lord Robert y su extraña e insana obsesión por su hermano. Jeffrey Mowrey y su terrible dolor.

¿Alguien había sido feliz alguna vez aquí? Era como si la casa misma derramase alguna ominosa maldición sobre los que moraban entre sus muros. Tonterías, me dije. Tonterías. Estás imaginando cosas. Además... incluso aunque fuera así, estoy a prueba, y a mí no puede afectarme de ningún modo.

Estaba completamente equivocada, tal y como no tardaría en descubrir.

Dos días más tarde Douglas y yo volvíamos de un paseo por el acantilado, y ambos nos sentíamos animados y contentos. Habíamos estado echándoles mendrugos de pan a las gaviotas, y habíamos contemplado las olas que se estrellaban majestuosamente contra las rocas bajo nosotros; también habíamos visto un barco en el horizonte, una pequeña mancha blanca y marrón contra la bruma gris y violeta. Caminamos ruidosamente por el sendero que se abría paso entre el bosque y empezamos a correr sobre la hierba hacia la casa. Los cabellos me ondeaban al viento en un amasijo de bucles dorados que atrapaban la luz del sol, y la falda azul de muselina dejaba ver el borde de mis enaguas blancas de volantes. Habíamos dejado atrás las desvencijadas celosías cuando vi a lord Robert de pie junto a la puerta del vestíbulo trasero.

Me detuve, llevándome una mano al corazón. Douglas se me adelantó y empezó a correr más de prisa, gritando como un indio de las historias que yo le había contado. No vio a su tío. No dejó de correr al acercarse a la casa. Gritaba a voz en cuello y miraba hacia atrás para ver si yo le seguía, y se topó

inopinadamente contra las piernas de su tío. Lord Robert le agarró de los hombros y dijo algo con una desagradable expresión en la cara, pero yo estaba demasiado lejos para oírlo. Continué andando hasta la casa de un modo más convencional, mientras el corazón me latía cada vez más desacompasadamente.

- ¡Te he ganado, te he ganado! -me dijo Douglas.

- Sube a tu cuarto, Douglas - le ordenó lord Robert-. Quiero hablar con la señorita James.

- ¡Sí señor! -exclamó el niño-. ¡Hasta luego, Honora!

Me acerqué despacio, intentando ocultar mis nervios, intentando parecer tranquila, compuesta y serena. Iba a descargar sobre mí. Iba a decirme que mi trabajo no había sido satisfactorio. Una institutriz no debe correr sobre los céspedes con las faldas flotando al aire, con la cabellera al viento, ni debe alentar ningún tipo de familiaridades entre ella y su pupilo. Ha de ser estricta, severa y circunspecta. Debe vestir de marrón y de gris, llevar el pelo recogido en un moño apretado y conservar una expresión agria como el limón mientras imparte secos conocimientos a cabezas recalcitrantes. Me sentí dolorosamente joven y extremada-mente vulnerable al detenerme a un metro escaso de él, aunque logré mantener alta la barbilla.

No dijo nada. Me miró con notoria desaprobación, y yo me sentía muy avergonzada a causa de mi vestido. Aunque la delgada muselina era una de las mejores que tenía, ya estaba vieja y me iba muy ajustada en la cintura. Las mangas, cortas y abultadas, caían por debajo de los hombros, y si bien el corpiño era bastante modesto cuando el vestido era nuevo, ahora me marcaba mucho el escote, porque yo había crecido en los últimos tres años. Noté que el rubor me teñía las mejillas mientras él seguía examinándome, y estaba segura de que ahora estaban tan rojas como las pequeñas flores del estampado de la muselina azul clara.

- ¿Queríais hablar conmigo? - El tono de mi voz me sorprendió por lo uniforme.

Asintió, sin dejar aquel helado silencio. Los ojos negros hacían que aquella cara pareciese aún más pálida. Era una cara muy dura... nariz afilada, mejillas enjutas y sumidas, la boca como una fina rasgadura. Aunque había estado fuera todo el día, las botas altas y negras no mostraban ni una mota de polvo. Los pantalones, negros y ajustados, y la negra chaqueta acentuaban su estructura delgada y huesuda, lo que, junto con su inusual estatura, hacía pensar en un mástil desnudo. Frío, lejano, soberbio, parecía que no tuviera sangre en las venas; no podía imaginarle sonriendo, no podía imaginarle experimentando algún sentimiento de calor humano.

- ¿Teme usted que vaya a reprenderla? - inquirió secamente.

-No veo ninguna razón para ello.

-¿No?

-Ninguna en absoluto. Los niños siempre correrán y gritarán, lord Robert. Está en su naturaleza.

- Parece usted alentarlo.

-A vuestro sobrino le hace mucho bien el desahogarse y animarse después de haber estado encerrado en el cuarto de juegos durante horas.

- ¿De verdad?

-Por supuesto que sí-repliqué.

- Parece usted saber mucho sobre los niños, señorita James.

- ¿Tenéis alguna queja, lord Robert?

Librodot

Era mejor decirlo de una vez. Era mejor sacar el tema a relucir cuanto antes. No iba a dejar que jugara conmigo. Me negué a que me intimidara. Lord Robert podía desaprobarme, podía encontrarme defectos, pero no podía decir de verdad que yo no había cumplido mis deberes adecuadamente. Mantuve mi postura, esperando que cayera la espada.

- Creí que era usted demasiado joven. - La voz le sonaba sin matices, como si no sintiera ninguna emoción, y sus ojos eran tan críticos como de costumbre-. Contrariamente a lo que esperaba, ha hecho usted un excelente trabajo con mi sobrino.

Hizo una pausa, esperando mi reacción. Yo no mostré ninguna.

- Hablé ayer con él durante largo rato al volver de la fábrica. No sólo ha mejorado su forma de hablar en un ciento por ciento, sino que sus maneras son mucho mejores. Le pregunté a fondo y le encontré bien versado en una amplia variedad de temas. Pasó más de cinco minutos explicándome la historia completa del capitán John Smith y de la india Pocahontas.

-Es una de sus favoritas.

- También me contó el argumento de El sueño de una noche de verano, y rebuznó ruidosamente al llegar a la parte que se refiere a Puck y la cabeza de asno. Parece que está recibiendo una educación inusualmente variada.

Las palabras eran por demás lisonjeras, pero aquellos ojos seguían contemplándome como si yo fuera una criatura miserable. Quizá sólo estaba mostrándose sarcástico.

- Mi hermano volverá a la mansión Mowrey a últimos de semana - dijo-. Estoy seguro de que le agradarán mucho los progresos de su hijo. Cuando se marchó, el pequeño Douglas era un salvaje ingobernable.

- Estoy deseando conocer a vuestro hermano.

- Me temo que no tendrá ese privilegio, señorita James.

-¿Cómo? -Al principio no le entendí.

- Le daré una buena carta de recomendación

-me dijo-. También le daré el salario de todo un año. No quiero portarme mal.

Me puse pálida. La tierra pareció abrirse bajo mis pies, y me llevó un momento recobrar la compostura. Me miraba fijamente, dándose cuenta de mi reacción, y un destello de cruel satisfacción relampagueó en sus ojos.

- Entonces, ¿estoy despedida? - pregunté. Mi voz parecía venir de muy lejos-. ¿Puedo... puedo preguntaros por qué?

- Los resultados han sido bastante satisfactorios, señorita James, pero encuentro que sus métodos son poco convencionales. Douglas necesita una mano más firme. Necesita una figura autoritaria.

No le contesté. No podía. Quería deshacerse de mí. ¿Por qué? ¿Por qué era yo su enemiga? ¿Qué había hecho para merecer una reprobación tan dura? ¿Se trataba sólo de mi juventud? No, no, debía de haber algo más que eso. Una vez más sentí que yo representaba algún tipo de amenaza para él, y no podía entender el porqué. Me miraba con frialdad, esperando que yo plantease alguna objeción. No quise darle esa satisfacción.

- Lo primero que haré por la mañana será prepararle el dinero y la carta de recomendación - dijo al cabo de un momento.

-Muy bien -contesté.

- Me he tomado también la libertad de alquilar un coche que la llevará a Bath directamente. Viajará usted a mis expensas. No tendrá que gastar ninguna porción de su paga.

- Haré las maletas inmediatamente.

Lord Robert me dejó paso y entré en el oscuro vestíbulo trasero. Era muy ancho, y corría a lo largo de la parte trasera de la casa, cuyo suelo enlosado estaba cubierto con esteras de junco. Allí no había elegancia. El vestíbulo era meramente funcional, había sido diseñado en su origen para que los caballos pudieran ejercitar-se durante el mal tiempo, según era habitual en casas tan antiguas como ésta. Caminé despacio hacia la estrecha escalinata trasera y la subí con una sensación de abatimiento, sin casi darme cuenta de lo que hacía.

Douglas estaba en el cuarto de juegos, sentado a la mesa de dibujo estudiando concienzudamente las figuras que le había dibujado por la mañana en trozos de cartulina. Había estado contándole la trama de La tempestad, y él había insistido en que le hiciera recortes de los personajes para “escenificar” la obra en el pequeño teatro de cartón que habíamos construido. Le había prometido que colorearíamos las figuras y las recortaríamos por la tarde. Alzó la vista al verme entrar, con ojos alegres y una amplia sonrisa. La luz del sol entraba a raudales a través de los ventanales, haciendo brillar su espeso cabello rubio.

- ¡Ya estás aquí! -exclamó-. Te he estado esperando.

- Douglas, hay... hay algo que quiero decirte...

Vacilé un momento. ¿Cómo podía decírselo? ¿Cómo podría el niño soportarlo? Había llegado a depender de mí, y me quería mucho, casi tanto como yo a él. Mi partida iba a perturbarle, y, desde su infantil punto de vista, la culpa iba a ser exclusivamente mía. Yo le iba a abandonar. Intenté encontrar las palabras apropiadas, la explicación más conveniente.

-¡Vamos a “colorealos” Honora! - insistió, sin darse cuenta de mi estado de ánimo-. Vamos a “colorealos” y a “recortalos” esta tarde, y mañana haremos la historia. Yo "serié” Calleybán.

- Calibán - dije-. Seré. Colorearlos y recortarlos, no “colorealos” ni “recortalos”. Ya te he dicho muchas veces que pronuncies enteras las palabras.

Doug prorrumpió en un desesperado suspiro, muy exagerado, y luego hizo una mueca y cogió los colores. Me senté a su lado como en trance, incapaz de pensar con claridad. Más tarde. Más tarde se lo diría. Ahora me sentía incapaz de afrontarlo. Necesitaba pensar con calma. Necesitaba tiempo. Cogí los lápices y empecé a colorear las figuras con gran cuidado, intentando desesperadamente concentrarme, y Doug no dejaba de parlotear diciéndome qué color emplear para las calzas de Próspero, informándome de que la túnica de Ariel debía ser rosa, la piel de Calibán verde y marrón y de que sería divertido ponerle también unos cuernos. Cuando terminé éstos, me tendió el dibujo de Miranda.

- El vestido ha de ser azul, como el tuyo

- insistió-, y vamos a pintarle el cabello rojizo. Va a ser guapísima, ¿verdad? Va a ser casi tan guapa como tú, Honora.

-Douglas...

- Miranda es un nombre muy bonito, casi tanto como Honora. O quizá más. Si yo tuviera una hermana, me gustaría que se llamara Miranda. Así está bien. Ahora pinta las mejillas de rosa, y los ojos grises, como los tuyos. Y los míos, también.

Acabé de colorear la figura. Cogí las tijeras y la recorté, mientras Doug me miraba con la punta de la lengua entre los dientes, temeroso de que hiciera algún corte y estropease lo que él consideraba una obra de arte. Cuando hube terminado, le tendí la muñeca de papel rígido, y él la examinó con ojos pensativos.

- Es exactamente igual que tú - dijo. Me levanté y me aparté una pesada onda dorada de la sien, mirando a mi alrededor la espaciosa y soleada habitación donde había pasado tantas horas felices y provechosas. Las paredes estaban ahora adornadas de dibujos alegres y vivaces que Doug había hecho a lo largo de las últimas semanas... un árbol verde, un caballo que se parecía más bien a un búfalo, un gigantesco manzano rojo. Miré el globo terráqueo, el montón de libros de imágenes, la mesa llena de recortes de papel, de colores y de figuras. Habíamos trabajado muy a gusto para hacer la réplica del Teatro Globe, que ahora se alzaba entre los recortes. Había sido muy feliz aquí, y por primera vez en mi vida me había sentido realizada al trabajar con este niño.

- Esta es mi favorita - me dijo mientras examinaba la muñeca que representaba a Miranda-. ¿Sabes? Me la voy a quedar siempre para acordarme de ti. Te lo prometo.

-Ya casi es la hora de cenar -le dije-. Será mejor que vayas a lavarte.

¿Y haremos mañana la representación? Acuérdate, yo seré Galley... Calibán. Te quiero mucho, Honora.

Se precipitó hacia mí y me rodeó las piernas con los brazos; me abrazó tan estrechamente que estuve a punto de perder el equilibrio, y luego salió corriendo de la habitación. Unos minutos después le inspeccioné las manos y la cara para asegurarme de que estaban bien limpias, y cuando di por terminada la inspección le envié abajo para que cenara, diciéndole que no tenía apetito esa noche y que no iba a bajar con él. El niño se extrañó de ello, pero no me hizo preguntas. Interiormente se lo agradecí.

Volví a mis habitaciones. Iba a tener que pedirle a uno de los lacayos que me bajara del ático el baúl, pero podía hacerlo después. Primero pensaba sacar toda mi ropa y ponerla sobre la cama. No lo hice. En lugar de ello fui al cuartito de estar y me senté allí, dejando que la pena me inundara. Oí un ruido procedente del exterior. Eran cascos de caballo que golpeaban el camino, pero estaba demasiado angustiada para prestar atención. Pasó un rato. La habitación estaba ahora en penumbra. Encendí una lámpara, preguntándome por qué tardaba tanto Doug en subir de nuevo. Hacía media hora que debía de haber acabado de cenar.

Quizás estuviera con su tío. Quizá lord Robert me estaba ahorrando el tener que decirle al niño que me marchaba. ¿Iba a subir Doug turbado y hecho un mar de lágrimas? Sentí el impulso de marcharme en ese mismo momento. Oí que alguien subía las escaleras. No eran pisadas ligeras, se trataba sin duda de las de un adulto, que ahora se acercaba por el vestíbulo. Debía de ser uno de los criados con un mensaje para mí, pensé; y me volví hacia la puerta.

Enmarcado en el dintel estaba el hombre más bello que nunca había visto. Jeffrey Mowrey había vuelto a casa antes de lo esperado.

4

Muchos se han burlado de la teoría sobre el amor a primera vista. Con bastante razón, supongo. Es muy cierto que parece irrazonable, improbable, pero yo amé a Jeffrey Mowrey desde el primer momento en que le vi allí junto a la puerta, de pie, con una gentil sonrisa en los labios y en los ojos azules. Nunca le había visto antes, pero no era un extraño para mí. Era como si nos hubiéramos conocido en otra vida, como si durante veinte años yo hubiese esperado inconscientemente este momento, esta unión, y dentro de mí se despertaran emociones que nunca antes había sentido. En aquel momento no lo entendí. Aquellas sensaciones tomaron entonces la forma de una confusión, y me encontraba extremadamente desorientada. Sólo comprendería más tarde.

- ¿La señorita James? - me preguntó.

Asentí, incapaz de pronunciar palabra, y él entonces entró en la habitación, todavía con aquella sonrisa en la boca color rosa pálido, boca que era amplia y de alguna manera le daba un aspecto vulnerable. Era alto, aunque no tanto como su hermano, y tenía la esbelta envergadura muscular de los atletas griegos que yo había visto en los libros de imágenes. El espeso cabello era de un rubio oscuro, y una onda indócil le caía sobre la ceja. Era extraordinariamente atractivo. Los rasgos eran fuertes e innegablemente viriles, pero no por eso menos be-líos; firme la mandíbula, los pómulos anchos, la nariz recta. Bajo suaves cejas oscuras, sus ojos eran dulces, y ahora mostraban algo de inquietud.

- ¿Está usted enferma?

Le miré, sin decir nada, y me pareció que estaba viéndole a través de una neblina, como si de alguna manera estuviera acordándome de un sueño, como si aquel encuentro no fuera real. Llevaba una chaqueta azul zafiro y calzas a juego hasta la rodilla, medias blancas, calzado negro. El chaleco, de satén blanco, estaba bordado en seda negra y azul que dibujaba hojas, y llevaba en la garganta una corbata de encaje. Las elegantes ropas estaban algo arrugadas del viaje, olía a cuero y a seda húmeda por la transpiración. Me pasé una mano por la frente, intentando atajar mi desconcierto. No era un sueño. Era de carne y hueso, y estaba frente a mí, y sin duda alguna debía pensar que yo estaba loca del todo.

- ¿Quiere que le traiga algo? - preguntó.

-Yo... estoy bien... un... dolor de cabeza...

- Quizá podría llamar a la señora Rawson

-No. Por favor. Ya... estoy mucho mejor.

- Douglas me ha dicho que no se encontraba bien. He estado hablando con él. O escuchándole, más bien. No ha hablado más que de "Honora". Dice que la prefiere a usted a cualquier otra persona, excepto a mí, pero me ha dado la impresión de que ha añadido esto sólo por cortesía.

-Tendría... tendría que haberse acostado ya - balbuceé.

- Lo sé, pero he traído un nuevo caballo y está deseando verlo; le he permitido que coja una linterna y vaya a los establos con uno de los lacayos. Nunca más interferiré en su rutina, lo prometo.

Debería haberle contestado algo, pero las palabras se negaban a salir.

- Douglas me ha cantado sus alabanzas -dijo-, y también he hablado con la señora Rawson antes de subir. Admitió cándidamente que es usted una santa.

-.... y habéis hablado con vuestro hermano? -le pregunté.

- Brevemente. Estaba demasiado deseoso de ver a mi hijo para hacer algo más que intercambiar saludos con Robert. Voy a reunirme con él en su despacho dentro de unos minutos, pero antes tenía que subir a conocer a la persona de quien mi hijo habla tan entusiásticamente. ¿Está segura de que se encuentra bien, señorita James? Está muy pálida.

- Sí, gracias.

- Le debo mucho - continuó -. Dejé a un pequeño y salvaje iletrado cuando partí para Europa. Al volver he encontrado a un locuaz caballerito que sabe escribir su nombre y recitar el alfabeto a la velocidad del rayo. También me ha contado La tempestad.

- Es un niño excepcional.

-Y usted es también una joven excepcional, ya que ha conseguido que hiciera tales progresos.

-Aprende de prisa.

- Porque obviamente tiene una profesora muy buena.

Su sonrisa brilló de nuevo. El corazón de una doncella de hielo podría haberse fundido. Atravesó la habitación y me tomó ambas manos entre las suyas, sosteniéndolas sin estrecharías, y mi alma pareció elevarse a alturas vertiginosas. Apenas podía respirar cómo es debido.

- Douglas no me había dicho que era usted tan bonita -dijo.

-No... no soy bonita.

- Le pido perdón por no estar de acuerdo con usted.

Me sonrojé. Jeffrey Mowrey sonrió gentilmente y me apretó las manos, cerrando los dedos firmemente sobre los míos en un momento de breve y angustioso contacto que hizo latir mi corazón.

- Según parece, también es usted modesta. Dígame, señorita James, ¿hay algún defecto en su carácter?

- Será mejor que le preguntéis a vuestro hermano sobre eso.

- ¿A Robert?

- Me ha despedido esta tarde. Me voy de la mansión Mowrey por la mañana. Ya ha alquilado un coche para que me lleve a Bath.

Inmediatamente le cambió la expresión al tiempo que un profundo surco le cruzaba la frente. Me soltó las manos. Los dedos me ardían todavía a causa de aquel momento de abrumadora presión.

- ¿Usted despedida? ¿Puedo preguntar por qué?

-Yo... en realidad no lo sé. Dijo que mi trabajo había sido satisfactorio, pero que... en realidad no lo sé. Debo... debo pediros que me dejéis ahora. He de decirle a un lacayo que me baje el baúl. Tengo que hacer las maletas...

- Eso no va a ser necesario, señorita James. El surco entre sus cejas era ahora más profundo, trazando una larga arruga sobre el puente de la nariz, y los ojos azules se habían ensombrecido, inquietado. Jeffrey Mowrey era un hombre sensible, de eso me había percatado en seguida. Había en él una ternura, una vulnerabilidad que resultaba enormemente atractiva, pero durante un momento, a la pálida luz dorada de una lámpara, vi otra cualidad en él. Sentí que nunca toleraría la injusticia, y si se daba el caso, podía ser totalmente inflexible.

-Hablaré con mi hermano -me dijo.

- No, por favor. Si... si él no quiere que esté aquí, me iré.

Me resultaba difícil controlar la voz. Aunque intentaba mantener la compostura, me encontraba al borde de las lágrimas, y Jeffrey Mowrey lo notó. La frente se le distendió. Me cogió el brazo y me lo apretó para tranquilizarme, y los ojos, aquellos maravillosos y expresivos ojos, se miraron en los míos.

- Mi hermano es un hombre muy rígido - dijo con calma-. Frecuentemente espera demasiado de los demás, y actúa con excesiva precipitación. Estoy seguro de que se trata sólo de un malentendido sin importancia. No debe preocuparse, señorita James.

- Por favor. Yo no... no quiero causar el menor problema.

- No habrá ningún problema - me aseguró-. Ahora descanse un poco. La veré por la mañana en el cuarto de juegos.

Volvió a cogerme las manos, estrechándolas de nuevo. Sonrió otra vez, y sentí una extraña confusión cuando mi mirada sostuvo la suya.

En esos breves instantes tuve de nuevo la sensación de que ambos nos habíamos conocido en otra vida, y de que él también lo sabía; entonces él me soltó las manos, se despidió con un gentil movimiento de cabeza y salió de la habitación. Tuvieron que transcurrir varios minutos antes de que por fin me dirigiera a mi dormitorio y me mojara las mejillas con agua fría. Estaba aturdida, aprensiva, y bajo esta sensación había una singular alegría que resultaba aún más intranquilizadora.

Al oír ligeras pisadas que se acercaban por el vestíbulo, volví a la salita de estar y traté de asumir una severa expresión mientras Doug entraba como una tromba.

-¿Has visto a mi papá? -gritó.

- He visto a tu padre - contesté-. También te he oído correr por el pasillo como un gamberro.

- Dijo que iba a subir a verte. Tiene un nuevo caballo. Ha hecho que Bradley me acompañe a los establos para verlo. Yo mismo he llevado la linterna.

- ¿De verdad?

- Es un caballo espléndido, Honora. Lo voy a montar. Lo ha dicho papá. Ha dicho que me dejará sentarme delante de él y sostener las riendas. Si me porto bien.

- En ese caso, sugiero que empieces a portarte bien. Eso significa que se terminaron las carreras dentro de la casa.

Doug inclinó la cabeza hacia un lado y me miró fijamente.

- Estás rara - observó-. Se ve que tú también estás excitada por la llegada de papá. El y tío Robert están hablando en el despacho. Les he oído. Están hablando de ti.

- Tú... tú no deberías haber escuchado - le reprendí.

-Oh, ya lo sé. Es que pasaba por allí al volver de los establos, pero la señora Rawson sí que estaba escuchando. Hacia ver que arreglaba las flores de un

jarrón que hay sobre la mesa del vestíbulo, pero ni siquiera las miraba; y además tenía un oído inclinado había la puerta del despacho. Me ha echado de allí.

- Hace rato que deberías estar en la cama, Douglas. Será mejor que te prepare.

-¡Ay, porras!

- ¡Douglas!

Se puso a refunfuñar, pero no protestó más mientras le acompañaba a su cuarto y le ayudaba a desvestirse. Dijo sus oraciones y se metió en la cama a disgusto; luego me dijo que no iba a dormirse, estaba seguro, se encontraba demasiado excitado, y realmente no era portarse bien con él el obligarle a irse a la cama tan pronto cuando su papá estaba en casa y hacía tanto tiempo que no lo veía. Empezó a parpadear y la voz se le hizo cada vez más insegura, hasta que, en menos de un minuto, se quedó completamente dormido. Le aparté el pelo de la frente y le arropé bien con las mantas; luego volví a mi habitación.

Douglas se había dormido en seguida, pero mi caso fue bien distinto. Ya en la cama, contemplé el rayo de luna que entraba por las ventanas, y las alargadas sombras que proyectaban las paredes. Oía el distante murmullo de las olas y no dejaba de ver ante mí aquella gallarda y ya bien amada figura, hasta que finalmente me quedé dormida también.

Lord Robert Mowrey me llamó a su despacho por la mañana temprano, y bajé con considerable aprensión. Pálida, débil por la falta de sueño, vestía mi traje más austero, uno de algodón azul cielo de manga larga con puntillas blancas asomando por el cuello y las bocamangas. Me había recogido el pelo en un apretado moño con la esperanza de parecerme más a la idea de lo que ha de ser una institutriz. Bajé despacio la escalinata, deslizando la mano por el pulido pasamanos y sintiéndome como si me dirigiera hacia la perdición.

¿Qué había ocurrido entre los dos hermanos después de que Jeffrey Mowrey me dejase la víspera? Habían estado hablando, sí, eso lo sabía, pero, ¿qué decisión habían tomado? ¿Estaba despedida? ¿Venía ya el coche hacia la mansión Mowrey? Jeffrey Mowrey había dicho con mucha firmeza que yo no debía hacer las maletas ni preocuparme, pero su hermano era por demás inflexible, y yo no podía imaginar que nadie le hiciera cambiar de opinión una vez que había tomado una determinación.

Al pasar junto a la mesa del vestíbulo observé que las flores estaban desordenadas, apiñadas sin gracia en el jarrón. Ciertamente, la señora Rawson había estado escuchando tras la puerta, como Douglas había dicho. Deseé fervientemente tener tiempo para encontrarme con ella y hablarle, porque estaba segura de que no se había perdido palabra de todo lo dicho allí. Me detuve frente a la puerta del despacho y tomé aliento, pidiéndole fuerzas a Dios en silencio. “No debo dejar que me note nerviosa. Debo mostrarme tranquila y reservada, fría y dueña de mí.”

Llamé tímidamente a la puerta. El corazón me latía violentamente.

- Entre. - La voz sonó áspera, crispada.

Estaba sentado tras un enorme escritorio, examinando un libro de cuentas abierto ante él. No alzó los ojos. Continuó absorto en los números sin que aparentemente se diese cuenta de mi presencia, aunque me había ordenado pasar.

Era sólo una pose para hacerme sentir más incómoda, para perturbarme, lo entendí claramente; pero, cosa extraña, su jugarreta desencadenó justo el efecto

contrario. Aquella estratagema no le ayudaba en nada. Le hacía parecer un tirano más mezquino de lo que era en realidad. Tenía poder y riqueza, sí, y muchos temblaban en su presencia, pero yo estaba decidida a no ser uno de ellos. Yo no había hecho nada equivocado. No pensaba dejarme intimidar.

Nunca había estado en aquel despacho, y lo examiné tranquilamente mientras él continuaba estudiando el libro de cuentas. Era una habitación amplia, y sobre la chimenea colgaba un cuadro bastante mediocre de la fábrica de cerámicas Mowrey. Al fondo, las chimeneas elevaban un feo humo negro hacia un cielo gris azul, los hornos brillaban con fuego rojo anaranjado, y se veían las canteras de arcilla en la distancia. Sobre un estante, al otro lado de la habitación, se veían muestras de piezas de la fábrica, como tazas, platos azules y fuentes - vajilla barata, como la que puede encontrarse en miles de hogares ingleses-, así como un juego de línea más fina también de la fábrica, porcelana blanca adornada con flores de color naranja pálido y ribeteada en oro. Junto al despacho había una oficina de proporciones mucho más reducidas donde Parks trabajaba con ahínco en la contabilidad y la correspondencia. No estaba allí esa mañana. Supuse que lord Robert no había querido que su secretario escuchase la conversación.

Finalmente, cerró el libro, lo apartó y alzó la cabeza para mirarme. Aquel pálido y flaco rostro estaba carente de expresión, y la fija mirada de sus ojos negros denotaba la dureza de una roca. Era como si yo fuese una extraña para él.

- ¿Queríais verme? - dije.

No contestó de inmediato. Siguió mirándome fijamente, y luego una mueca de disgusto se le dibujó en los delgados labios. Bajó la vista y empezó a rebuscar en un montón de papeles, ignorándome otra vez. Esperé, tranquila de verdad ahora, y también confiada. La razón estaba de mi parte, y yo era aún demasiado joven para saber que la razón no siempre triunfa al final.

- Mi hermano quedó muy disgustado al saber que estaba usted despedida - dijo. Más bien parecía que hablase para sí-. Ha insistido en que siga usted siendo la institutriz de mi sobrino.

No levantó la mirada. Continuó hojeando los papeles.

-¿Ah, sí? -dije yo.

- He puesto objeciones, naturalmente. Me resulta difícil negarle nada a mi hermano, tengo una debilidad en lo que él concierne, pero me he opuesto firmemente. Le he informado de que, en mi opinión, la influencia de usted resulta contraproducente.

- ¿Contraproducente?

- Demasiado joven, demasiado indulgente, demasiado laxa.

- Eso no es cierto.

-Viste usted como una fulana. Se pinta la cara como una fulana.

- Eso tampoco es cierto, lord Robert.

Ignoró mis palabras y se concentró en los papeles, ordenándolos en un montón bien alineado. Tenía el rostro tenso y los labios rígidos. Se notaba que le estaba resultando difícil controlarse. Percibí la ira y la hostilidad que escondía aquella fría y austera fachada.

- Ha causado usted una muy favorable impresión en mi hermano, según parece. Me ha hecho saber que la educación de su hijo es algo que sólo a él concierne, y que usted debe quedarse. Se mostró inexorable en este punto.

-¿Es cierto?

- Llegó incluso a decirme que si usted se marcha, se irían también él y Douglas. Hablaba totalmente en serio. Bajo estas circunstancias, no me queda otra alternativa que acceder a sus deseos. Mi hermano me ha desafiado. Deliberadamente. Ya antes hemos tenido desacuerdos, pero nunca me había desafiado de una manera tan abierta.

- Siento mucho que estéis contrariado.

- Es usted una joven muy lista, señorita James.

- ¿Lista?

Apartó los papeles y alzó la vista hacia mí; los ojos ahora le ardían de agitación, con un odio contenido que parecía acrecentarse. ¿Por qué? ¿Por que me odiaba así aquel hombre? ¿Qué había hecho yo para merecer tal cosa? Se levantó, amenazador; parecía tan alto tras aquel escritorio, tan delgado con el severo traje negro. Sus ardientes ojos negros realzaban la palidez de la demacrada cara de sumidas mejillas, y me hizo pensar en uno de esos fanáticos religiosos enloquecidos que quieren atraer la ira de Dios sobre su servil rebaño.

-Temía que algo así sucediera -dijo-. Por esa razón quería sacarla de aquí antes de que él llegara.

-Algo así... - Repetí sus palabras, confundida-. No comprendo.

-Creo que sí, señorita James.

Puedo asegurároslo, yo...

-Sé lo que pretende -me dijo.

En ese momento empecé a entender. Mientras aquellos ojos llenos de odio me miraban fijamente, empecé a comprenderlo, y me quedé helada. Me acordé de lo que me había dicho la señora Rawson respecto a él el día que llegué a la mansión Mowrey, y recordé la extraña sensación que había tenido en el sentido de que yo significaba algún tipo de amenaza para él. El rompecabezas quedó por fin ordenado. Supe por qué me aborrecía, por qué mi mera presencia era un grave desafío.

- La culpa es mía, por supuesto - continuó con voz sorprendentemente seca, como si estuviera hablando del clima-, En primer lugar, nunca debí contrataría. Debí haberla hecho volver a Bath inmediatamente.

-Quizá hubiera sido lo mejor -convine-Ahora no tengo intención de marcharme,

-¿No?

- Mientras vuestro hermano desee que me quede aquí, nada me hará cambiar de opinión.

- Es usted muy decidida, ¿verdad?

-No, lord Robert, no soy decidida; simplemente no me acobardo con facilidad. Supongo que esperabais que yo me marcharía por voluntad propia.

- Supuso usted correctamente. Si fuera usted sensata, señorita James, haría usted eso justamente. Le daría usted cualquier excusa a mi hermano - un pariente enfermo, cualquier cosa - y se iría esta misma semana.

-No lo haré -dije.

Me miró furioso, frustrado, conteniendo a duras penas la ira. Acababa de contraer un muy peligroso enemigo. Yo entendía eso, y estaba conmocionada, pero mantuve la cabeza alta. Lord Robert levantó los papeles que había estado hojeando, de nuevo sin expresión en la cara y con ojos como el pedernal, y cuando habló su voz era totalmente sosegada.

- Mi hermano me ha informado de que no debo interferir - me dijo-. Respetaré su deseo. La educación de su hijo sólo le concierne a él, tal como

claramente manifestó. Una conclusión algo tardía, podría añadir yo. Hasta ahora no parecía importarle demasiado.

Bajó la vista hacia los papeles y se puso a leer el que estaba encima. Esperé, segura de que diría algo más. Y estaba en lo cierto. Al cabo de un momento, volvió a dejar los papeles sobre el escritorio y me lanzó una mirada helada.

-Una cosa más -me dijo.

-¿Sí?

- La educación de mi sobrino es problema de mi hermano, cierto, pero el bienestar de Jeffrey es cosa mía. Él es extremadamente vulnerable, pero no abrigo la menor intención de dejarle a merced de una hembra depredadora. Me refiero a usted, señorita James, y le sugiero firmemente que se ocupe solamente de sus deberes como institutriz.

Asentí cortésmente.

- ¿Es todo, lord Robert?

- Es todo, señorita James.

Abandoné el despacho, cerrando la puerta tras de mí y dirigiéndome resueltamente por el vestíbulo en dirección a la escalinata. Estaba muy satisfecha del modo en que me había conducido. No le había permitido intimidarme, y me había dicho a mí misma que sus escasamente veladas amenazas no me asustaban en lo más mínimo. Iba a quedarme en la mansión Mowrey. Eso era lo importante. Aparté a lord Robert de la mente y en su lugar me puse a pensar en su hermano. Jeffrey Mowrey había dicho que me vería en el cuarto de juegos por la mañana. Subí la escalera, pensando en él, llena de una alegre anticipación tan intensa que casi me dolía por dentro, un dolor que sólo él podía curar.

Librodot

5

Douglas se hallaba inquieto e impaciente, se negaba a concentrarse, a prestar atención a las matemáticas que yo le estaba explicando. Que dos por cuatro fueran ocho, era algo que a él le dejaba frío. Sentado a la mesa con una mano bajo la barbilla, una onda rubia sobre la frente y una expresión malhumorada en el rostro, no dejaba de moverse, deseoso de ver a su padre. Jeffrey le había prometido que volvería a ver el nuevo caballo aquel día y que quizá incluso lo montaría, y ya no podía pensar en nada más. Le miré con mi más seria expresión y le informé con voz fría de que si no prestaba atención a las lecciones tendría que decírselo a su padre.

- Y entonces no habrá visita a los establos, te lo aseguro -añadí.

- ¡Bueno! -estalló-. Dos por dos tres... eh... cuatro, y dos por cuatro es ocho y dos por ocho trece. ¡Ya está!

- ¿Dos por ocho cuánto es?

- ¡Trece!

-Me temo que no -le dije.

- ¿Catorce?

Esperé. Frunció el entrecejo y se puso a hacer cuentas mentalmente, y luego empezó a contar con los dedos. Eché un vistazo por la ventana, nerviosa yo también y tan impaciente como Douglas. Era un día estupendo, soleado; brillantes rayos de sol se esparcían alegremente a través de las ventanas sobre el suelo de madera pulida. Veía el mar en la distancia, más allá de las copas de los árboles, y el grito de las gaviotas era un constante fondo musical con sordina. Era un día demasiado bonito para permanecer encerrados arriba en el cuarto de juegos, pero el deber era el deber.

- Dieciséis - dijo finalmente.

- Exacto. No era tan difícil, ¿verdad?

- Era un infierno de difícil.

- ¡ Douglas!

- Soy demasiado pequeño para aprender esas cosas tan difíciles - protestó-. ¿Por qué no podemos hacer Calibán y Miranda?

- Lo haremos tan pronto como acabemos las matemáticas.

- Estás rara con el pelo estirado hacia atrás de esa manera -me dijo-. Me gustaba más antes, cuando te caía por los hombros. ¿Por qué no te lo dejas suelto?

-Estás tremendamente impertinente esta mañana, Douglas.

-Quiero ver a papá.

-Tu padre seguramente va a dormir hasta más tarde. Ha hecho un largo viaje, y anoche se acostó tardísimo.

-Lo sé, hablando con el tío Robert.

-Será mejor que sigamos, Douglas.

-Me alegra que papá esté en casa. ¿Tú crees que me quiere, Honora?

Me había cogido por sorpresa.

-Pues... naturalmente que sí.

-Sólo me lo preguntaba. -sus ojos grises se pusieron pensativos-. Me parece que si me quisiera no se iría con tanta frecuencia. Me parece que querría estar conmigo.

Suspiró, meditabundo, y sentí el impulso de abrazarle y acariciarle el prieto cabello rubio y asegurarle que le quería mucho. En lugar de ello, asumí una severa expresión.

-¿Cuánto es dos por nueve? -le pregunté.

- Dieciocho -contestó de prisa.

-¿Dos por diez?

-Veinte. Ya está. Dos por uno es dos. Dos por dos cuatro. Dos por tres siete. Dos por cuatro ocho. Me lo sé todo, y es aburridísimo, vamos a hacer la obra de teatro de una vez.

- Dos por tres no son siete.

- ¡Sí son siete!

-Seguro que no.

Empezó a contar con los dedos, ceñudo, y cuando llegó a seis el ceño se convirtió en una arruga y se detuvo, con mirada confusa. Luego hizo una mueca.

-Seis -dijo-. Me lo he sabido entero. Le lancé una mirada de exasperación, cautivada sin embargo por su hechicero encanto, pero lo suficientemente sensata como para no dejárselo entrever. Aparté el libro y los papeles de matemáticas y saqué el teatro de cartulina pintada y lo puse sobre la mesa; Douglas cogió los personajes recortados que habíamos hecho para ilustrar La tempestad.

-Yo seré Calibán y Próspero -dijo-, y tú Miranda y Ariel y tós los nobles.

-Todos los nobles.

-Todos los tipos pesados. ¿Dónde está Stephano? Yo quiero ser Stephano también. Ahora tú cuentas la historia y yo actuaré con los muñecos de papel.

- Había una terrible tormenta en el mar - empecé.

- Me gustaría que tuviéramos un balde con agua. Sería más divertido, pero me temo que estropearíamos los muñecos silos mojáramos. Había esa terrible tormenta en el mar y el barco con los nobles y Stephano naufragó, y entonces había una isla...

- Y en la isla vivía Miranda con su padre y...

- ¡Y ese feo monstruo! -me interrumpió, moviendo el recorte de Calibán sobre el escenario.

Siguió interrumpiendo hasta que, finalmente, él contó toda la historia con gran entusiasmo. Harto de Ferdinand, Antonio y compañía, los eliminó completamente, realizando su propia versión con considerable imaginación y enfatizando mucho los párrafos de Calibán y Stephano, el mayordomo borracho.

- ¡Voy a beber otro trago, monstruo! ¡Y luego vamos a tener pelea! - Bajó la voz después hasta casi un susurro. - ¡Y te voy a comer, sabelotodo!

No era Shakespeare, pero se lo pasaba en grande, y me dije que eso resultaba pedagógico. Estábamos tan enfrascados en la historia que ninguno de los dos oyó a Jeffrey Mowrey entrar en el cuarto de juegos.

- ¡Y fueron felices y comieron perdices! - gritó Douglas-. El monstruo también. ¡Qué divertido ha sido, Honora! ¡Vamos a hacerlo otra vez!

Jeffrey Mowrey soltó una risa sofocada. Me volví, sorprendida y confusa, y aquellos ojos azules se encontraron con los míos. Douglas dio un salto y corrió a agarrarse a las piernas de su padre. Jeffrey Mowrey lo levantó en brazos y se lo sentó sobre los hombros, mientras Douglas gritaba encantado. Me levanté, sintiéndome culpable por alguna razón, sintiéndome terriblemente desorientada. Jeffrey Mowrey lanzaba a su hijo al aire, le cogía con destreza otra vez, y finalmente le dejaba en el suelo.

- ¡Otra vez, papá! ¡Otra vez!

- Me temo que estamos disgustando a la señorita James. Parece muy severa.

- Es por el pelo, peinada así le da aire repipi. Le he dicho que le queda mejor suelto.

Jeffrey Mowrey volvió a reír y le dio a su hijo un amistoso golpecito en el brazo. Douglas se enterneció y, rodeando con los brazos las piernas de su padre, apoyó la cabeza contra ellas. Jeffrey Mowrey puso su amplia mano sobre la cabeza del niño y le acarició el cabello. Douglas echó la cabeza hacia atrás y le miró.

- ¿Puedo ver otra vez el caballo, papá? ¿Puedo montarlo?

-Ya veremos. Baja a los establos y busca a Bradley. Me reuniré contigo dentro de unos minutos; quiero hablar con la señorita James.

- ¡No tardes! ¡Hasta luego, Honora!

Salió como una tromba de la habitación. Le oímos atravesar corriendo el vestíbulo. Meneé la cabeza. Jeffrey Mowrey sonrió. Las botas negras que le llegaban hasta la rodilla estaban bien lustradas, el pantalón marrón le iba bien ajustado, como una segunda piel. Llevaba una fina camisa de seda color crema, abierta en el cuello, con las mangas anchas apretadas alrededor de las muñecas. La luz del sol hacía que el pelo le brillara, y una pesada onda le caía sobre la frente. La habitación parecía llenarse del resplandor que emanaba de su persona.

Me miro educadamente con sus ojos azules, satisfecho, y una sonrisa le brilló alegremente en la bella y dibujada boca. Parecía salido de un cuento de hadas, como un apuesto príncipe cuyo beso despierta a la bella durmiente.

Librodot

Demasiado apuesto, demasiado deslumbrante para ser de carne y hueso. No daba la menor impresión de ser consciente de su atractivo físico y, aunque se había mostrado desenvuelto con su hijo, casi parecía tímido ahora que los dos estábamos solos.

- Douglas está muy contento de que os hayáis quedado en casa - dije.

En mi voz había un ligero temblor. Luché para recobrar la compostura, para reprimir esas curiosas y perturbadoras sensaciones que surgían dentro de mí como pequeños capullos pugnando por florecer. Yo era la institutriz de su hijo. Él me había dado empleo. Debía recordar eso. Asumí una actitud rígida y morigerada, y cuando volví a hablar la voz me sonó convenientemente grave.

-Normalmente se comporta mejor. Ya sabe que no debe correr dentro de la casa. Hablaré con él.

- No necesita disculparse por él, señorita James.

Azorada, confundida, le di la espalda y me puse a ordenar la mesa de dibujo. Jeffrey Mowrey se me acercó y cogió la muñeca de papel que representaba a Miranda.

-¿Ha hecho usted esto? -me preguntó.

-Las he hecho todas. Pensé... pensé que a Douglas le resultaría divertido aprender algo sobre Shakespeare. Pensé que sería bonito hacer una réplica del Teatro Globe, y...

- Está usted extremadamente nerviosa, señorita James.

-No... no puedo evitarlo -dije con voz débil.

-No debe permitir que yo la intimide. Vamos a ser buenos amigos.

No contesté nada. Jeffrey Mowrey, que no había soltado la muñeca, no dejaba de mirarla.

- Se le parece a usted mucho - observó inclinando un poco la cabeza mientras la estudiaba-. El pelo tiene el mismo color castaño rojizo, los ojos el mismo tono encantador de gris. Es usted una artista, señorita James.

- Gracias.

Dejó la muñeca de papel y me miró a los ojos.

- Hablé con mi hermano - dijo-. Todo está arreglado. Se quedará en la mansión Mowrey hasta que a mí me parezca oportuno despedirla.

-Ya... ya veo.

Volvió a sonreír, con un matiz ligeramente burlón en la mirada.

- Creo que voy a pasar muchos ratos en este cuarto de juegos para observar su trabajo. He de asegurarme de que mi hijo está recibiendo una instrucción adecuada.

- Por supuesto.

Asentí con una breve inclinación de cabeza, formal y distante. Su labio inferior era lleno y sensual, observé, y la piel sobre las anchas mandíbulas era tersa. Me acordé de lo que había dicho la señora Rawson respecto a él. Era posible que no "merodeara por ahí", como ella había dicho, y su actitud con las damas puede que fuera educada e incluso tímida, pero Jeffrey Mowrey era un hombre que saboreaba los placeres de la carne. Lo noté, aunque yo no tenía experiencia en esas materias.

-Se ha sonrojado, señorita James -dijo-. ¿Algún problema?

Negué con la cabeza. Recogí varios libros y los llevé a la estantería. Me temblaban las manos levemente mientras ordenaba los libros en el estante. Jeffrey Mowrey me observaba con ojos pensativos.

- Creo que es mejor que me reúna con mi hijo antes de que vuelva loco al pobre Bradley - dijo al cabo de un momento-. Si no le llevo a dar una vuelta a caballo no va a dejar de acosarme. ¿Monta usted, señorita James?

Volví a negar con la cabeza.

-Nunca he subido a un caballo.

- Lástima. En lugar de eso, daremos largos paseos.

¿Qué quería decir con eso? Le miré, confundida, y él se acercó a mí y tomó mis manos entre las suyas. Les dio un suave apretón; yo contuve el aliento.

-Douglas tenía razón, señorita James. Está usted mucho mejor con el pelo suelto. Llévelo de esa manera en adelante. Es una orden.

Tenía la voz baja y melodiosa mientras bromeaba conmigo.

Me soltó las manos, inclinó la cabeza amistosamente y luego salió de la habitación. La luz del sol pareció irse con él.

Jeffrey Mowrey visitó el cuarto de juegos a la mañana siguiente, y a la otra, y pronto nos acostumbramos a su presencia. Sentado tranquilamente en uno de los taburetes, con los brazos cruzados sobre el pecho, sonreía ante los esfuerzos de Doug para sumar y restar los números más simples. Escuchaba atentamente cuando yo leía las lecciones de geografía. Cuando "actuábamos" con las figuras recortadas, resultaba un espectador de lo más interesado. El segundo día, Doug ya se sentía totalmente cómodo en presencia de su padre, jactándose un poco de sus conocimientos y portándose mucho mejor que de ordinario, pero yo siempre me sentía incómoda.

Supe que le amaba. Estaba segura de que era un amor fútil y sin esperanza, y que debía mantenerlo en secreto. Con el tiempo fui capaz de controlar todas aquellas bellas y turbadoras emociones que surgían dentro de mí cada vez que él se acercaba, y podía comportarme sosegadamente, pero nunca me resultaba fácil. Una vez, mientras estábamos coloreando nuevas figuras para el teatro de juguete, miré casualmente hacia arriba y noté que me observaba con una singular expresión en los ojos. Inmediatamente cambió la dirección de su mirada, pero yo me sentí afectada durante horas. Había admiración en aquellos gentiles ojos azules, y había también algo más, algo que yo no sabía identificar del todo.

Me dije que todo era producto de mi imaginación.

Douglas y yo habíamos planeado hacer una salida al campo el martes siguiente por la tarde. Su padre decidió acompañarnos, y Cook nos preparó un bien provisto cesto con queso, salchichas, pollo, panecillos morenos, jamón, y tartas recubiertas de azúcar y varias frutas diferentes. El cesto pesaba tanto que casi no podía levantarlo. Jeffrey Mowrey lo cogió del asa, introdujo una botella de vino entre las servilletas y nos condujo a través de los jardines hacia los lejanos páramos.

- Me parece que hace siglos desde la última vez que salí al campo -observó.

-Nosotros zalimos muchas veces -exclamó Douglas.

-Salimos -le dije-. Habla correctamente o no hables.

- Honora es muy exigente a veces - le dijo a su padre-. Pero me gusta de todas formas.

-A mí también me gusta -dijo el padre. Me miró y sonrió. Una música silenciosa parecía llenarme el alma, brotaba de dentro, y yo me sentía como si caminase a través de una neblina plateada. Ningún amor es más fuerte, más mágico, que el primer amor, el verdadero comienzo del esplendor interior, el que le hace ver a uno con otros ojos. Era como si antes hubiese vivido dormida, y

Librodot

como si el amor despertara por fin mis sentidos. ¿Había apreciado realmente antes el azul puro y pálido del cielo, el resplandor dorado del sol sobre una hoja, una piedra o una hierba? ¿Había percibido alguna vez antes el débil matiz púrpura de la hierba, las vetas rojizas del óxido y los líquenes secos que cubren las grandes peñas grises? Los páramos eran bellísimos, bellísimos. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que eran tristes y áridos?

Douglas corría delante de nosotros entusiasmado, y de pronto desapareció tras unas peñas. Jeffrey Mowrey y yo nos quedamos solos durante un momento. Caminaba con paso largo y atlético, llevando la cesta. Llevaba botas marrones, pantalón color tabaco y una delgada camisa de algodón blanco que le estaba un poco ancha y le caía sobre el cinturón, con unas amplias mangas abombadas sobre los puños. El pelo rubio le brillaba al sol, alborotado por el viento. Sentí un incómodo temblor, y una extraña sensación dolorosa dentro de mí.

A pesar de los libros que había leído y la charla mundana de las chicas de la escuela, a pesar de las frecuentes y a menudo gráficas explicaciones de la señora Rawson sobre el sexo y la carne, yo sólo tenía una vaga idea de lo que ocurre entre un hombre y una mujer después de los besos, cuando comienzan los abrazos más íntimos. Chaucer daba muchos detalles y Shakespeare también, y las obras de la señora Aphra Behn revelaban muchas cosas, pero los puntos principales seguían siendo un misterio para mí. Los escritores lo llamaban la realización sublime, por lo cual yo debía deducir que ahora todavía no estaba completa. Esas nuevas sensaciones no cesarían hasta que Jeffrey Mowrey me tomara en ese íntimo abrazo y me completara.

- Está usted muy callada, señorita James -dijo.

-…. me temo que estaba perdida en mis pensamientos.

- ¿Puedo compartirlos? - me preguntó.

Dije que no con la cabeza, bajando los ojos con recato. Nunca sabría lo que yo sentía por él. Nunca me atrevería a declararle mis sentimientos con palabras o con obras. Pertenecía a una de las más nobles familias inglesas, era de sangre azul, y yo era la hija de un verdulero y de su mujer. Si el reverendo Williams no hubiera hecho con su influencia que me admitieran en la escuela, sin duda yo estaría trabajando en la tienda también. Podía soñar, podía sentir cerca de él el sabor de su presencia, pero estaba condenada a vivir incompleta. Lo acepté.

Douglas volvió corriendo a reunirse con nosotros, y dijo que había encontrado el lugar perfecto para la merienda. Nos llevó hasta un pequeño césped rodeado de peñas. Su padre estuvo de acuerdo en que era el sitio ideal. Dejó la cesta en el suelo. Saqué el amplio mantel y me puse a ordenar las cosas sobre él. Douglas se movía de un lado a otro lleno de excitación, y su padre se estiró sobre la hierba con negligencia, totalmente a sus anchas.

-Tengo muchísima hambre -confesó.

- Hay cantidad de comida - le respondí-. Cook se ha excedido.

- Quiero una de esas tartas - exclamó Douglas-. ¡Quiero una antes de comer lo demás!

-Lo último es el dulce -le dije.

- No quiero ninguna otra cosa. Sólo comeré tartas.

-Me temo que no va a poder ser -le dije-. Siéntate, estate tranquilo, y cómete una pata de pollo, un panecillo y un trozo de salchicha, y si te lo comes todo podrás tomarte la tarta.

- La más grande - contestó-, la que está encima de todas.

Jeffrey Mowrey sonrió a su hijo. El cielo era un pálido arco azul, casi blanco, sobre nuestras cabezas, y los rayos del sol reverberaban en la hierba y los

Librodot

peñascos. La hierba se mecía blandamente bajo el soplo de la brisa, tiñéndose de púrpura en la distancia, allá donde la tierra se elevaba hacia la colina coronada por las antiguas ruinas romanas. Comí muy poco, apenas unos bocados de pollo, sentada en la hierba con las faldas extendidas a mi alrededor en un circulé. Douglas se lo comió todo de prisa, deseoso de llegar a la tarta. Jeffrey Mowrey mostró un saludable apetito.

Después de terminarse la tarta, Douglas pidió permiso para ir a buscar piedras de colores. El permiso le fue concedido, con la condición de no alejarse demasiado para poder oírme si le llamaba. Le vi perseguir una liebre, y luego detenerse para rebuscar entre la arena; finalmente se paró para recoger una piedra diminuta.

- Tiene una gran colección de piedras de colores -dije-; negras, marrones, y una de un extraño matiz pardo. Un día encontró una antigua moneda romana. Verde por la pátina de los siglos.

- Los romanos tenían un puesto militar en la cumbre de la colina - dijo Jeffrey -. Las ruinas son totalmente fascinantes. Tendré que enseñárselas un día, pronto.

- Eso sería... interesante - contesté.

Cogió dos vasos de la cesta y descorchó la botella de vino, escanciándolo. El vino era de un color ámbar pálido, y brillaba en el vaso de cristal que me tendió. Tomé un trago. Tenía un fuerte y delicioso sabor, y nada más beberlo me inundó una maravillosa sensación de bienestar.

-Es el mejor de Robert. Bajé a la bodega antes de salir.

Bebí el vino en silencio, mirando hacia el cielo. Un pájaro oscuro volaba majestuosamente en lentos círculos por el cielo, haciéndose más y más pequeño a medida que se elevaba. La hierba parecía susurrar. Me volví para buscar con la mirada a Douglas, que estaba ya muy lejos, sin dejar de escrutar el suelo con las manos metidas en los bolsillos. No miré a Jeffrey Mowrey, pero notaba que él no apartaba la vista de mí. Terminé el vaso de vino, trémula. Por suerte, el vino me ayudó.

- ¿Otro vaso? -me preguntó.

-Mejor que no.

Resultaba fácil mantener una actitud fría mientras estábamos en el cuarto de juegos, cuando Douglas estaba con nosotros y yo me hallaba concentrada en mi trabajo, pero ahora que estábamos solos me sentía increíblemente intranquila. Transcurrieron en silencio varios minutos, y este silencio sólo contribuyó a hacer más difícil la situación.

-¿Os... os alegráis de estar en casa? -le pregunté.

- En cierto modo - contestó-. Me gusta estar con Douglas. Hemos pasado muy poco tiempo juntos. Me he portado mal con él. Tras la muerte de mi esposa me resultó... extremadamente difícil continuar viviendo.

No contesté. Jeffrey Mowrey bajó los ojos hacia el vaso de vino que sostenía en la mano, contemplando el transparente líquido como si quisiera encontrar en él alguna respuesta; luego suspiró, elevó el vaso hasta los labios y lo vació de un trago. En sus ojos había dolor.

- Habéis pasado mucho tiempo en la fábrica - dije con la esperanza de distraerle del profundo dolor que sentía-. La señora Rawson me ha dicho que vais allí casi todas las tardes.

Asintió.

- Robert insiste. Yo... yo supongo que voy sólo para tranquilizarle. Lo que veo allí me parte el corazón, las condiciones de trabajo de aquella pobre gente.

Librodot

Hombres que se desmayan por el calor de los hornos, mujeres en pie durante doce horas, sofocadas a causa del agotamiento y de la falta de aire fresco, niños pequeños que trabajan en cuartuchos mal ventilados empaquetando la cerámica. Ellos... ellos no siempre tienen tiempo ni para salir a los cobertizos cuando lo necesitan. - Su delicadeza le hizo vacilar, pero yo sabía a qué se refería-. El hedor es insoportable. Han estado respirándolo tanto tiempo que ya no lo notan, pero...

Vaciló de nuevo, con los labios tensos.

-¿Hay algo... que podáis hacer? -le pregunté.

- Antes así lo creía - contestó-. Le rogué a mi hermano que emprendiera reformas. Se rió de mí. "No hay que mimar a esta gente, Jeffrey -me dijo-. Si lo haces se vuelven vagos, se insolentan, te piden cada vez más. Se necesita mano de hierro, y emplearla muy a menudo. No puedes aflojar o la producción se va al diablo." Discutí con él. Me llamó estúpido, soñador, y me dijo que era mejor que dejara ese asunto en sus manos. Yo era muy joven en esa época, pero... no puedo apartar esas ideas de mi mente.

Estuvo mirando el firmamento durante unos minutos, y cuando finalmente prosiguió había una innegable amargura en aquella agradable voz.

- No dejé de pensar en ello mientras estuve en Oxford - me dijo-. Sin que Robert lo supiera, visité varias fábricas, no sólo de cerámica, sino de todo tipo, y encontré que las condiciones de trabajo era igual de malas. Hice un estudio, y luego dibujé planos para las renovaciones que yo juzgaba posibles en la fábrica. Las habitaciones pequeñas deberían convertirse en grandes salas con amplias ventanas, para que entre el aire fresco y la luz del sol. Hay que instalar letrinas. Medidas de seguridad, nuevos hornos, todo eso debería introducirse, y cintas transportadoras para subir la arcilla de las canteras y eliminar los carretones y las peligrosas rampas de madera. La fábrica con la que yo sueño sería la más segura y moderna de Inglaterra.

Doug gritó alegremente en la distancia, persiguiendo otro conejo. La hierba susurraba. Otro pájaro dibujaba círculos en el cielo.

-No era un sueño vano -prosiguió-. Pasé casi dos años trabajando en esos proyectos. Hice una lista de mejoras que se podían proponer, además. Salarios más altos para incentivar a los obreros y así suprimir el trabajo de los niños. Diferentes aumentos en relación con el trabajo personal les darían aún más incentivos, y deberían instituirse menos horas de trabajo para que, a la larga, el trabajo fuera más productivo. Los hombres y las mujeres agotados no pueden producir... - Meneó la cabeza y volvió a mirar al firmamento.

- ¿Qué dijo vuestro hermano? - le pregunté en un susurro.

No contestó a la pregunta directamente.

- Conseguí una copia de los antiguos planos de la fábrica y una amigo de Oxford me ayudó a dibujar otros nuevos. Todavía estaba aprendiendo, pero juntos pudimos trazar varios planos en los que incorporamos todas las renovaciones con muy pocas alteraciones de la estructura original. Luego, tras mi vuelta a Cornualles poco tiempo después de la boda, le di los planos a mi hermano junto con la lista de propuestas. Se mostró muy paciente mientras yo le explicaba mi sueño. Cuando terminé, me dijo que yo seguía siendo un ingenuo y un estúpido en todo lo concerniente a los negocios, y que ahora además me estaba volviendo un peligroso radical.

- ¿Radical?

- Soliviantar a los obreros, darles pagas más altas, menos horas de trabajo, hacer innovaciones en la fábrica, todo eso sería un golpe bajo a los demás empresarios ingleses. Sus obreros pedirían cambios similares, y habría

disturbios por todo el país. Iríamos no sólo a la bancarrota, sino que posiblemente además perderíamos todo nuestro poder. Me di cuenta de que... todo era completamente inútil. Vi que nunca podría hacerle cambiar de opinión. Guardó los planos y la lista de propuestas en el fondo de un cajón, y... y me imagino que dirá usted que es mejor que lo deje.

-¿Y ahora?

- Robert insiste en que pase más tiempo en la fábrica. Tengo que "aprender el negocio". El espera que yo ocupe su puesto algún día, ¿comprende? Y después Douglas. Si yo creyese que había una posibilidad de realizar mi sueño, entonces... -Vaciló otra vez, frunciendo el ceño-. A Robert le gustaría que trabajara con él, sí, pero siempre me mantendría bajo su completo control. Dentro de quince o veinte años yo le sustituiría pero mientras tanto tendría que... le ayudaría a llevar la fábrica, pero Robert tomaría todas las decisiones. Yo no tendría voz ni voto.

-¿Vos... vos tenéis otros planes?

- He estado pensando mucho acerca de los servicios diplomáticos. He conocido a varios amigos influyentes durante mis viajes, y siempre he tenido interés en... en realizar algún tipo de servicio auténticamente positivo para mi país. He enviado algunas cartas solicitando diversas asesoraciones, pero... no, no tengo planes definitivos. Aún no. Si voy a la fábrica es sólo para que haya paz en la familia, pero sé que no voy a seguir mucho tiempo aquí. Cuando llegue el,momento, yo... se lo haré saber a Robert, de un modo o de otro. Quiero a mi hermano y le estoy agradecido, pero a veces resulta... -Se detuvo un momento para buscar la expresión apropiada-. A veces resulta demasiado posesivo.

- Entiendo.

-Él me quiere. Sólo desea lo mejor para mí, pero sus ideas sobre lo que es mejor no concuerdan con las mías. El me crió, ya sabe. Supongo que puede decirse que me ha dedicado la mayor parte de su vida adulta, y no es que me queje, comprenda, pero un hombre tiene que vivir su propia vida. Robert lo hace con la mejor de las intenciones, y yo no quiero herirle, pero...

Jeffrey Mowrey calló como si continuar le resultara demasiado doloroso. Finalmente se sirvió otro vaso de vino y terminó la botella. Sentí que estaba librando una silenciosa batalla en su interior, y deseé fervientemente poder hacer algo por él. Permaneció largo rato sin decir nada, con el ceño fruncido, y cuando de nuevo me miró sus bellos ojos denotaban que había tomado una determinación.

-Soy lo único que tiene -dijo-, y eso es lo lamentable. Durante mucho tiempo sólo fuimos él y yo y eso a Robert le bastaba, pero ahora soy un hombre, y... y ya no puede ser como antes. Tendrá que aceptarlo.

Hubo otro largo silencio. Pensé en lo que me había dicho; ahora lo entendía todo mejor. El pájaro oscuro que antes nos sobrevolaba era ahora sólo una manchita marrón en el firmamento. Douglas subía a una peña lejana. El sol bañaba los páramos de una luz argentina. Jeffrey Mowrey se acabó el vino. El ceño le había desaparecido. Parecía más relajado.

- Perdóneme si he hablado demasiado-dijo-. No me suele ocurrir. Me ha estado escuchando largo rato, señorita James. Ahora hábleme de usted.

- Me temo que os iba a resultar aburrido.

- Lo dudo mucho.

-No sé por dónde empezar...

- El reverendo Williams me dijo que sus padres tenían una tienda de verduras. Según él la querían mucho lo hacían todo por usted. El estuvo en Bath

antes de venir a Cornualles, y me dijo que la había conocido desde niña. Una niña muy inteligente, siempre según sus palabras.

-¿Vos... vos le preguntasteis sobre mí?

-Ayer. Me acerqué a verle al salir de la fábrica. Me dio una buena regañina por no,haber pasado a visitarle antes, y añadió que esperaba verme en la misa del próximo domingo. Es un hombre estupendo.

- Gracias a su influencia pude entrar en la escuela después de... después de que mis padres murieran - dije-. Trabajé allí a cambio del privilegio de poder asistir a las clases.

Quizá fue a causa del vino, pero lo cierto es que de pronto me puse a hablarle de la escuela, de las alumnas, de las clases que yo daba los últimos tiempos. Era la niña más pobre dé allí, naturalmente, al principio poco más que la fregona de las cocinas, pero no me había importado mucho. Había una extensa biblioteca, y había leído cada uno de los libros por lo menos una vez, robando velas extra de la despensa para poder leer hasta medianoche, devorando libros en mi habitación de la buhardilla. Algunas damas amables de la parroquia me habían enviado vestidos usados y paquetes de retales con los que yo podía confeccionarme la ropa.

- Era una vida difícil - admití-, especialmente después de que el reverendo Williams viniera a Cornualles, pero... podía haber sido mucho peor. Podían haberme enviado a un orfanato. Y al final incluso daba clases a las niñas más pequeñas.

Hice una pausa para recordar el pasado. Jeffrey Mowrey me miraba con ojos graves y pensativos, interesado sinceramente.

- Querían que siguiera en la escuela - continué al cabo de un momento- Yo pensaba hacerlo, pero entonces llegó la carta del reverendo Williams y... decidí, en lugar de ello, convertirme en institutriz.

- Me alegro mucho de que tomara tal decisión, señorita James.

Su encantadora y melódica voz tenía un tono bajo, intimo, y me daba la impresión de que iba a decir algo más cuando Douglas vino corriendo a reunirse con nosotros, excitadísimo y sin dejar de hablar. Volví a guardar todo en el cesto, sacudí el mantel lo coloqué encima, y luego reemprendimos el camino hacia la mansión Mowrey.

Tan pronto como llegamos a los jardines, Douglas corrió hacia la casa para mostrarle sus hallazgos a la señora Rawson. Su padre y yo caminábamos más despacio, y nos detuvimos un momento junto a una de las enredaderas. Se oía el susurro de las hojas de las viñas y de los insectos.

- No recuerdo haber pasado un día mejor en mi vida-dijo.

- Ha sido muy agradable - reconocí.

- Tendremos que hacerlo más a menudo.

-A Douglas le gustará mucho.

-No estaba pensando en Douglas -replicó.

Su mirada sostuvo la mía. La confusión que ya había sentido anteriormente me volvió a invadir e intenté valientemente controlarla. ¿Qué había querido decir con aquellas palabras? ¿Era acaso posible que... que él disfrutase de mi compañía tanto como yo de la suya? Aparté de la mente tales pensamientos. No, no- simplemente estaba mostrándose cortés con una joven institutriz ingenua que le había contado demasiadas cosas sobre su propia vida. Había sido una tontería por mi parte el hablar tanto, pero no era tan cándida como para interpretar erróneamente su natural cortesía.

- El reverendo Williams está deseoso de verla -me dijo.

Librodot

-A mí también me gustaría mucho verle -contesté-. Salió a recibirme al coche de posta cuando llegué desde Bath pero todavía no he podido asistir a misa. No pude encontrar transporte hasta el pueblo y...

-Voy a ir a la iglesia el próximo domingo. ¿Por qué no me acompaña?

-No... no estoy segura de que deba hacerlo.

-¿Por qué no?

No se me ocurría ninguna respuesta satisfactoria, de modo que musité algo respecto a no tener un vestido apropiado para la ceremonia. Jeffrey Mowrey rió alegremente ante esta queja tan antigua como la feminidad. Me contestó que cualquier cosa estaría bien y añadió que deseaba fervientemente poder contar con mi compañía. Me cogió la mano, la estrechó con suavidad, y luego siguió caminando hacia la casa. Me quedé de pie mirándole bajo la hojarasca mientras el sol de mediodía proyectaba pálidas sombras azuladas sobre los céspedes.

Pasaron varios minutos. Me sentía presa de emociones en conflicto, y albergaba en mi interior una instintiva e irrazonable esperanza. Realmente disfrutaba de mi compañía, y quería más. Nunca habría imaginado aquella mirada en sus ojos, aquella inflexión en su voz. Miré hacia la casa, y fue entonces cuando vi a lord Robert Mowrey en una de las ventanas, observándome. Se dio la vuelta dejando caer la cortina.

Me pregunté durante cuánto tiempo había estado vigilándonos.

6

La señora Rawson estuvo plenamente de acuerdo en que yo no tenía nada apropiado que ponerme para los servicios del domingo. Estuvo inspeccionando cuidadosamente mi armario, refunfuñando con desdén ante la colección de vestidos viejos y remendados. El de color pardo era demasiado triste, yo no debía vestir ropa tan seria, y en cuanto al gris, ese color no me quedaba bien, nada bien, y además la lanilla estaba algo ajada. ¿El rosa? Bastante bonito, pero demasiado sencillo. Necesitaba algo espléndido. El de muselina azul era encantador, realmente encantador, pero no quedaba bien para ir a la iglesia. Estaba claro que necesitaba algo nuevo.

-No me he puesto ningún vestido nuevo desde que era una niña - le dije-, y ahora no puedo comprar ninguno nuevo. Aunque pudiera ir a una tienda, no tengo ni una libra. Lord Robert todavía no me ha dado la paga.

-No he dicho que haya que comprar un vestido nuevo, cariño; podemos hacerlo. Soy una bruja con la aguja y el hilo. Mira esas cortinas y esa colcha, verás lo que hacemos con ellas. Tenemos cuatro días. Es tiempo suficiente para hacerte algo.

- ¿De una vieja cortina de buhardilla? - le pregunté secamente.

- Confía en mí, pequeña. Te voy a hacer un favor; vamos a usar unos metros de tela que he estado guardando para una ocasión especial. Bertie Johnson me los dio el año pasado a cambio de una cosilla que le di en su pajar una tarde maravillosa. A ti ese satén te quedará estupendo. Es un poco pálido para mí, el color marfil no me sienta. A mí que me den rojos y púrpuras.

- No puedo consentirlo...

- No pienso discutir contigo, es una pérdida de tiempo. Tú quédate aquí. Vuelvo en seguida.

Salió a toda prisa de la habitación y volvió a los pocos minutos con una gran pieza de satén color marfil, estampado con pequeñas flores en rosa y marrón, de delicado dibujo. Era un tejido espléndido, que brillaba bellamente a la luz de las velas mientras ellas lo extendía para mostrármelo.

- ¡ Irá perfecto! - exclamó-. Un poco llamativo para un viejo partido como yo, eso dijo Bertie en aquella ocasión. “¿Por qué no lo has comprado en rojo? -le dije-. Sabes que me encanta el rojo.” Los hombres no entienden de colores. Yo parecería una vieja loca con un satén crema estampado con esas exquisitas florecillas, pero tú tienes la juventud y la belleza precisas para lucirlo, muchacha.

- Es una tela preciosa, señora Rawson.

-Aquí hay bastante para una buena falda. Bertie compró mucho pensando que tenía que servir para vestirme a mí. Tendremos que hacer enaguas también. Esas sábanas viejas de seda blanca que hay en el arcón nos servirán, tienen un encaje muy bonito. Vas a parecer un sueño, cariño, ya lo verás. Mañana por la noche empezamos a trabajar. Ahora vámonos a la cama. Voy a pensar en el estilo y demás.

La noche siguiente nos encontramos en su cuarto de costura. Ardía un agradable fuego en la chimenea, y sobre la mesa de trabajo había un gran cesto de cintas, puntillas y retales mezclados en multicolor montón. Se puso

Librodot

inmediatamente al trabajo, tomándome medidas, cortando un patrón en papel marrón y probándomelo para asegurarse de que iba a cortar correctamente. Concentrada en el trabajo, inclinaba

la cabeza hacia un lado con los espesos tirabuzones grises sobre las mejillas y los labios fruncidos.

- Empezaremos por las enaguas - me informó-. He lavado y planchado las viejas sábanas de que te hablé. Parecen nuevas, la mejor seda blanca que hayas visto. He quitado todo el encaje y lo he lavado y planchado también. Recuerdo que lady Mowrey me dijo que lo habían hecho unas monjas en Francia. Yo lo cortaré todo y lo coseremos entre las dos.

Se movía a toda prisa de un sitio para otro, con gran revuelo de las faldas púrpura de tafetán, enarbolando las tijeras y las sábanas, el encaje de Valenciennes y apartando los trozos de papel con los que había hecho el patrón. Cortó cuidadosamente la seda, con la punta de la lengua entre los dientes y los ojos fijos en lo que estaba haciendo, y pronto pudimos empezar a coser.

-Las querrás muy llenas -dijo-. Supongo que deseas realzar bien esa pequeña cinturita que tienes. ¿Podrías creer que yo también tuve una cinturita como ésa? Pues sí, cariño, y todo lo demás haciendo conjunto. Los hombres se volvían locos, y todavía se vuelven, sobre todo los mayores. Lo que buscan no es únicamente

una bonita figura, no me importa decírtelo. Aunque mi figura sea un fantasma del pasado, yo hago que esperen otra cosa.

- Es usted fantástica - dije bromeando.

- Sé lo que me gusta, pequeña, y no veo razón para no obtenerlo cada vez que puedo. Te mantiene viva. Podría ser tan gazmoña y estirada como la que más, pero no veo el beneficio que eso pueda reportar. Mientras les guste lo que tengo que ofrecer, pienso seguir disfrutando. Jim Randall, ese herrero de quien te he hablado, dice que me encuentra mejor que nunca, y estoy totalmente de acuerdo con él.

Estábamos sentadas en dos confortables asientos a ambos lados de la chimenea. Con la blanca seda sobre el regazo, ella juntaba las piezas necesarias para la falda. Yo trabajaba en el corpiño; la fresca seda se deslizaba entre mis dedos.

- Pondremos encaje sobre el pecho - me dijo-. Nunca se sabe quién lo va a ver.

-Dudo mucho que lo vea alguien.

-Yo no estoy tan segura, cariño. Veo la hierba crecer. Sé lo que está pasando.

-No... no sé de qué me habla.

- Estás enamorada de él, muchacha; sorbiendo los vientos.

- Está equivocada - dije poniéndome muy seria.

La señora Rawson sonrió y meneó la cabeza con gran movimiento de tirabuzones.

- Puedo equivocarme sobre montones de cosas, cariño, pero en lo que atañe al corazón, tengo razón siempre. Es mi especialidad, podríamos decir.

-No... no sabía que se me notara.

- Está clarísimo para alguien como yo, cariño. Esperaba que te enamoraras de él, me habría extrañado lo contrario.

Hizo una pausa para enhebrar la aguja, afectando una total naturalidad. Sabía que podía confiarle el secreto, y en cierto modo me resultaba un alivio el

que alguien conociera mis sentimientos. La señora Rawson tenía mucha experiencia y quizá podría ayudarme a entender lo que me estaba ocurriendo.

-Yo no quería enamorarme de él -le dije-. Todo ocurrió tan de prisa, desde el momento en que le vi.

Asintió.

- Ocurre así algunas veces, es algo que está en relación con la química. No puedes hacer gran cosa cuando sucede. Se vuelve parte de una, está en la sangre, se podría decir.

- Eso es exactamente lo que se siente.

-A él le pasa igual, sabes...

La miré, perpleja.

- Ah, sí - dijo, volviendo a mover la cabeza afirmativamente-. Está prendado de ti de verdad. Me di cuenta en seguida. ¿Por qué te crees que no para de dar vueltas alrededor del cuarto de juegos?

- Sólo quiere...

- Puedes apostar a que yo sé lo que quiere

- me interrumpió-, pero él no es de ésos que te dan un achuchón en el cuarto de escobas. El amo Jeffrey se lo toma muy en serio. Está enamorado de ti, y lo que quiere es algo más que un poco de diversión. Debes tener cuidado, cariño.

- No va a ocurrir nada.

-Yo no estaría tan segura. La naturaleza sigue su curso. Pero tienes que saber lo que te conviene. Te conviene disfrutarlo mientras dure, y no esperar la luna.

-Yo no espero nada.

- Querrá casarse contigo - continuó -. Él es así, pero naturalmente lord Robert nunca lo permitirá. Encontrará algún modo de impedirlo.

La señora Rawson se levantó y sacudió la seda, de la que ya había unido varios trozos.

-Ahora hay que hacer el dobladillo -dijo-, y luego lo frunciremos todo en el talle y añadiremos el encaje al final. Del modo en que yo lo veo, cariño, tienes dos alternativas. Te puedes resistir cuando empiece a ir más en serio, o te puedes convertir en su amante y considerarte afortunada de tener a un hombre como el amo Jeffrey en ese plan, aun sabiendo que el final será triste.

- Sigo creyendo que está equivocada - le dije-. Él... sólo me ha pedido que le acompañe a la iglesia.

- Y tú vas a estar arrebatadora - replicó -Cuando acabemos con estos trapos vas a parecer una duquesa en flor. Toma, cariño, haz tú el dobladillo, a mí me aburre mucho. Voy a cortar la seda para el vestido.

No habló más sobre el tema del amor; prefiriendo en vez de ello pasar al de los sirvientes de la casa. Trabajábamos diligentemente y terminamos las enaguas aquel mismo día, y continuamos encontrándonos en el cuarto de costura cada tarde hasta que acabamos el vestido en la noche del sábado. Las mangas llegaban hasta el codo, y el corpiño estaba rematado por un amplio escote. La falda, acampanada, caía bellamente sobre las enaguas de encaje. La señora Rawson encontró una cinta de terciopelo coral pálido, y con ella ribeteó la boca de las mangas y el cuello, donde igualmente cosió una tira de encaje de casi un palmo de ancho. Me puse el vestido para ver el efecto, y se puso a aplaudir entusiasmada.

- ¡Precioso! - afirmó-. ¡ Sencillamente precioso! De verdad que pareces una duquesa.

- ¿No cree usted que el escote es... un poco bajo?

- Se llevan así - me informó-. Algunas guapas señoras no deben estornudar, sin embargo. Se les saldría todo.

-Me encuentro... un poco incómoda. Nunca he llevado nada tan escotado.

- Con un pecho como el tuyo, cariño, tendrías que estar orgullosa. No es tan malo mostrar los encantos.

- Pero me pregunto si realmente debo enseñar tanto.

La señora Rawson soltó una aguda risa y me dio un fuerte abrazo; yo le di las gracias de nuevo por su amabilidad.

- No me lo había pasado tan bien en muchísimo tiempo -me dijo-. ¡Caramba! -exclamó echando un vistazo al reloj -. ¿Ya son las diez? Le prometí a Jim que le vería en "The Red Lion" esta noche, y me lleva más de veinte minutos llegar allí. Será mejor que empiece a ir para allá, cariño.

Salió apresuradamente de la habitación, con gran revuelo de faldas, y al llegar a la puerta se volvió hacia mí con una pícara sonrisa en los labios.

- Dice que tiene que enseñarme una cosa

-me explicó-. Me parece que puedo apostar a que ya la he visto un montón de veces.

Me reí ante su picardía y más tarde, ya en mi habitación, colgué el vestido y las enaguas en el armario y me puse a pensar sobre nuestra conversación. Me preguntaba si Jeffrey Mowrey de verdad empezaría a cortejarme "en serio." Sin lugar a dudas, la señora Rawson estaba equivocada. Aquel hombre se limitaba a comportarse cortésmente con la institutriz de su hijo. Pero, ¿y si ella tuviera razón? Yo sabía que cualquier relación entre Jeffrey Mowrey y yo sólo podría conducir al fracaso. Si de verdad empezara a cortejarme, ¿podría resistirme?

No me veía con fuerzas ni para intentarlo.

A la mañana siguiente, mientras bajaba las escaleras para encontrarme con Jeffrey Mowrey, me sentía extraordinariamente nerviosa.

Habia estado cepillándome el cabello hasta que quedó brillante como una rica lámina de cobre, y la señora Rawson me había ayudado a peinármelo en un estilo particularmente atractivo:

había arreglado las ondas artísticamente sobre la cabeza, y tres largos tirabuzones me colgaban por la espalda. El vestido de satén hacía, mientras yo bajaba las escaleras, un delicado roce. Quizá no pareciera una duquesa, pero ciertamente me sentía como silo fuera. Era el atuendo más espléndido que jamás había llevado.

Me estaba esperando en el vestíbulo, vestido totalmente de negro excepción hecha de una corbata de encaje blanco que le colgaba sobre la chaqueta. Tanto los pantalones, que llegaban hasta la rodilla, como la chaqueta eran de un suntuoso brocado negro, pero el efecto no era severo en absoluto. Estaba increíblemente atractivo, joven, radiante, y me tomó la mano con una gentil sonrisa. Durante un momento, me pareció muy difícil respirar.

-Veo que encontró un vestido -observó-¿Tiene una capa? Me temo que el camino es muy polvoriento.

- No hubo tiempo de... - dije sin darme cuenta -. No tengo ninguna capa que vaya bien con el vestido.

Jeffrey inclinó la cabeza ligeramente, pensativo, y luego chasqueó la lengua.

- Necesitará una capa - me informó-. Quizá le sirva una de las mías. Hay una bastante elegante de seda marrón. Le estará un poco grande, claro, pero impedirá que el polvo ensucie ese... precioso vestido.

Me dijo que le esperara un momento y atravesó velozmente el vestíbulo, volviendo pocos minutos después con una pesada capa de seda marrón que dejó caer sobre mis hombros y cuyas cintas anudó alrededor de mi cuello. Los pesado pliegues me cubrieron enteramente, llegando hasta el suelo. El se puso la capa de seda negra que un momento antes había dejado sobre una silla y salimos hacia el carruaje abierto que nos estaba esperando. Junto a éste, un lacayo sostenía las riendas.

- Hace una mañana encantadora - dijo Jeffrey mientras me ayudaba a sentarme en el asiento tapizado de azul oscuro-. El cielo está despejado. El sol brilla. Magnífica mañana para un paseo.

Saltó a mi lado y tomó las riendas, que hizo chasquear con firmeza, y a medida que avanzaba el carruaje las bellas tonalidades grises del paisaje empezaron a surgir a ambos lados del camino. Yo era extremadamente sensible a su proximidad. Una de sus piernas casi tocaba la mía, y yo estaba fascinada por aquellas manos, fuertes y hermosas, que sujetaban las riendas con tanta pericia y autoridad. Al pasar sobre un bache el carruaje dio una fuerte sacudida, y la oscilación me echó por un momento sobre él. Una vez llegados al camino ancho que llevaba hacia el pueblo, los caballos trotaron a un paso más firme. Ante nosotros se extendía un paisaje de gran belleza.

Frente a nosotros, en la distancia, el pueblo descansaba sobre un repliegue de tierra; las casas parecían de juguete, grises, marrones, cobrizas, tostadas, entre las verdes copas de los árboles. La aguja de la torre de la iglesia parecía atrapar la luz del sol de la mañana para relanzarla en relucientes radios. A nuestra derecha los majestuosos acantilados, las olas que golpeaban las rocas allá abajo, y a nuestra izquierda los páramos, que había aprendido a apreciar. La única tacha en el paisaje era la enorme fábrica siniestra, negra y gris, más allá del pueblo. Incluso en aquella mañana de domingo los hornos no dejaban de trabajar, soltando negras espirales de feo humo desde las altas chimeneas.

- ¿Todavía tiene interés en ver las ruinas?

-me preguntó Jeffrey.

-Mucho -conteste-. Ese tipo de cosas me fascinan.

- Hubo algunas batallas muy duras en esas laderas -me informó-. En aquel tiempo los romanos tenían una guarnición sobre la colina, y una gran muralla rodeaba la cima. Estaban en peligro constante a causa de los druidas, nunca sabían cuándo aquellos salvajes pintados de azul les iban a atacar con lanzas y hachas.

- Debía de ser terrorífico.

- Me encantaba visitar las ruinas cuando era pequeño -me dijo-. Jugaba entre las piedras y caminaba sobre los restos de la muralla, imaginando ser un legionario romano con coraza y casco de plumas. La señora Rawson me hizo una capa roja para que me la pusiera. En otras ocasiones me pintaba la cara de azul y escalaba las ruinas con un hacha de piedra que yo mismo me había hecho. Me sentía totalmente salvaje. Luego, cuando ya era más mayor, solía ir a las ruinas con una mochila llena de comida, una botella de vino y un libro de poemas. Me sentaba sobre las piedras y leía poesía durante horas, a veces en voz alta, me temo. Adoraba la música de las palabras.

-Yo también adoro la poesía -confesé.

- Estaba seguro - me contestó-. Lo presentía. Visitaremos las ruinas esta semana.

- Douglas disfrutará mucho.

-Oh, no pensaba llevarle con nosotros. Quiero enseñárselas a usted como es debido, y eso significa que habrá que caminar mucho y escalar y saltar las piedras. Él se cansaría en seguida, y hay peligro de caerse al andar por encima de la muralla.

-Ya veo.

Él mismo había jugado entre las ruinas cuando no era mucho mayor que Douglas, pero estaba claro que no quería que el niño nos acompañara. Deseaba estar a solas conmigo, y yo sabía perfectamente lo que eso significaba. Mientras el carruaje rodaba tirado por fuertes caballos de reluciente pelaje, tuve la sensación de que estaba soñando. El traqueteo del coche, la música de las ruedas que se deslizaban sobre el camino, la fuerza y el calor del hombre que estaba junto a mí: todo parecía ser parte de un romántico sueño que seguramente iba a evaporarse tan pronto como despertase.

Nos acercábamos al pueblo. Ya se veían los detalles de las casitas de tejado de paja y las antiguas moradas de piedra que ya eran viejas en tiempos de la reina Isabel. Pasamos de prisa bajo los robles, dejamos atrás las tiendas y el parque del pueblo. Jeffrey detuvo el carruaje en el patio que había frente a la iglesia y le dio una moneda a un muchacho de pelo muy rubio para que vigilara los caballos. La iglesia era muy antigua; las piedras toscamente labradas tenían los contornos suavizados por la edad y cubiertos de musgo. A ambos lados crecían grandes robles, cuyas ramas proyectaban sombras azuladas sobre los muros. Detrás había un cementerio vallado; las lápidas, de un ajado mármol blanco, eran visibles desde el exterior.

Repicó una campana. La gente empezó a subir los bajos peldaños de piedra hasta el oscuro portal. Jeffrey me tomó del brazo y me llevó dentro; se quitó la capa, que colgó en un gancho dispuesto a tales efectos, y luego me ayudó a quitarme la mía. Tres elegantes señoritas entraron detrás nuestro charlando alegremente, y en el momento en que las vi sentí una opresión en el estómago. Los vestidos que llevaban eran simples; uno azul, otro gris y el otro rosa oscuro, los tres con largas mangas ajustadas, y finas toquillas de encaje les cubrían el cuello y los hombros. Tenían el pelo recogido en moños altos, sin ondas ni tirabuzones.

Me miraron y se rieron con disimulo, dándose ligeros codazos. Jeffrey me cogió del brazo y me condujo hacia el banco de los Mowrey a lo largo del pasillo central. Notaba que la gente nos observaba, y oía murmullos a nuestro paso. Había sido un error ponerme aquel vestido, era un atuendo irrisorio y extravagante, y mi peinado resultaba exagerado. Jeffrey lo sabía desde el momento en que me viera bajar las escaleras, pero era demasiado cortés y galante como para decir algo. Me ayudó a sentarme en el banco y se puso a mi lado, apretándome la mano para tranquilizarme.

Las velas brillaban en la penumbra, y las doradas llamas oscilantes bañaban el púlpito de suave luz. Las mejillas me ardían y deseaba fervientemente poder recuperar la capa para cubrirme. Mi angustia era tan intensa que casi no presté atención a la misa. El reverendo Williams dio un elocuente sermón sobre el amor cristiano, pero apenas oí una palabra. Cuando terminó y nos levantamos para salir, me sentía paralizada. Sabía que no podía encararme con todas aquellas personas, no podía, vestida con aquel ridículo atavío hecho en casa.

- Valor - me dijo Jeffrey.

-Vos… vos sabíais que el vestido no estaba bien.

- Yo creo que está usted guapísima, Honora. Me cogió del codo y me guió por el centro de la nave. Un pequeño grupo se había reunido en el vestíbulo. Las tres jóvenes damas estaban allí juntas, con un aire burlón en la mirada. Jeffrey cogió nuestras capas y se las puso al brazo. Varias personas se acercaron a saludarle y a darle la bienvenida. Me presentó a cada una de ellas en forma extremadamente natural. Parecía que toda la aristocracia de la zona había asistido a los servicios religiosos aquella mañana. Una de las jóvenes se rió de modo estridente y, empujada por sus amigas, se acercó a nosotros envuelta en el frufrú de su vestido de tafetán rosa.

- Hola, Jeffrey - dijo con afectada sonrisa-. Es muy agradable tenerte de nuevo aquí.

-Yo también me alegro de haber vuelto, Lucinda. Quiero presentarte a la institutriz de mi hijo, la señorita James. Honora, la señorita Lucinda Carrington.

- Encantada - dijo la señorita Carrington echándome un rápido vistazo-. ¿Cuándo vas a venir a la finca Greystone, Jeffrey? ¡ Nos gusta tanto oírte contar tus viajes!

- No tengo ni idea, Lucinda. He estado muy ocupado desde que llegué.

- Ya lo veo - apostilló ella.

Se volvió con sus amigas y las tres prorrumpieron en risas más o menos disimuladas. Jeffrey me sacó de la iglesia con cara inexpresiva. Yo quería que la tierra se abriera y me tragase. Me sentía desnuda. Mantuve alta la cabeza y, de algún modo, contuve las lágrimas de vergüenza que pugnaban por salir; luego, de pronto, sentí las ásperas manos del reverendo Williams que estrechaban las mías, y vi aquella cara cálida y hermosa. Estaba al pie de la escalera saludando a la gente que salía, y al posar sobre mí sus afables ojos oscuros, éstos estaban llenos de afecto.

- Honora, querida, me alegro mucho de verte de nuevo.

-Reverendo Williams. Ha sido… ha sido un sermón magnífico.

El cura sonrió.

- Me temo que no lo escuchaste bien, criatura. Parecías estar en trance.

……. me siento un poco mareada.

- Necesitas comer - me aseguró -. Tú y Jeffrey comeréis conmigo. La señorita Moffat, mi ama de llaves, está preparando una comida monumental; es demasiado para el joven Jack y para mí solos.

- ¿El joven Jack? - preguntó Jeffrey.

El reverendo Williams sacudió la cabeza y asumió una expresión de cómica desesperación.

- Mi sobrino. Está destinado a la carrera eclesiástica, y sus padres han pensado que le haría bien pasar conmigo unos meses para ver el lado menos atractivo de la iglesia. Es mi asistente y, me temo, la ruina de mi existencia.

Hablaba con gran afectación, y me di cuenta de que en realidad apreciaba inmensamente al muchacho.

- Id yendo vosotros dos hacia la casa rectoral - dijo-. Me imagino que ya estará allí el joven Jack. Me reuniré en seguida con vosotros.

- Reverendo Williams - empecé-, realmente no creo que…

- Nos gustará mucho comer con usted - dijo Jeffrey con firmeza.

La casa rectoral estaba justo enfrente. Era una agradable morada de piedra flanqueada por varios robles, y tenía un jardín bien cuidado en la parte de atrás. El ama de llaves nos abrió la puerta. Se trataba de una mujer alta y huesuda, de expresión grave, que llevaba el cabello gris peinado en un apretado moño alto. Se

Librodot

limpió las manos en el delantal y nos condujo hacia el estudio, amplio y confortable; el mobiliario era viejo y un agradable desorden de libros, papeles y plantas se extendía por todas partes.

- El muchacho vendrá en seguida - dijo con brusquedad-. Tengo que volver a la cocina. Compañía, siempre compañía, y nunca me dice ni media palabra. ¡Le echaré agua a la salsa y cortaré fino el asado!

Jeffrey se echó a reír mientras la mujer abandonaba la habitación.

- La señorita Moffat no ha cambiado nada. Le encanta hacerse la mártir. Si no tuviera algo de lo que refunfuñar, no sabría qué hacer.

- ¿Por qué me dejasteis traer este vestido?

-le pregunté con voz ahogada.

-Es un vestido encantador, Honora.

-Vos sabíais que estaba ridícula.

- Al contrario, está preciosa.

-Se han... Se han reído de mí.

Jeffrey frunció el entrecejo y se me acercó; me puso las manos sobre los hombros. Se tomó serio, y cuando habló la voz le sonaba tranquila y llena de convicción.

- Nunca debe preocuparse por lo que diga la gente, Honora -me dijo-. No deje que los demás le dicten lo que ha de hacer, no permita que sus estrechas miras y opiniones influyan sobre su conducta. Lucinda Carrington ha esta-

do muy grosera, de acuerdo, y ella y sus amiguitas se han reído de usted, pero usted vale más que diez de ellas.

Le miré a los ojos y me pareció que me adentraba en ellos. Me apretó los hombros y aquellos rojos labios se entreabrieron. Supe que iba a besarme. El pulso pareció dejar de latirme. Durante una fracción de segundo sentí pánico, y luego todo mi ser se inundó de una anticipación casi dolorosa y tan intensa que temí desmayarme. Jeffrey ladeó la cabeza levemente y la inclinó. Tenía la boca a escasos centímetros de lamía.

De pronto se oyeron alegres pisadas que provenían del vestíbulo. Me soltó inmediatamente y se apartó de mí en el momento en que el joven sobrino del reverendo Williams entraba en la habitación con una amplia sonrisa en los labios y un auténtico aspecto de dandy. Llevaba zapatos marrones con hebilla de plata y medias blancas de un algodón tan fino como la seda. Lucía también calzones hasta la rodilla, chaqueta larga de lino, chaleco de satén a rayas color tostado y plata, y una corbata verde esmeralda anudada elegantemente al cuello.

- Soy Jack - dijo-, Jack Jordon. Mi tío siempre trae invitados a comer después de la misa del domingo, y esperaba que fueran ustedes. Vos sois Jeffrey Mowrey. No os vi la otra vez que vinisteis, estaba ayudando al sepulturero a cavar una tumba, un trabajo muy duro. No necesitáis presentarme a la señorita James. Ya la conozco, de tanto oír a mi tío hablar de ella.

Ejecutó una galante inclinación que le quedó más bien ridícula al ir acompañada de aquella amplia sonrisa. Tenía el pelo muy rojo, pícaros ojos oscuros y una gran cantidad de pecas. En cuanto a la boca, el adjetivo que mejor le cuadraba era sin duda “descarada”.

-Va usted muy bien arreglado -observó Jeffrey.

- No puedo arreglarme muy a menudo - se quejó el muchacho-. Mi tío me tiene siempre ocupadísimo, cavando tumbas, tocando campanas, puliendo el bronce... ¡Se lo toma todo muy en serio! Mis padres me han enviado estas ropas desde Londres, las hizo el segundo mejor sastre de la cuidad y, a decir verdad, hoy es la primera vez que he tenido oportunidad de ponérmelas.

Se dio la vuelta para mostrar el faldón de la chaqueta, muy orgulloso de su calidad.

- Dice mi tío que soy demasiado mundano

-confesó-, y por eso me encuentro aquí. Estoy destinado a una carrera en la Iglesia, mis padres no pueden hacerlo de otro modo, y pensaron que quizá se me contagiase algo de la bondad y humildad de mi tío si pasaba suficiente tiempo con él.

- Necesita una buena azotaina - bromeó Jeffrey.

- Eso dice mi tío. Sin embargo, soy muy devoto. Tengo dieciséis años, y sospecho que cuando tenga veinte ya seré reverendo e iré por ahí con los ojos bajos y rezando sin parar.

No pude evitar sonreír. Había habido un momento de mucho nerviosismo cuando el muchacho entró, interrumpiendo el beso en ciernes, pero ahora me sentía aliviada de que hubiera llegado precisamente en aquel momento. El joven Jack Jordon era una criatura absurda, pero resultaba simpático, y su animada charla era justamente el tónico que yo necesitaba. La vergüenza y humillación que antes había sentido se desvanecieron.

-Me imagino que tendré una parroquia muy elegante - prosiguió Jack -, preferentemente en un barrio de buen tono, en Londres. Todas las esposas tristes con bonitos vestidos vendrán a verme para contarme sus problemas, y yo seré un gran consuelo para ellas. Sus ricos maridos llenarán las arcas de oro.

- Que será empleado en buenas obras - añadió Jeffrey.

- ¡Naturalmente!

- Frívolo tunante - dijo el reverendo Williams entrando en la habitación-. Estoy tratando de quitarle todas esas tonterías mundanas de la cabeza. Pero es una lucha inútil.

Se había cambiado de ropa. Ahora llevaba una sencilla sotana marrón toscamente tejida, con un cordón anudado a la cintura, y parecía un humilde monje de un remoto monasterio. El reverendo Williams había dedicado la vida a su prójimo, sirviéndole lo mejor que podía, mientras otros colegas suyos más ambiciosos ascendían en la rígida jerarquía eclesiástica. Le bastaba con ser un modesto cura, y parecía irradiar un aura de bondad. Ya tenía poco pelo, y la bronceada cara estaba surcada de afables arrugas. En su pequeña boca jugaba siempre una sonrisa, y los gentiles ojos eran verdaderos reflejos del alma.

- La señorita Moffat sigue atareada con los pucheros en la cocina - dijo-, pero la comida estará pronto en la mesa.

-Hay tartas de cerezas -nos dijo Jack-. ¡ Mis favoritas!

- Este pillo se la ha metido en el bolsillo

- dijo el reverendo con aire cansado-. Ella le regaña, y le echa de la cocina y se hace la indiferente ante sus picardías, pero es innegable que la convence. Yo detesto las tartas de cerezas -añadió.

El joven Jack se sentó en el brazo de una silla, con aspecto satisfecho. Yo no tenía ninguna duda de que al final conseguiría lo que se había propuesto. Las distinguidas señoras con ropas elegantes le adorarían, y él frecuentaría regularmente sus salones. Siempre había demanda de clérigos mundanos.

La comida fue realmente abundante, opípara, y la señorita Moffat, bastante severa, nos la sirvió de no muy buena gana. Aunque le miraba orgullosamente con el ceño fruncido, observé que daba raciones mayores al pelirrojo joven. La conversación era fluida y relajada. El reverendo Williams hablaba de su trabajo en la parroquia y me preguntó cómo nos iba a Douglas y a mí. Le conté los progresos que había alcanzado, y Jeffrey dijo que su hijo era otro desde mi

Librodot

llegada. Nos habló sobre sus viajes por Italia, describiendo las ruinas, los museos, los maravillosos paisajes. El joven Jack escuchaba atentamente. A pesar de su desenfado, era muy respetuoso con sus mayores, y estaba claro que quería a su tío. Noté que el vivaracho joven había traído mucha alegría a la vida de aquel anciano.

Después de la comida, Jeffrey expresó su interés por ver los nuevos textos en latín que el reverendo había añadido recientemente a su colección.

- ¡Se los enseñaré! -dijo Jack, animado-. Leo el latín con fluidez. Ya. Y griego también. Cuando llegue a Oxford, los voy a dejar pasmados.

- ¿Va a ir a Oxford? - le preguntó Jeffrey.

- Hay que ir a Oxford si se quiere llegar a algo en la Iglesia-contestó Jack-. También se necesitan contactos.

-¿Ah, sí?

- El mismo decano Swift me va a apadrinar. Conoce bien a mis padres. ¿Habéis leído algunos de sus libros?

-Uno o dos -dijo Jeffrey.

- Creo que Los viajes de Gulliver es sensacional.

-A mí me gusta más Una propuesta modesta - contestó Jeffrey -. Sugiere que ciertos niños deberían ser comidos al nacer. Eso no sólo resolvería el problema del hambre, sino que también ayudaría a controlar la demografía.

Me pregunto si estaría acordándose de usted cuando lo escribió.

-Yo era un niño encantador -protestó el muchacho-. Preguntad a cualquiera.

Jeffrey se echó a reír y pasando un brazo sobre los hombros de Jack le sacó de la habitación. El reverendo Williams me preguntó si me gustaría ver los jardines, y los dos salimos. Cogió del cobertizo un par de tijeras y un viejo sombrero de paja y empezó a llenarlo de flores mientras caminábamos placenteramente por los senderos.

- Pareces estar haciéndolo muy bien, Honora-me dijo.

- Es-estoy muy contenta de mi posición en la mansión Mowrey.

- Quería sacarte de la escuela de Bath - prosiguió-. Aquél no era sitio para ti, pero no encontré nada mejor en aquel momento. También albergaba reservas respecto a proporcionarte este trabajo.

- ¿Reservas?

El reverendo Williams añadió unas pálidas flores azules al ramo rojo y blanco que ya había puesto en el sombrero.

- Lord Robert es un hombre muy duró, vengativo, según dicen, y puede ser incluso despiadado.

-Eso me... me han dicho.

- Eres muy joven y todavía demasiado impresionable. Temí que pudieras hacer algo que...

-Vaciló, buscando cuidadosamente las palabras adecuadas-, que pudiera suscitar su ira

- concluyó.

- ¿Cómo?

- Está muy unido a su hermano, Honora.

-Ya lo sé.

El reverendo Williams cortó unas delicadas flores amarillas y las juntó con las demás. Se incorporó y suspiró al tiempo que me miraba con aquellos gentiles ojos que parecían escudriñarme el alma.

- Te has convertido en una joven muy atractiva, Honora.

- Gracias, reverendo Williams.

- Tus padres se habrían enorgullecido enormemente de ti. Yo mismo estoy orgulloso. -Vaciló otra vez, y frunció el ceño-. Espero que no cometas ninguna imprudencia, hija mía.

Bajé los ojos, esperando que continuara. Se sacó un cordelito del bolsillo y ató las flores por los tallos, componiendo un encantador ramillete multicolor.

-Jeffrey te aprecia - dijo-. La cosa... es inocente en este momento, los dos sois buenos muchachos. Por tu propio bien, niña, cuida de que todo siga así.

Me tendió el ramillete, dándome a entender que dejaba zanjado el asunto y volvimos al interior de la casa. Jeffrey y yo nos marchamos unos minutos después, y Jack y el reverendo Williams nos acompañaron hasta el carruaje.

- Presentadle mis respetos a la señora Rawson - dijo el párroco-. Hay una alegre pecadora que todavía espero encarrilar.

-Ahí tiene usted un duro trabajo -contestó Jeffrey-. Nuestra señora Rawson no se aviene a volver al redil.

- Es una mujer excelente, de buen corazón, caritativa. Débil, por desgracia. Pero todavía no me he rendido.

Nos despedimos y reemprendimos la vuelta a la mansión Mowrey. El sol brillaba con pálido fulgor, y las nubes causaban, al moverse, leves sombras sobre la tierra. Jeffrey Mowrey estaba pensativo, callado, y yo no me molesté tampoco en hablar. Seguía pensando en aquel momento de estática anticipación cuando su boca se acercó a la mía, y yo sabía que también era débil, tan débil como la señora Rawson.

Me arropé en la capa marrón de seda, mirando el camino sin verlo. Pensaba en las palabras del reverendo Williams. El anciano párroco se había percatado de mis sentimientos, como la señora Rawson, y había intentado advertirme lo mejor que pudo. Tuve miedo. Por primera vez me di cuenta de que el hombre que estaba a mi lado era para mí un peligro todavía mayor que su hermano, y las razones estaban en el fondo de mi corazón.

7

No vi a Jeffrey Mowrey en los dos días siguientes. Quizás ahora albergara dudas respecto a enseñarme las ruinas. Quizá también él había presentido el peligro y deseaba evitarlo. Seria mejor que se olvidara de la institutriz de su hijo y pensase en Lucinda Carrington o en alguna de sus amigas. Era lo mejor para los dos, yo lo sabia, y sin embargo aquellos dos días fueron un tormento para mí. Saber que él estaba bajo el mismo techo y no verle me causaba la mayor angustia que se pueda imaginar.

Me decía a mí misma que era lo mejor, pero yo ya no podía pensar con lógica en lo que a Jeffrey concernía.

El miércoles hizo mal día, el cielo gris estaba cubierto de nubes negras que flotaban sin descanso sobre la tierra, y la luz solar era tenue y blanquecina. Douglas se encontraba especialmente nervioso, se negaba a concentrarse en las lecciones, y con considerable alivio vi llegar la hora del almuerzo, tras el cual le metí en la cama para que durmiera la siesta. Era la una y media. Estaba sola en el cuarto de juegos, mirando el triste cielo y sintiéndome muy desgraciada. Al oír pisadas en el vestíbulo me di la vuelta.

Jeffrey Mowrey entró en el cuarto llevando un pesado cesto cubierto con un paño blanco de lino. Por un extremo sobresalía una larga barra de pan, y por el otro una botella de vino.

-Hoy no ha comido -me dijo.

-..... no tenía hambre.

-Yo tampoco he comido todavía. He hecho que Cook nos preparara este cesto, y he robado otra botella de la bodega de mi hermano.

-Vos...

- Le prometí enseñarle las ruinas, ¿recuerda? He pensado que también podríamos comer allí. El niño duerme, ¿no? La señora Rawson ha prometido cuidar de él cuando se despierte. Le he dicho que probablemente estaremos fuera la mayor parte de la tarde.

-Pero...

- ¿Es que no quiere ver las ruinas, Honora?

-Claro que sí, pero... no parece una tarde muy prometedora para salir. Seguro que va a llover.

- ¿Le asusta la humedad?

- No me seduce la idea de calarme hasta los huesos.

Jeffrey hizo una mueca. Llevaba botas negras algo desgastadas, pantalón azul descolorido y una vieja camisa blanca de batista; estaba muy atractivo con el pelo revuelto y aquella sonrisa tan amistosa en los labios. Yo llevaba otra vez el vestido de muselina azul, y hubiera deseado tener algo nuevo y fresco para poder cambiarme.

- Cogeré un par de capas recias - dijo-. Me reuniré con usted en el vestíbulo trasero dentro de cinco minutos.

- Realmente creo que deberíamos...

- Nada de peros - me dijo con pretendida dureza- Soy un caballero, cierto, y ordinariamente la flor y nata de la cortesía, pero puedo ponerme muy bruto si me enfado. Discuta conmigo y verá lo que pasa.

Sonreí, incapaz de resistirme. El también sonrió, y cuando me reuní con él en el piso de abajo sentí una maravillosa excitación, como si acabara de beber varias copas del mejor champaña. Ya se había envuelto en una gruesa capa azul marino, y me ayudó a ponerme una de lino color añil a rayas más claras de seda. Me cubría completamente, y saboreé el ligero olor a transpiración y a cuero. Jeffrey cogió el cesto, me dio el brazo y me sacó de allí.

Se oyó el estampido de un trueno. El cielo estaba ahora todavía más oscuro. Me sujetó por el brazo con firmeza, como si temiese que yo intentara soltarme.

- Sigo pensando que es una idea muy precipitada - protesté - Deberíamos posponerlo hasta que...

- Este clima resaltará la atmósfera de las ruinas -dijo-. Además, hay muchos refugios.

- Parecéis estar de un humor excelente.

- Estoy deseando ver las ruinas de nuevo, y encima resulta que me acompaña la mujer más hermosa de todo Cornualles.

- No deberíais decir esas cosas.

- ¿Por qué no? Es la verdad, Honora.

-Yo...

- ¿Se da cuenta de que nunca me ha llamado por mi nombre? ¿Es tan difícil pronunciar la palabra “Jeffrey”?

-Vos... Vos sois la persona que me ha empleado. Yo...

- Honora - dijo-, ¿es que no sabe que ya estamos más allá de eso? Desde el instante en que la vi supe que la nuestra no iba a ser una relación de patrono a empleado.

- Es mejor que volvamos - dije con voz temblorosa.

- ¿Tiene miedo?

- Sí. Si, lo tengo. Soy la institutriz de vuestro hijo. Yo...

No pude continuar. No quería. Me quedé en silencio, y Jeffrey también calló, mientras mc llevaba a través de los páramos cuyas hierbas el viento arrastraba, y las nubes que pasaban sobre nuestras cabezas se hicieron más densas y ensombrecieron la tierra. Llegamos a la pendiente, y pronto estuvimos subiendo la colina. La mansión Mowrey quedaba ahora muy lejos a nuestras espaldas, y la realidad parecía también estar detrás nuestro. Aquello no era real. Era como un sueño: el viento, el cielo oscuro, el hombre que iba a mi lado, los fuertes dedos que seguían sujetándome el brazo con firmeza. Estaba soñando y tenía miedo, aunque la excitación era tan intensa que me sentía aturdida. La falda de mi vestido se hinchaba al viento y se me levantaba, y rojos mechones de cabello me cubrían la cara. Nuestras capas se agitaban detrás nuestro como si fueran alas salvajes.

Me encontraba exhausta cuando finalmente llegamos a la cima de la colina. Estaba cubierta de antiguas ruinas grises, pilares derruidos y hoyos llenos de piedras; una parte de los edificios, todavía en pie, conservaba el techo parcialmente intacto. Las piedras estaban desgastadas por los elementos, agrietadas por el óxido, verdes de musgo, y había pequeñas viñas cubiertas de extrañas flores salvajes que no pude identificar. Vi parte de la antigua muralla romana, de varios metros de altura, y de al menos treinta metros de ancho en la parte superior, y me imaginé a los legionarios romanos patrullando por allí con escudos de bronce y lanzas, tocados con cascos de plumas que ondeaban al viento mientras escudriñaban el paisaje en busca de los salvajes guerreros pintados de azul que querían aniquilarles.

- Impresionante, ¿verdad? - me preguntó Jeffrey dejando el cesto en el suelo.

Librodot

-Es... es maravilloso.

-Siempre me han atraído las ruinas. Estas no son tan espectaculares como las de Northumberland, pero también me apasionan. ¿Caminamos a lo largo de la muralla?

-¿Es segura?

- Siempre que se vaya con cuidado.

Me llevó hacia la muralla, a la que subió con atlética agilidad, y luego se inclinó para auparme, rodeándome las muñecas con fuertes manos y alzándome hasta que puse los pies sobre las quebradizas piedras. Al llegar, temblorosa, junto a él, pensé en lo fuerte que era. Me rodeo la cintura para protegerme, y sentí su calor y sus tensos músculos. No sólo era sensible, inteligente, educado y discreto, sino que también estaba en espléndidas condiciones físicas.

- ¿Todo bien? - me preguntó.

-Sólo... sólo estoy un poco aturdida. Esto es tan... tan alto...

La muralla se alzaba a lo largo de unos quinientos metros antes de desmoronarse en un montón de rocas, y desde ella podía verse todo el campo. Los páramos, marrones y grises, salpicados de púrpura, se extendían a nuestros pies, y el mar podía verse también, como un horizonte azul grisáceo que emergía de la bruma escarlata. Contemplaba el paisaje aún algo confusa. Vi el pueblo a lo lejos, en la distancia, y la mansión Mowrey como una diminuta casa de muñecas rodeada de minúsculos jardines. El cielo estaba muy oscuro. De pronto el viento dejó de soplar y se produjo una súbita calma, como si la tierra estuviera conteniendo el aliento.

-Cuidado -dijo Jeffrey-. Este suelo es muy poco uniforme, hay peligro de derrumbamiento. Apartó el brazo de mi cintura y me dio la mano, apretándola con fuerza mientras caminábamos despacio por la muralla. Los dos estábamos silenciosos, como ensimismados en nuestros pensamientos. Me preguntaba si él sentiría la misma deliciosa tensión, el mismo suspense y la misma sensación de anticipación que a mí me embargaba. Nerviosa como estaba, notaba a la vez una extraña calma interior, un singular sentimiento de aceptación. Lo que tuviera que suceder, sucedería, y nada podía hacer yo para impedirlo. Toda mi educación, todas las sensatas palabras con que me habían incitado a ser prudente, no significaban nada frente a los sentimientos que Jeffrey Mowrey suscitaba en mí. La recatada muchacha se había desvanecido para siempre, y en su lugar había una mujer que sabía instintivamente todos aquellos secretos que la niña ignoraba. El amor me había transformado, y yo estaba ya preparada para aquel paso final que desterraría a la niña para siempre. Reconocí todo esto en silencio, y en silencio lo acepté.

Las nubes habían ensombrecido el cielo casi por completo. El aire estaba en calma, no había el menor soplo de viento, y la luz era extraña, opalina, translúcida. Pronto empezaría a llover. Seguimos caminando sobre la muralla durante algunos minutos, sin hablar, y luego Jeffrey saltó abajo y me tendió los brazos para ayudarme. Me bajó de allí y, ya en el suelo, me mantuvo un momento junto a él. De pronto parecía tímido, confundido. Sabía tan bien como yo lo que iba a ocurrir, y eso le preocupaba. Jeffrey Mowrey no era un cínico seductor de vírgenes, no era un libertino amoral que disfrutase con las calaveradas. Su sentimiento hacia mí era muy profundo, y él sabía que esos sentimientos eran mucho más fuertes que los escrúpulos que abrigaba.

El aire se volvió cálido. Se quitó la capa, me quitó la mía y me miró a los ojos para intentar averiguar si yo sentía lo mismo que él. Le acaricié levemente la mejilla, de un modo impulsivo y completamente natural. Le pasé la yema del

dedo pulgar sobre la suave y llena curva de su labio, sin dejar de mirarle a los ojos, graves y atormentados. Curiosamente parecía que fuera yo la más experimentada, era como si la nueva madurez que había en mi interior me diese un conocimiento que él todavía había de adquirir.

-Te quiero, Honora -me dijo.

-Lo sé.

- Creo que te amo desde la primera vez que te vi

-Lo se.

-Tú... -Vaciló y frunció las cejas.

-Yo siento lo mismo, Jeffrey.

-Nunca... nunca creí que volvería a amar. Nunca creí que volvería a sentir de esta manera. Pero... simplemente, es así.

-Así es -dije.

- No quiero hacerte daño. No quiero causarte ningún mal.

Le acaricié la mejilla y las sienes.

-Eres tan bella -me dijo-. Tan bella. Tan buena. Tan pura.

-Jeffrey...

- Deberíamos volver. Deberíamos volver ya.

-Sí...

- Honora...

Me atrajo hacia sí y me abrazó fuerte, muy fuerte, y yo me apreté contra él, amoldando mi cuerpo al suyo. Retumbó un trueno en la distancia. Resonó más bajo, más cerca. Un rayo abrió los cielos con dedos esqueléticos de plata e iluminó la tierra con una intensa luz azul. Jeffrey me sostuvo, estrechándome contra él mientras la lluvia empezaba a caer en grandes y pesadas gotas que salpicaban con violencia a nuestro alrededor. Me soltó, cogió las capas y el cesto y me guió rápidamente hacia un refugio, la esquina de una construcción todavía parcial-mente techada.

Jeffrey dejó el cesto en el suelo y extendió las capas sobre la tierra mientras yo me sacudía las faldas y me apartaba algunos mechones mojados de las mejillas. El rubio cabello de Jeffrey estaba mojado, aplastado sobre la cabeza, y la delgada camisa blanca se le había pegado a la piel. La lluvia caía violentamente, golpeando ruidosamente la pequeña porción de techumbre y formando unas cortinas de agua a pocos metros de nosotros que eran empujadas salvajemente por el viento. Jeffrey sacudió la cabeza y se secó el agua que le caía por las mejillas; luego me miró. Sonreí y me senté sobre las capas, sorprendiéndome en seguida al notar lo blando que estaba el terreno; entonces me di cuenta de que las habíamos puesto sobre musgo seco de varios centímetros de grosor.

Cayó sobre nosotros una ligera neblina. Jeffrey se arrodilló a mi lado, y noté que estaba extremadamente nervioso. Frunció el ceño con expresión seria, casi aprensiva. Me deseaba desesperadamente y tenía miedo; se sentía tímido, torpe a pesar de toda su experiencia. Entendí el porqué. Deslicé un dedo sobre el caballete de su nariz, borrando aquel profundo ceño. Gentil y dubitativo, me cogió la mano y me besó la palma; luego se inclinó para besarme la mejilla, las sienes, la curva del cuello. Le puse las manos sobre sus brazos y las subí hasta rodearle los hombros, atrayéndolo más hacia mí.

- Honora - murmuro.

-Está bien, Jeffrey.

-No quiero...

-Te amo -dije.

-Es... quisiera...

-Está bien.

Apretó su boca contra la mía y yo, cerrando los ojos, me dejé caer sobre las capas y le atraje hacia mí. El musgo susurraba bajo mi cuerpo. La lluvia caía sin cesar. Yo era insensible a todo menos a aquella boca, y a aquella mágica y maravillosa belleza que emergía de mí mientras su beso se hacia más apasionado, más vehemente. Me estremecí al notar su peso y cambié de postura, levantándome las faldas encendida por su calor y desfalleciendo cuando él levantó la cabeza para mirarme a los ojos; luego me besó de nuevo con ternura, con mucha ternura, intentando dominar el impulso que le poseía.

¿Cómo supe yo, que nunca había amado, responder de aquel modo al único son de la ancestral melodía de la sangre? Me penetró, y qué asombro me produjo aquella cálida firmeza que entraba en mi suave como el terciopelo, fuerte como el acero; yo levanté las caderas para unirme más a él, para ayudarle. La carne acariciaba la carne, delicioso dolor que crecía con intensidad arrebatadora mientras él empujaba, llegando cada vez más adentro. Hubo un momento de agudísimo dolor cuando la carne se desgarró y algo estalló en mi interior; le abrazé fuertemente por la espalda y le apreté contra mí hasta que el dolor desapareció y se convirtió en una sensación de éxtasis que parecía apoderárseme del alma y transportarme a un paraíso de increíble placer.

Al último brío de aquel hombre que jadeaba tenso, tembloroso sobre mi, siguieron oleadas de un sentimiento que nos envolvió a los dos. Le estreché contra mí mientras los fuegos del amor se atemperaban en aquel magnífico desenlace. Ahora lo sabia. Ahora estaba completa, ya era parte de un todo, y las lágrimas me inundaron los ojos, bañándome las pestañas. Jeffrey vio las lágrimas y las besó para secarlas mientras yo le acariciaba con los dedos aquel cabello todavía húmedo.

- Lo siento - murmuró -. No llores.

- No puedo evitarlo. Estoy..., soy tan feliz.

-Te amo, Honora. Debes saberlo.

-Te amo.

Estuvimos abrazados mientras la lluvia amainaba, e hicimos otra vez el amor y fue todavía mejor, algo bellísimo; la lluvia cesó y el sol empezó a brillar poco a poco mientras ajustábamos nuestras vestiduras y comíamos lo que Cook nos había preparado. Bebimos el vino y nos miramos sonrientes, y él me besó de nuevo y me sostuvo entre sus brazos, acariciándome el cabello, la espalda, y comunicándome su amor en silencio. Todavía me poseía una dulce languidez, y sentía un maravilloso dolor que impregnaba todo mi ser. Le acaricié la espalda con la palma de la mano y estreché sus hombros; luego temblé con una felicidad tan deliciosa que me sentía abrumada.

El cielo estaba limpio mientras caminábamos despacio colina abajo y empezábamos a atravesar los páramos. Hacía rato que había dejado de llover y todo brillaba a la luz del atardecer. Ya se nos había secado la ropa. La hierba estaba seca también, y se ondulaba al soplo de la tranquila brisa. Jeffrey me llevaba de la mano, balanceando el cesto al otro lado.

Ninguno de los dos hablaba. No había necesidad de palabras. Al acercarnos a la mansión Mowrey me soltó y suspiró; yo volví la cabeza para mirar hacia aquellas ruinas ahora apenas visibles en la distancia. Me despedí en silencio de la muchacha que había sido, y su fantasma pareció despedirse también de la mujer en que me había convertido.

8

Librodot

¿Cómo podría describir las semanas que siguieron? Incluso ahora me maravilla pensar que una tal felicidad sea posible en la vida de mujer alguna. Era como vivir en una realidad diferente, e incluso el aire que respiraba parecía poseer una calidad distinta, maravillosa, nueva, exaltante. Yo vivía en un sueño encantado, trémulo, y a pesar de eso estaba completamente despierta y reaccionando a cada sensación. La realidad que antes había conocido se me aparecía hora como vaga, distante, falsa. Antes de Jeffrey, yo era una pobre criatura que sobrevivía, que existía, pero ahora me impregnaba esa magia especial que le da significado a la vida.

Cuando estaba con él, mi felicidad no conocía límites, y cuando me quedaba sola, cuando estaba en el cuarto de juegos con Douglas o charlando con la señora Rawson, notaba claramente su presencia cercana. Mantenía una fachada tranquila, fría y eficiente con Douglas, ligera y guasona con la señora Rawson, pero siempre, en todo momento, mi corazón parecía cantar:

Jeffrey está abajo en la biblioteca, Jeffrey está en el despacho con su hermano, Jeffrey está montado el corcel, ahora debe estar atravesando el pueblo, ahora se acerca a la fábrica, dentro de dos horas volverá a casa otra vez.

Por mucho que lo intentaba, no podía ocultar mi felicidad por completo. A menudo hacía una pausa en mitad de la lección para mirar por la ventana y sonreír. Yo sabía que mis ojos, de pronto, se pondrían a brillar con aquel fulgor que yo veía en el cristal mientras pensaba en Jeffrey, y cuando eso ocurriera el pequeño Douglas inclinaría la cabeza hacia un lado y me observaría con gran interés. Afortunadamente, esos lapsos eran escasos, y Doug los consideraba meramente como una de esas excentricidades naturales en los adultos. La señora Rawson, por supuesto, observó el cambio que se había producido en mí. Inmediatamente supo lo que había ocurrido aquel día en las ruinas, pero por una vez demostró tacto y me obsequió con una ocasional sonrisa y una mirada comprensiva, aunque sin dejar de mantener su discreto silencio.

Jeffrey siguió visitando el cuarto de juegos, pero ya no venía tan a manudo y rara vez se quedaba más de unos minutos. Ahora pocas veces nos acompañaba en nuestros paseos, y cuando lo hacía prestaba atención casi exclusivamente a Douglas, jugando a pelear, contándole fantásticos cuentos, dándole ocasionales conferencias sobre la importancia de nuestras clases y reconviniéndole con frases del tipo:

“Haz caso de lo que te diga la señorita James o tendrás ocasión de arrepentirte.” Yo era la institutriz de su hijo, y su comportamiento era educado y formal, nada más. Para tranquilizar a su hermano, pasaba cada vez más tiempo en la fábrica, mostrando un interés que estaba lejos de sentir, y al menos tres tardes a la semana se reunía con Robert en el despacho. Jeffrey llevaba los libros de contabilidad. Hacía preguntas inteligentes. Detestaba cada minuto que empleaba en esos temas, pero era necesario.

-Necesito tiempo, Honora -me dijo-. Necesito... urdir algún plan. No quiero causarle a Robert un dolor innecesario. Al final tendrá que saberlo, claro, pero...

- Lo entiendo, Jeffrey.

-No debe sospechar nada.

- Lo entiendo - repetí-. Tiene que ser así.

- No será por mucho tiempo - dijo-. No será por mucho tiempo, te lo prometo.

En varias ocasiones, se vistió con sus mejores ropas y fue a la finca Greystone a ver a Lucinda Carrington. Yo entonces sufría. Aunque sabía que él le prestaba atención sólo como parte del subterfugio, yo sufría agonías de celos

Librodot

totalmente irrazonables. A él no le importaba la señorita Carrington, de hecho ni siquiera le gustaba, pero ella era de su clase. Era una patricia, y muy guapa, exactamente el tipo de muchacha que la gente esperaba que él cortejara y finalmente desposara. Jeffrey Mowrey nunca podría casarse con la institutriz de su hijo. Yo lo sabía, pero apartaba esa idea de la mente, me negaba a asumirla.

Lord Robert no estaba en absoluto satisfecho de las visitas de su hermano a la finca Greystone, e hizo varios comentarios sarcásticos sobre “la tontita cabeza hueca" que le entretenía allí. Jeffrey defendía a la señorita Carrington con considerable galantería, y enumeraba sus encantos ante su ceñudo hermano. Las visitas eran exclusivamente para despistar a Robert, yo lo sabía, y Lucinda no era más que una cortina de humo para impedirle husmear en lo que de verdad sucedía, pero yo a pesar de todo sufría.

Convencido de que yo ya no representaba ninguna clase de amenaza, lord Robert pareció olvidarse de mi existencia. En las escasas ocasiones en que me encontré con él, me dedicó un estirado y severo movimiento de cabeza y me miró como se mira a un mueble que, por casualidad, se mueve. Aquel desgraciado encuentro en su despacho podía no haber ocurrido. Su hermano le había impedido despedirme, eso era cierto, pero no por ningún interés personal hacia mí. Jeffrey Mowrey me veía simplemente como una institutriz, bonita acaso, más bien insulsa, pero muy competente, y su hermano mayor tenía ahora otras cosas de que preocuparse: introducir a Jeffrey en el negocio familiar, mantenerle en la mansión Mowrey y apartarle de las garras de Lucinda Carrington.

Pero lord Robert ignoraba la verdad.

No sabía nada de aquellas citas secretas por la noche, muy tarde, cuando todos dormían. Durante el día Jeffrey se comportaba conmigo de manera educada y formal, pero de noche, en aquel pequeño dormitorio de la desierta ala este... Por la noche era maravillosamente apasionado y viril, y me amaba intensamente, tensando cada uno de sus músculos para saborear mi cuerpo por completo, haciéndome el amor suavemente, acariciándome la carne, murmurando dulces palabras con los ojos llenos de amor a la pálida luz de una sola vela. Normalmente sólo vestía una camisa de recio brocado de seda, las piernas le quedaban desnudas, y ye llevaba un camisón de fino lino blanco. Nos encontrábamos pasada la medianoche, llegando por corredores separados hasta la habitación, con cuidado de que no nos oyeran, y una vez allí me abrazaba con pasión y yo me apretaba contra él, temblando, y ambos teníamos sed y hambre del gozo que nos esperaba. Más tarde yo volvía a mi habitación, él a la suya, y nadie se daba cuenta de nada. Noche tras noche... y durante el día, la gloriosa espera que hacía aún más sublime el encuentro.

Aquello era bueno. Era hermoso. Era lo que tenía que ser. Yo no sentía vergüenza. Sabía que el mundo me consideraría una mujer amoral. Sabía que estaba yendo contra toda mi educación ética, contra todas mis convicciones religiosas, pero nada de eso tenía significado frente a mi amor por Jeffrey Mowrey. Le amaba con una intensísima vehemencia que me llenaba el alma de una belleza mágica y estremecedora, y Jeffrey me amaba igual. Aquello tendría que acabar, yo lo sabía. Me daba cuenta de que al final habría de abandonarme para casarse con alguien como Lucinda Carrington y ocupar el sitio que le correspondía en la sociedad, pero no me importaba el porvenir. Habría dolor. Habría un corazón roto. Todavía era lo bastante sensata como para darme cuenta de todo esto, pero lo único que me importaba era aquel maravilloso momento. El futuro ya se ocuparía de sí mismo.

Librodot

Y así pasaron las semanas, semanas de inverosímil plenitud, cada día lleno de aquella deliciosa esperanza y cada noche colmada de felicidad; fuera, los días eran cada vez más fríos y los cielos, por donde las nubes amenazadoras parecían no dejar nunca de pasar, más grises. El viento aullaba sobre los páramos, silbando al chocar contra la casa, y a lo lejos, en los acantilados, las olas golpeaban con furia contra las rocas. El frío del exterior hacía resaltar más el calor de dentro, y de alguna misteriosa manera parecía acrecentar la secreta alegría que me inundaba el corazón.

Y por fin llegó una mañana en que, mientras me encontraba en el cuarto de juegos con Douglas intentando conseguir que se concentrara en la lección de geografía, me sentí un poco cansada, un poco débil; había dormido poco la noche anterior y además había comido, tontamente, arenques para desayunar. Douglas se negaba a prestar atención al mapa que había extendido sobre la mesa. Quería que le hablara de los caníbales.

- ¿De verdad se comen a los ingleses? - me preguntó con interés.

-No lo sé, Douglas. Presta atención.

-Estoy seguro. Lo sé todo sobre el asunto. Los ponen en ollas grandes y los aderezan con sal y pimienta y luego encienden el fuego. Líe-van collares de cuentas y plumas de colores y bailan alrededor de la olla moviendo las lanzas.

- No sé quién te habrá contado esos cuentos, pero estoy segura de que son muy exagerados. Esta parte coloreada en rosa se llama Egipto. Muchos grandes faraones construyeron allí sus...

- ¡También hay leones! -me interrumpió sin hacer el menor caso de lo que le mostraba en el mapa-. Siempre se comen a los ingleses, se los tragan enteros y roen sus huesos...

Se interrumpió de pronto, mirándome con los ojos muy abiertos y llenos de preocupación. Yo jadeaba, intentando controlar la náusea que me embargaba; sabía que la cara se me había puesto del color del papel. Las rodillas no me sostenían. Me agarré al borde de la mesa, segura de que en caso contrario me caería.

-¿Qué... qué te “paza”, Honora? - me preguntó con voz ansiosa-. Estás muy... rara.

- “Pasa” - le corregí con voz firme-. ¿Cuántas veces te he dicho que no cecees, Douglas? Ahora... quiero que cojas ese mapa en blanco de ahí y la caja de colores y...

Cerré los ojos, incapaz de continuar. Todo parecía haberse ensombrecido, y cuando abrí los ojos Douglas estaba a mi lado dándome golpecitos en la mejilla y con los ojos llenos de lágrimas.

-Voy a llamar a la señora Rawson -me dijo.

-No. No, no lo hagas. Me pondré bien en... unos cuantos minutos. Sólo necesito un poco de aire fresco. Quédate aquí y colorea el mapa, Douglas. Voy a darme una vuelta por el jardín y en seguida volveré.

-Voy contigo -insistió.

Le dije que no con la cabeza y me levanté; tenía las piernas flojas. Me preguntaba si iba a poder andar. Douglas se agarró a mi falda, mirándome mientras una lágrima se le deslizaba por la mejilla. Le toqué el alborotado cabello e intenté esbozar una tranquilizadora sonrisa.

- Es el maldito arenque que tomé en el desayuno - le dije-. Estaré perfectamente en cuanto me dé el aire.

- Yo también podría tomar el aire. Vamos los dos.

- ¡Basta de tonterías, Douglas! Colorea el mapa.

Se dio la vuelta, mohíno, y fue arrastrando los pies hasta la silla; al llegar a la mesa cogió la caja de colores. Salí de la habitación y, de alguna manera, conseguí bajar las escaleras y llegar al amplio vestíbulo trasero. Allí me detuve para apoyarme en la pared y mirar la fila de ventanas que daban sobre el césped de atrás. Todavía me temblaban las rodillas. Tenía húmedas las palmas de las manos. El corazón me palpitaba muy de prisa y tenía mucho miedo. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo duró aquello? Inmersa en mi amor, viviendo cada día en una especie de maravilloso trance, no había prestado atención al ciclo mensual.

Levanté los hombros, respiré hondo y crucé el vestíbulo para salir afuera. Hacía frío, demasiado frío para pasear sin una capa, pero apenas lo noté. Me rodeé la cintura con los brazos y caminé lentamente sobre la hierba. El viento hacía flotar mi falda y mis cabellos, echándomelos sobre la cara. Habían pasado ya seis semanas, por lo menos seis semanas. Traté desesperadamente de recordar. Este mes no. ¿El mes pasado? Me pareció recordar que se me atrasó y no le presté atención. Mientras caminaba bajo el húmedo cielo gris, lo supe con certeza: iba a tener un hijo de Jeffrey.

El viento agitaba las hojas de las viñas que todavía colgaban en las espalderas. Me detuve junto a una de ellas, ciñéndome más la cintura con los brazos como para proteger la vida que ya crecía dentro de mí, y el bello sueño se evaporó. El frío viento de la realidad dispersó los suaves colores como si se tratara de fuegos fatuos. El hijo de Jeffrey, una vida nueva creada por nosotros dos, el fruto de nuestro amor... y para el mundo un bastardo, el producto de una unión vergonzosa, ilícita, un niño al que señalarían con el dedo y al que harían burla, un niño obligado a llevar por la vida aquel estigma horroroso.

Jeffrey intentaría hacer lo más indicado, querría buscar alguna clase de arreglo, pero el secreto saldría a la luz y su futuro quedaría comprometido. Lord Robert se ensañaría con él cruelmente. La sociedad a la cual pertenecía se reina de él a sus espaldas; se divertirían a sus anchas a propósito de aquella pequeña locura y le irían cerrando las puertas. Yo no podía permitir que eso sucediera. No podía. Me quedé junto a los emparrados temblando, mientras el pánico que sentía no dejaba de crecer.

Vi a la señora Rawson que se acercaba rápidamente por el césped, con la falda granate al viento y aquellos juveniles tirabuzones grises. El viento le arrancó la cofia de puntilla blanca y la envió lejos, pero ella hizo caso omiso. La preocupación se le hacía bien patente en el rostro, la alarma se le reflejaba en los ojos y llegó hasta mí sofocada por la carrera. Me dio la impresión como si la viera a través de la bruma. Me parecía una aparición. Sofocada, con las mejillas enrojecidas, llegó hasta mí y me abrazó calurosamente como silo supiera todo, confortándome con su fuerza y bondad. Durante un rato me acunó entre los brazos; luego me soltó y me estudió el rostro con los ojos preocupados y ansiosos.

- Todo se arreglará, cariño. Todo se arreglará.

-No. No. Es...

-Bueno, bueno, cariño, no te apures. No te apures. No es el fin del mundo. Anda, volvamos adentro. Te estás helando. Estaba mirando por la ventana cuando te he visto aquí afuera, me he fijado en tu expresión y entonces ha venido Dougie corriendo y me ha dicho que te encontrabas mal.

-Tengo... tengo que volver al cuarto de juegos.

- Dougie está con Mary, cariño. Está dándole leche y galletas, y se van a poner juntos a dar color a los mapa, o algo así. No te preocupes por él.

-Es responsabilidad mía. Lord Robert...

Librodot

- Lord Bobbie y el amo Jeffrey están en la fábrica, y seguramente se van a pasar allí casi todo el día. Nadie se va dar cuenta de si descuidas o no tu responsabilidad. Ven conmigo, cariño. No discutas.

Me dio la mano y, sujetándomela con firmeza, me llevó de nuevo dentro de la casa, confortándome mientras subíamos las escaleras. Yo era presa de una especie de estupor. Ya no sentía náuseas ni palpitaciones, pero continuaba estando muy asustada. La señora Rawson me introdujo en su coqueto cuarto de estar y, apartando del sofá un abigarrado montón de cosas, me ayudó a acomodarme en él. Miré a mi alrededor confundida, sin saber muy bien dónde me encontraba; la encantadora ama de llaves meneó la cabeza y salió de la habitación unos minutos, volviendo al cabo con una bandeja con algo para tomar.

- Bueno, lo que necesitas es una taza de té, cariño. El té siempre ayuda. Échate hacia atrás. Déjame acomodarte los cojines. Así. Voy a encender el fuego y luego vamos a tomar el té, veras cómo todo tiene mejor aspecto después, ya lo veras.

Puso un leño más en la chimenea y avivó el fuego con el atizador y el fuelle; pronto las llamas crepitaron alegremente. Se incorporó, suspiró, y se puso a servir el té, tendiéndome una taza. La cogí y la miré como si nunca antes hubiera visto una. La señora Rawson me dio unos golpecitos en el hombro y se sentó en un sillón frente a mí.

- Bébetelo, cariño. Hazme caso.

Me bebí el té. Realmente pareció sentarme bien. Dejé de sentir frío y me reanimé un poco. Tenía un nudo en la garganta. Estaba cada vez más trémula y, finalmente, me puse a temblar con violencia. La señora Rawson se apresuró a abrazarme y me mantuvo entre sus brazos estrechándome fuertemente. Se me saltaron las lágrimas y prorrumpí en sollozos. Pasaron varios minutos antes de que consiguiera contenerme. Me sequé los ojos con el pañuelo que me tendía. Bebí otra taza de té y volví a dejarla sobre la mesa con mano temblorosa.

-..... lo siento. No quería perder el control así. Yo...

- Entiendo, cariño. Además, el llanto te hará bien.

- Le amo, señora Rawson.

- Claro que sí, cariño. Y él a ti también. En seguida me di cuenta. Lo sé, cariño. Lo sé todo. ¿Quién pensabas que cambiaba las sábanas de la habitación del ala este? ¿Quién creías tú que llevaba velas nuevas y lo dejaba todo en orden?

-Nun... nunca pensé en eso.

-Ni el amo Jeffrey tampoco. Los enamorados no se fijan en esos detalles. La habitación habría estado hecha un caos si yo no me hubiera ocupado de arreglarla, ¿no? Yo ya sé de esas cosas, cariño. Dios sabe que he estado en un montón de habitaciones en mis buenos tiempos.

-Creo... creo que estoy... -Hice una pausa; cada palabra me resultaba un esfuerzo enorme.

- Estás embarazada, cariño. Eso está bastante claro. Conozco bien los síntomas. También me ocupo de tu ropa interior, y no he visto una mancha en dos meses.

-¿Dos meses?

-Semana más o menos. El amo Jeffrey es un ángel y haría cualquier cosa por él, pero podría retorcerle el cuello por no haber tomado las precauciones necesarias. El ya sabe lo que son los preservativos. Encontré un paquete en su habitación hace años. Además, también hay otros métodos. Es un poco molesto y

pesado el dar marcha atrás justo en cierto momento, pero... - Se encogió de hombros y se sirvió otra taza de té-. Lo hecho, hecho está.

- No puedo tener este hijo - dije con serenidad.

- Pues al parecer no tienes mucha elección, cariño.

- Él me ama, pero yo... yo sé que nunca podría casarse conmigo. Soy una simple institutriz. Él es un aristócrata. Eso... arruinaría su vida. No quiero... causarle ningún problema.

- Pues algún problema va a haber, cariño. No es probable que se case contigo, lo admito, pero el amo Jeffrey es un hombre de honor. El lo arreglará todo, ya lo veras.

-Pero...

- No eres la primera muchacha humilde que se queda embarazada de un aristócrata, cariño, y no vas a ser la última, creo yo. Muchos hombres se lavan las manos en asuntos como éste, pero el amo Jeffrey no lo hará. Encontrará un sitio para que te instales donde nadie te conozca, se preocupará de que estés bien atendida y te dará dinero suficiente para ti y la criatura a fin de que...

-No debe saberlo -dije.

- Tiene que saberlo - protestó ella.

-Debe... debe de haber alguna otra forma. He oído que algunas mujeres... - Vacilé, tratando de encontrar las palabras justas-. Algunas mujeres se las arreglan para... van en carruaje por caminos accidentados y se dan baños de agua hirviendo y... mezclan ciertos polvos en la bebida. Tengo entendido que hay comadronas que... que no son en realidad comadronas y que saben cómo...

- Todo eso no tiene sentido, cariño - me dijo afablemente-. Estás angustiada, y con razón, pero no lo estás pensando bien. Las cosas de que estás hablando son peligrosas, muy peligrosas.

- Tiene que ayudarme, señora Rawson.

- Claro que te ayudaré. Claro que sí, cariño.

-No quiero que él lo sepa. No quiero preocuparle.

- Eso lo comprendo. Tú le quieres de verdad, me doy perfecta cuenta. Me doy cuenta de que le amas como se ama en los libros. Yo no amé nunca así, siempre me lo tomé un poco más a la ligera. Se sufre menos.

- ¿Conoce usted a alguna... de esas comadronas, señora Rawson?

- Está Granny Cookson. Vive en una casita al otro lado del pueblo. Dicen que es bruja... pero yo lo dudo. Siempre está poniendo hierbas a secar y cociendo brebajes, y tiene un gato. He oído que algunas muchachas fueron a verla para que las ayudara.

- ¿Puede hablar con ella respecto a lo mío? La señora Rawson frunció el ceño. Me miró con preocupación, apretando la boca mientras jugueteaba con el borde del delantal y pensando en silencio sobre lo que acababa de pedirle. Al cabo de un momento suspiró y se puso en pie sin dejar de cavilar. Me levanté yo también, sintiéndome más fuerte. Ya no me embargaba el pánico, pero tenía un horrible nudo en la garganta. La señora Rawson volvió a suspirar y me miró todavía con el ceño fruncido.

- ¿Estás bien ahora? - me preguntó.

-Creo que sí. Será mejor... que vuelva al lado de Douglas.

La rolliza ama de llaves me estudió con mirada preocupada y luego me dio unos golpecitos en la mano.

- Has recobrado un poco el color. Ahora estás más tranquila. Gracias al té. Vuelve al cuarto de juegos, cariño, y no te preocupes. Todo se va a arreglar.

-..... me ayudará?

Librodot

- Haré lo que pueda, cariño. Te lo prometo. Me dio un abrazo y me quedé estrechándola un momento, apretándola con fuerza y luchando por contener las lágrimas que volvían a pugnar por salir. La señora Rawson meneó la cabeza, chasqueó la lengua y deshizo lentamente el abrazo. Me sonrió y me llevó hasta la puerta, de modo que volví al cuarto de juegos todavía conmocionada pero mucho más tranquila que antes. No tenía idea de lo que iba a ocurrir, pero estaba segura de una cosa, y era que Jeffrey no iba a resultar perjudicado. Yo no iba a dejarle que destruyera su futuro. Le amaba demasiado para permitir que eso sucediera.

9

Las nubes se habían marchado, al menos temporalmente, y aquella tarde el cielo, de un puro azul, estaba bañado en luz de sol y se extendía sobre nuestras cabezas como un toldo translúcido. Había subido algo la temperatura, y no me hacia falta llevar capa sobre el vestido rosa de algodón, una sencilla prenda no demasiado ceñida en el pecho y la cintura. La amplia falda, cuidadosamente arreglada, se me levantaba sobre las enaguas mientras yo bajaba lentamente la estrecha y pedregosa senda que llevaba a la playa. El océano, inquieto, poderoso, implacable, levantaba abundantes olas de espuma contra las negras rocas. Había una bruma violeta sobre el horizonte y a la luz del sol, las aguas constantemente en movimiento lucían al menos doce tonalidades de azul, en perenne mezcla los unos con los otros. Las gaviotas hacían círculos en el aire, sin dejar de gritar mientras yo seguía mi camino por la accidentada pendiente.

Había empezado a dar largos paseos a diario durante la semana anterior, mientras Douglas dormía la siesta de todas las tardes, con la con-fianza de que las caminatas me ayudaran a combatir la horrible depresión que me embargaba de continuo desde que supe que esperaba un hijo. Había caminado hacia las afueras del pueblo, había explorado todo el campo circundante, y una vez incluso había cruzado los páramos y subido a la colina para vagabundear entre las ruinas romanas; allí me puse a recordar, con lágrimas en los ojos, y toqué las piedras grises donde Jeffrey y yo nos habíamos resguardado de la tormenta, lugar donde, con toda probabilidad, había sido concebido el niño que llevaba en mi seno. Había sido, era cierto, una tarde borrascosa, y sin embargo erraba por las ruinas reviviendo aquel primer esplendor, incapaz de lamentarme un solo momento de aquello aunque me hubiera conducido a mi desgracia presente. Los paseos me aliviaban, porque descubría que, al volver tan cansada, me era más fácil ocultar la depresión cuando me veía con Jeffrey en el ala este.

Nunca antes había descendido al acantilado, ni había caminado sobre la playa rocosa, y a mitad de la pendiente hice una pausa para contemplar las grandes rocas negras que surgían del agua entre torrentes de espuma como criaturas prehistóricas. La señora Rawson no había vuelto a mencionar lo concerniente a nuestra conversación en la salita, y con gran cuidado omitía el tema cada vez que me encontraba con ella. ¿Iría a ayudarme? ¿Me concertaría una cita con Granny Cookson? Esperé día tras día, y el ama de llaves se

mostraba alegre y confiada al asegurarme que todo irá bien, cariño, ahora no te preocupes. Yo sabía que ella no estaba de acuerdo con la idea de que visitase a la bruja, cosa que a mí también me desagradaba, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Mientras estaba a mitad de la pendiente, entre el fragor de las olas, y miraba los círculos que trazaban las gaviotas como trozos de papel blanco contra el cielo azul, mi depresión pareció llegar al punto máximo, y todo se volvió gris, gris y desierto, en cuestión de un segundo. La angustia mental se me hizo insoportable, y miré hacia abajo pensando cuán fácil sería acabar con todo. Un solo paso, un momento de dolor, y todo habría acabado; la angustia, la incertidumbre. Dirían que había sido un accidente, y

Jeffrey sin duda lo lamentaría, pero le ahorraría otra clase de aflicción. La idea se apoderó de mí con virulencia, urgiéndome, apremiándome, exigiéndome que diera aquel simple paso. Durante varios minutos me quedé en trance, deseando obedecer la diabólica llamada, y luego, de pronto, noté un pequeño movimiento dentro de mí, un nítido pinchazo en la matriz.

Caí hacia atrás contra la muralla de roca, con los ojos cerrados y jadeando. La criatura ya formaba parte de mí, tanto que parecía incluso poder leerme el pensamiento, pues protestaba con vehemencia, y supe que nunca, nunca podría dar ese paso, nunca podría destruir la vida que ya latía en mi interior. Me pasé la mano por la frente e intenté acompasar la respiración, y en ese momento me embargó una horrible repulsión ante esa mera idea. Abrí los ojos y miré hacia lo alto, y poco a poco la depresión desapareció para dejar paso a una fuerza y decisión nuevas.

Continué el descenso por la pendiente, con cuidado ahora, y sentí un gran alivio al llegar abajo. Anduve junto a las enormes rocas y pronto estuve sobre la suave arena de la playa. El bravo acantilado se elevaba a mi derecha, y a la izquierda el océano azul, azul. Las olas lamían la arena dejando abanicos de espuma al retirar-se. El sol parecía ahora más brillante y esmaltaba el agua de relucientes aureolas, y el aire yodado me vigorizó, expulsando los últimos vestigios de aquella terrible depresión.

Por primera vez podía pensar con claridad, y ahora sabía lo que tenía que hacer.

No podría tener a Jeffrey. Durante un breve tiempo continuaría encontrándome con él pasada la medianoche y le amaría en secreto, pero cuando resultase imposible ocultar mi estado tendría que abandonar la mansión Mowrey de manera ignominiosa. Jeffrey “haría lo correcto”, como había dicho la señora Rawson, se ocuparía de que me llegase dinero y de que tuviera los mejores cuidados, pero su futuro podía peligrar, por lo que no le vería más. Robert podía muy bien dejarle sin un penique- era capaz de cosas peores-, y Jeffrey recordaría nuestro amor con remordimiento; quizá lo considerara una locura estúpida, y a mí me vería como la causante de todas las calamidades que pudieran ocurrir.

Pero no iba a ser así.

No podría tener a Jeffrey, no, pero tendría a su hijo, un recuerdo vivo de la enorme felicidad que había vivido. Yo ya amaba a la criatura que llevaba en mi seno. Ya la amaba con todo mi corazón. Me iría lejos, ahora, inmediatamente, antes de que pudieran notar nada. El reverendo Williams me ayudaría. Se lo contaría todo, y aunque él se disgustara y lo desaprobara, no podría censurarme ni condenarme. Era verdaderamente un hombre de Dios lleno de misericordia, y sabía que los hijos de Dios son débiles. Él me ayudaría. Me iría a otra parte y asumiría una nueva identidad. Sería "una viuda”, tendría a mi hijo y me las arreglaría de algún modo. El reverendo Williams debía saber de algún lugar,

Librodot

conocería a alguien que me pudiera albergar. Durante un tiempo tendría que vivir de la caridad, pero al final encontraría algún trabajo. Estaba preparada para encararme a cualquier problema, porque por duro que fuera el porvenir, yo tendría a mi hijo, una parte de Jeffrey a quien amar durante el resto de mi vida.

Volví sobre mis pasos contemplando la espuma y escuchando los gritos de las gaviotas. La depresión había desaparecido, pero una gran tristeza me inundaba el alma mientras pasaba de nuevo sobre las grandes rocas y empezaba a subir lentamente la peligrosa pendiente. Ahora que iba a abandonarle, mi amor por Jeffrey

Mowrey se agrandaba, revestido de una nueva ternura y belleza que eran casi insoportables. Las lágrimas me caían por las mejillas al pensar que iba a dejarle, que nunca mas vería aquel rostro bien amado ni volvería a sentir el calor y la fuerza de su cuerpo. Me detuve, mirando hacia el agua, con el corazón doliéndome como si fuera a romperse.

Lloré durante largo rato, consumida por una tristeza que me desgarraba el alma, y luego me limpié las lágrimas y proseguí el ascenso, agotada, vacía por dentro, moviéndome como si fuera un autómata.

Llegué a la cima. Me cogió las manos. Me atrajo hacia sí y me abrazó tan fuerte que temí que se me rompieran las costillas. Me sostuvo durante mucho, mucho rato, estrechándome contra él, y yo sollozaba lastimeramente escondiendo mi cara en la curva de su hombro. Nos balanceamos allí el uno en los brazos del otro al borde del acantilado, y finalmente me levantó la barbilla con la mano para mirarme a los ojos; creí morir de aflicción y alegría. Me besó en los labios y besó las lágrimas que me corrían por las mejillas, me acarició el pelo y me atrajo de nuevo hacia sí como si yo fuera un objeto precioso que él tuviera que proteger.

- Lo sé - dijo con dulzura.

- Jeffrey…

- Lo sé. Tenias que habérmelo dicho en seguida.

-No podía.

Honora. Tontita mía, querida Honora. ¿Es que no sabes lo feliz que esto me hace?

-Tú… esto lo arruinará todo… No puedes..

-Calla-me ordenó-. Ya basta.

- Tu hermano…

- ¿Crees que me preocupa ~ que diga o lo que haga Robert? Nos vamos a casar, Honora.

-Es imposible. Tú…

- Nos vamos a casar esta tarde. Ya he ido a ver al reverendo Williams. Está todo en orden. Mi carruaje nos está esperando en el camino. La señora Rawson se reunirá con nosotros en la vicaría.

-Ella… te lo ha dicho.

- Me lo dijo esta mañana mientras tú estabas con Douglas en el cuarto de juegos. Inmediatamente fui a hablar con el reverendo. Está de acuerdo en casarnos esta tarde. Volví a casa y le dije a la señora Rawson que fuera a la vicaría para ayudar allí, y luego me puse a buscarte. No podía encontrarte por ningún sitio, y entonces una de las criadas me dijo que te había visto caminando al borde del acantilado. Honora, Honora Si supieras la locura que se apoderó de mí al pensar que estabas subiendo por la pendiente y que podías caerte… Estaba fuera de mí.

Me sujetaba los brazos con fuerza, mirándome a los ojos.

-Te quiero, Honora. ¿Es que no lo sabes? ¿No sabes que quiero pasar contigo el resto de mi vida?

-Yo... yo sabía que me querías, pero...

-Voy a casarme contigo. Esta misma tarde.

-La gente... tus amigos... dirán...

- No me importa nada en el mundo más que tú y Douglas. El te quiere casi tanto como yo. Tengo algo de dinero mío. Nos iremos los tres juntos y empezaremos una nueva vida, y pronto seremos cuatro.

Estaba temblando. Jeffrey me acarició la mejilla y sonrió con ternura, y al mirar aquellos dulces ojos azules sentí un gozo tan fuerte que temí desvanecerme. Toda la luz del sol que nos rodeaba parecía brotar de mí, inundando mi alma con su increíble hermosura. Jeffrey me besó otra vez y me llevó del brazo hasta el camino, donde el carruaje nos estaba esperando. Parecía estar nadando en luz de sol, mis pies casi no tocaban la tierra, y lo que estaba sucediendo me parecía imposible de creer. Sin duda estaba soñando. Aquello no podía ser real. No podía ser.

El carruaje era real de verdad, un vehículo abierto de brillante madera de teca con asientos de terciopelo color crema. En la parte frontal un lacayo sostenía las riendas mientras los dos relucientes caballos con arneses se impacientaban. Sacudí la cabeza para aclarármela. Jeffrey se rió y me apretó el brazo, y luego me ayudó a subir al carruaje. Todo estaba ocurriendo demasiado de prisa. Yo estaba en una nube, me sentía incapaz de relacionar lo que estaba ocurriendo con la realidad. Todavía flotaba en la luz del sol, ebria de excitación. Jeffrey tomó las riendas, despidió al criado y saltó junto a mí. Arreó a los caballos, chasqueó las riendas y nos pusimos en marcha.

Recuerdo muy poco de aquel viaje hasta el pueblo. Fui volviendo gradualmente en mí y poco a poco me di cuenta de que aquello estaba sucediendo realmente, pero seguía conmocionada. Pasamos bajo los árboles, dejamos atrás las casitas de tejado de paja y las hileras de casas de piedras antiguas; los aldeanos se detenían al vernos pasar, la mayoría de ellos inclinaban la cabeza con respeto ante el apuesto heredero de Mowrey. Pasamos la bella iglesia antigua de piedra oscura, los robles que sombreaban sus muros, y luego, escasos momentos después, nos detuvimos frente a la casa rectoral.

El joven Jack Jordon salió corriendo con una amplia sonrisa en su pícaro rostro. Iba vestido con el elegante traje de Londres e iba muy bien peinado. Jeffrey dejó las riendas, saltó del carruaje y se volvió para ayudarme a bajar. Algunos momentos permanecen claros y bien definidos en mi memoria, como si hubiesen sido captados por un pintor y grabados en mi mente. Aquél fue uno de esos momentos, y ahora lo veo como si realmente estuviera mirando un glorioso cuadro: la vicaría al fondo, tranquila y encantadora, el porche en sombras, el muchacho pelirrojo, sonriente, que con una mano sostenía las riendas y con la otra acariciaba la crin de uno de los caballos; y en primer término, muy cerca de mí, el joven dios vestido de azul con una corbata de encaje blanco cayéndole sobre el chaleco bordado. El cabello le brillaba. Tenía los ojos llenos de amor. Una gentil sonrisa amorosa le curvaba los sensuales labios, y su fuerte y bella mano se tendía hacia la mía. ¿Ha pintado algún artista una escena tan magnífica?

Le cogí la mano. Bajé del carruaje. Jeffrey me llevó hasta el porche en penumbra. Ahora estaba nerviosa, el corazón me latía con fuerza. Iba a despertar. La realidad iba a hacerse tangible, Aquellas terribles nubes grises de la depresión. iban a reclamarme. Nos detuvimos frente a la puerta y Jeffrey, al

notar mi estado de ánimo, se inclinó para darme un beso en la mejilla y las lágrimas me inundaron los ojos otra vez.

- Sin lágrimas - me reconvino con dulzura-. Se supone que es el día más feliz de tu vida.

-Es que... -murmuré-. No... no puedo hacerlo.

Y entonces la puerta se abrió de pronto y la señora Rawson me dio un abrazo y me llevó al salón, con sus oscuros ojos brillantes de excitación mientras sonreía triunfalmente.

-Sabía que esto iba a funcionar. ¡Lo sabía, cariño! Dios mío, no puedes casarte con ese horrible vestido rosa. Pero me temo que tendrá que ser así -gruñó-. Haremos que sea así. Usted, amo Jeffrey, no se quede ahí mirando con cara de bendito y haga el favor de ir a buscar al reverendo Williams. ¡Haga lo que le digo! Yo me ocuparé de esta muchacha. ¡Vamos, vaya! Necesitamos estar solas un momento.

Me empujó a través de un vestíbulo hasta una pequeña habitación de la parte de atrás de la casa. Las paredes lucían un horrible papel estampado con flores, y había un grupo de plantas enfermizas y una deprimente abundancia de tapetes de ganchillo y antimacasares. Supuse que era la habitación del ama de llaves y, efectivamente, la estirada señorita Moffat asomó la cabeza por la puerta y nos observó con cierta aprensión. La señora Rawson se enfadó visiblemente, echó a la pobre mujer y le cerró la puerta en las narices.

- Esa sólo me ha dado problemas, si quieres que te diga la verdad. Quiere ocuparse de todo y se cree que es la única que sabe hacer algo. Si no fuera por mí, aquí no habría flores ni vino, me he matado para conseguirlo todo. El amo Jeffrey viene y me dice que se casa contigo, y además esta misma tarde, y espera que yo me persone en la vicaría y que empiece a hacer milagros.

Cogió un trozo doblado de encaje, me situó frente al espejo y, poniéndose detrás mío, desplegó la pieza y procedió a sujetármela en el pelo. Era muy larga y fina, de un blanco pálido delicadamente bordado con pequeñas flores rosas y blancas.

-Es mío, cariño- me confesó-, lo he usado tres veces ya, espero que te dé buena suerte. Vuelve un poco la cabeza. Así. Dejémoslo caer un poco sobre los hombros. ¡Anda, mira! Las florecitas rosas son casi del mismo tono que el vestido; hacen que el vestido parezca más elegante. ¡Vas a ser la novia más guapa que se haya visto!

-Usted se lo dijo.

-Tuve que hacerlo cariño. Me preocupé muchísimo cuando empezaste a hablar de Granny Cookson. Yo... no podía dejarte hacer una cosa así. El amo Jeffrey vino esta mañana sobre las once y me encontré con él en el vestíbulo de atrás, y le conté todo desde el principio.

- Ya me lo ha dicho - dije serenamente.

La señora Rawson cogió un ramo de novia que yo no había visto todavía. Estaba hecho por ella, eso era obvio, pequeñas rosas blancas y margaritas rosas con unos delicados tallos de helecho, atadas por una cinta de raso blanco. Me examinó con orgullo antes de ponérmelo en las manos.

- He tenido que asaltar dos jardines diferentes - confesó -. Suerte que el trozo de cinta estaba a mano.

- Es precioso, señora Rawson. Ha hecho usted tanto...

-No disponía de mucho tiempo, cariño. No había movido estos viejos huesos tan de prisa desde que me casé con mi segundo marido... aquél que era un semental de aúpa. Yo no daba abasto -me dijo-. Me hacía correr como el viento

cuando le daba el capricho. Al pobre le falló el corazón un día que me estaba persiguiendo alrededor de una morera.

No puede evitar sonreír. La señora Rawson dio un paso atrás para verme mejor y también sonrió, con una genuina y afectuosa sonrisa que también le brillaba en los expresivos ojos oscuros.

- Estás preciosa, cariño - me dijo-, la novia más preciosa que he visto en mi vida.

-Estoy... estoy asustada.

- Pues claro, naturalmente. Todas las novias lo están. La última vez que me casé pensé que me moriría antes de que él me pusiera el anillo en el dedo. Hubiera dado igual... Gordie bebía, pobre hombre, generoso al máximo, pero un borrachín como él no se ha visto nunca.

Meneó la cabeza, suspiró y luego se adelantó para hacer otro pequeño ajuste en el velo.

-Así. Perfecto. Vas a tener un final feliz, cariño - me dijo-, como en los cuentos de hadas. Tú y el amo Jeffrey estáis hechos el uno para el otro, lo supe desde el principio. El te necesita, y el pequeño Douglas lo mismo, y tú tienes tanto amor en el corazón, tanta bondad en el alma, que los necesitas para que ellos los gasten. Y el bebé también.

-Voy a empezar a llorar otra vez.

- Pues adelante. Todas las novias lloran. Es lo tradicional.

La señorita Moffat abrió la puerta, nos miró de arriba abajo y nos informó, con voz agria, de que los demás habían salido ya para la iglesia, y que el reverendo era un hombre muy ocupado y tenía otras cosas que hacer que le estaban esperando. Ella iba a quedarse allí, en la casa rectoral, para preparar los pasteles y el vino, mientras otros iban a estar bien sentados en un confortable banco. La señora Rawson le dio una respuesta poco simpática y, tomándome de la mano, me sacó de la vicaría a través del vestíbulo.

-Sólo unos cuantos pasos, cariño. Andar te hará bien. He tenido poco tiempo para coger flores y arreglar el altar, pero espero que te guste lo que he hecho. Las velas ayudan, el joven Jack y yo hemos encontrado docenas por ahí. El se va a ocupar de la música, por cierto. Dice que es un organista excelso, vete a saber lo que querrá decir eso. Me temo que tendremos que sufrirlo.

Caminamos de prisa bajo los robles y sobre la tierra en que proyectaban sus danzantes sombras, y al acercarnos a la iglesia escuché la música del órgano. Era, sin duda, la más bella música que jamás hubiera escuchado, una extraña pieza que era a la vez triste, rítmica y encantadora, como si las más patéticas emociones humanas hubieran sido delicada y cuidadosamente transformadas en sonido. Más tarde me dijo el joven Jack que se trataba del Adagio en Sol Menor del veneciano Albinoni. Era la única pieza que conocía bien, según me contó, y en realidad tenía que llevar acompañamiento de violines, pero pensó que podía resultar apropiada aunque no se tratase de música eclesiástica.

La música sonaba llenando la iglesia en penumbra. Las velas brillaban suavemente bañando de un tono dorado el altar, y había grandes ramos de rosas blancas. El reverendo Williams estaba en pie frente al ara con el misal en la mano. Tenía una expresión grave en su hermoso y cansado rostro, pero los afables ojos oscuros estaban llenos de afecto mientras yo me acercaba lentamente por el pasillo central con la señora Rawson a mi lado. Jeffrey estaba esperando. Se dio la vuelta. Sonrió. La increíblemente bella música se hizo más serena, convirtiéndose en un dulce fondo para la escueta ceremonia que siguió.

Librodot

Parecía expresar en términos musicales lo que Jeffrey y yo sentíamos el uno por el otro, un amor muy tierno, una emoción mágica.

Recuerdo el pálido fulgor dorado de las velas y la fragancia de las rosas. Recuerdo aquella música sublime y la voz profunda y melódica del reverendo Williams, pero otros detalles se me han desdibujado en la mente. La señora Rawson empezó a sollozar. Jeffrey la besó también a ella, y el reverendo Williams me cogió las manos y dijo que sabía que yo iba a ser muy, muy feliz. El joven Jack se acercó corriendo desde la galería del órgano y empezó a hablarnos sobre la música que acababa de interpretar. Albinoni era su favorito, manifestó, mucho más agradable que Bach, y el reverendo Williams le dijo que se callara y fuera de prisa a la vicaría a decirle a la señorita Moffat que llegaríamos en seguida.

- Iré contigo - se prestó la señora Rawson -. Quiero asegurarme de que no ha envenenado los pasteles. Vamos Jack. ¿Albinoni, dices? Debe ser italiano.

-Jack es en verdad un joven sorprendente - dije mientras salíamos-. Nunca he oído música de órgano tan bien interpretada, y menos por una persona tan joven.

- Pues sí, es bastante sorprendente - reconoció el reverendo-. Me temo que este sobrino mío llegará lejos. Será su ruina.

El reverendo Williams, con mucho tacto, desapareció entonces, y Jeffrey y yo nos quedamos solos frente al altar. Nos miramos en silencio. Su rubio cabello brillaba a la luz de las velas. La penumbra le velaba levemente los rasgos, fuertes y atractivos. Cuando sus ojos se miraron en los míos, una sonrisa le curvó gentilmente los labios. Estábamos casados. Estábamos casados de verdad. Aquel ser maravilloso era mi esposo, y yo le pertenecía. Cuando me estrechó entre sus brazos y sus labios besaron los míos supe que había ocurrido un milagro, y a duras penas pude creer que una bendición tan grande fuera posible en este mundo.

10

Aquel clima tan encantador no prosperó. Al irnos de la casa rectoral la luz del sol era más pálida, y el cielo fue poniéndose cada vez más gris a medida que atravesábamos el pueblo. Le había devuelto el velo a la señora Rawson y le había dado el ramo a la sorprendida señorita Moffat; el joven Jack había recibido un afectuoso beso que le hizo ruborizarse hasta las pestañas. Me prometió hacer una copia de la partitura de Albinoni y enviármela para que pudiera aprenderla, y yo estaba deseando recibirla. Todos habíamos comido pasteles y bebido el vino que la señora Rawson había traído, y yo me estaba poniendo cada vez más inquieta, temiendo la vuelta a la mansión Mowrey.

- Se está enfriando el tiempo - observé mientras atravesábamos el parque del pueblo-. Me parece que va a llover.

- El tiempo es muy cambiante en Cornualles-dijo Jeffrey-. Puede que haya tormenta o puede que no.

-Seguramente la habrá. Esta tarde ha sido de lo más inusual para esta época del año.

Acabábamos de casarnos, sólo hacía unos momentos que el reverendo Williams nos había dado su última bendición, y aquí estábamos, en el carruaje, hablando del tiempo, y los dos tensos y preocupados. Jeffrey afectaba un comportamiento normal, chasqueando levemente las riendas y volviéndose con frecuencia para son-reírme, pero yo notaba que estaba tan inquieto como yo. No es que tuviera miedo de su hermano, eso no, pero sabía que iba a darse una situación muy violenta, y un hombre de la sosegada naturaleza de Jeffrey detestaba las discusiones. No era débil, ni cobarde. La fuerza de Jeffrey provenía de una bondad innata que no precisaba de posturas rígidas, palabras duras, fanfarronerías ni jactancias tan comunes en muchos hombres. Estaba preocupado, y yo sabía que lo que más le dolía era hacerle daño a Robert.

Al salir del pueblo, por el camino que llevaba a la mansión Mowrey el cielo estaba todavía más gris. A lo lejos, el mar se alborotaba y las olas se estrellaban violentamente contra las rocas. Las gaviotas revoloteaban graznando frenéticamente. Se había levantado un fuerte viento, y yo tenía frío con aquel ligero vestido de algodón. Jeffrey se dio cuenta y me ofreció las riendas para quitarse la chaqueta y ponérmela sobre los hombros. Volvió a coger las riendas, sonriendo otra vez. La recia prenda desprendía un ligero olor a humedad, el varonil olor de su cuerpo. Me envolví más en ella.

- Siento que no pudiéramos intercambiar anillos -me dijo-. Lo haremos después. Celebraremos una ceremonia privada. Te voy a comprar el anillo más bonito del mundo.

-Jeffrey, ¿estas... estás contento?

- Sabes que sí, Honora.

- Siento que haya ocurrido esto. Nunca creí...

- Estoy encantado. No debí retrasarlo tanto. Debí casarme contigo hace semanas, tan pronto como... tan pronto como supe que ya no podría vivir sin ti. He estado meditándolo, tratando de encontrar algún modo de hacerlo más llevadero para mi hermano, intentando trazarme algún plan.

-Se va a enfadar mucho.

-Tendré que capear el temporal.

-Jeffrey...

-Todo saldrá bien, Honora.

- Me pregunto si habrá llegado ya a casa.

Jeffrey meneó la cabeza.

- Hay problemas en la fábrica. Algunos de los hombres están descontentos y reducen deliberadamente la producción. Ya están hartos, sabes, y empiezan a rebelarse. Hace años que le dije a Robert que esto acabaría sucediendo si no hacíamos... - suspiró -. No hace falta volver a hablar del tema, ¿verdad? Robert les llama alborotadores desagradecidos, y está decidido a tratarlos con mano de hierro.

- ¿Los va a despedir?

- Me temo que sí.

-Pero eso... ¿no hará que la producción vaya más despacio aún?

-No. Hay docenas de hombres hábiles en el condado que no tienen trabajo y están deseando encontrar empleo sin importarles la paga ni las condiciones. Robert cree en las medidas duras. Los hombres que él despida lo van a pasar

Librodot

muy mal. Y sus mujeres e hijos también. Intenté razonar con él, pero... -Volvió a mover la cabeza.

Había tristeza en su voz, y noté que estaba pensando en el sueño del que me había hablado, aquellos planos y la lista de propuestas que le había dado a su hermano hacia varios años.

Jeffrey tenía un corazón compasivo, y no había sitio para eso en la época brutal que nos había tocado vivir, donde sólo importaba el beneficio y la vida humana tenía un valor casi nulo. Estuvimos en silencio durante un rato, y luego vi la mansión Mowrey en la distancia, inhóspita y lúgubre con sus grises piedras y las ventanas de cristales emplomados. Parecía alzarse allí como una presencia viva y amenazadora, dispuesta a devorarnos y a robarnos toda nuestra felicidad.

- Me gustaría que no tuviéramos que volver- dije nerviosamente.

- No te inquietes.

- Siento como si... fuera a pasar algo terrible...

-Tonterías -me dijo.

Dobló en la encrucijada que llevaba a la casa y contemplé la siniestra mansión rodeada de jardines salvajes y de árboles retorcidos. Se hacía cada vez más grande, y finalmente se alzó ante nosotros con toda su enorme masa; Jeffrey detuvo el carruaje frente a la escalinata. Un lacayo se acercó corriendo desde un extremo de la fachada para ocuparse de los caballos. Jeffrey me ayudó a bajar. Subimos de prisa las escaleras y tuve una horrible premonición, tan concisa y real como una cuchillada. Cuando llegamos al vestíbulo me puse a temblar.

- No, Honora.

- No puedo impedirlo...

Jeffrey me sujetó los brazos y me miró a los ojos. Tenía el rostro tenso, tirante la piel de las mejillas, y un rictus que nunca antes le había visto en la boca le estiraba el labio inferior. Yo sabía que él también sentía aquello. Lo veía en sus ojos.

-No va a pasar nada -me dijo.

Su voz sonó firme, parecía dueño de sí, pero me apretó los brazos con tanta fuerza que me estremecí. Pasó un momento. Jeffrey pareció calmarse. Me soltó los brazos. Suspiró y luego habló de nuevo controlando el tono.

- Hablaré con Robert esta noche, después de la cena. No hace falta que le veas. Le llevaré al estudio y se lo diré, y mañana temprano tú, Douglas y yo nos iremos de aquí. A Londres.

- ¿Londres?

- Te dije que estaba tratando de organizar algo, Honora. Le he escrito a un viejo amigo de Oxford. Está en los servicios diplomáticos y cree que puede encontrar algún empleo menor para mí en Italia. No quería decirte nada hasta no estar seguro. Wallace todavía no ha contestado a mi carta, pero creo que podrá conseguirme algo. Conocí a mucha gente influyente cuando estuve en Italia. Conozco bien el país.

- Italia - murmuré.

- Te gustará mucho - prometió-. El sol, 105 viñedos, las viejas mansiones... Tendremos nuestra propia villa, Honora. Tengo algo de dinero, ya te lo dije. Habrá que luchar un poco al principio, tendremos que vivir en algún pueblo pequeño cercano a Roma o Florencia, pero estoy seguro de que puedo hacer carrera en el servicio diplomático.

Italia. Una villa para nosotros. Ya la veía en mente, modesta y algo destartalada pero acogedora, con la luz del sol bañando las agrietadas losas del patio, dorando las jugosas y verdes hojas, el aire cálido, el cielo intensamente

azul. Habría vino fuerte, pan y queso deliciosos, y Jeffrey encantaría a los ruidosos y amables vecinos que llegarían a quererle como todos los que le conocían. Me aferré a esa visión, y esto me ayudó. Mi irrazonable temor empezó a remitir.

-Vamos a ser felices, Honora.

Asentí, observando su expresión, intentando creerle con todas mis fuerzas. Hacía frío en aquel gran vestíbulo, y el viento aullaba en el exterior. Lo oía golpear las paredes, silbar en las esquinas. Todavía llevaba la chaqueta de

Jeffrey sobre los hombros, pero el frío me penetraba de todas formas.

-Ve arriba con Douglas -me ordenó-. Una de las sirvientas ha estado haciéndole compañía esta tarde, pero debe estar muy preocupado por ti.

-¿Qué... qué debo decirle?

- Dile que mañana nos vamos los tres. Déjale que te ayude a hacer el equipaje. Haré que la señora Rawson haga el mío cuando vuelva. Me imagino que irá a hacerle una rápida visita a su amigo Jim Randall antes de volver a la mansión Mowrey.

-Tú...

- Hablaré con Robert después de la cena, y luego subiré a tu habitación.

-Oh, Jeffrey, estoy tan...

-Sube ya -me dijo con firmeza-. Tienes un montón de cosas que empaquetar.

Me beso y me dio un pequeño empujón hacia la escalera, bromeando; atravesé el resto del vestíbulo y empecé a subir aquellas anchas escaleras alfombradas, deslizando la mano sobre la barandilla de caoba. No era muy segura, varios de los balaustres estaban sueltos. A mitad de la escalinata me di la vuelta, y nunca podré olvidar la visión de Jeffrey solo en medio del gran vestíbulo con botas negras, pantalón azul y chaleco gris bordado. Descansaba las manos sobre las caderas, las anchas mangas de la camisa blanca de batista se le abolsaban a la altura de las muñecas y tenía una espesa onda rubia sobre la frente. Parecía indefenso, con los labios apretados, el ceño fruncido y aquellos dulces ojos azules llenos de preocupación.

Con el corazón en un puño, seguí subiendo las escaleras, diciéndome a mí misma que pronto acabaría todo. Al día siguiente por la mañana nos iríamos de la mansión Mowrey hacia Londres, y luego vendría Italia y la villa soleada bajo el cálido cielo azul. Al llegar a mi habitación me quité la chaqueta de Jeffrey y la dejé con cuidado sobre el respaldo de una silla. Luego fui hacia el espejo para arreglarme el pelo. La cara que vi allí reflejada estaba pálida, descompuesta. La roja boca temblaba levemente en las comisuras. Los párpados estaban sombreados de un matiz malva, y los ojos, grises como el mar, oscurecidos por la inquietud. Me aparté de las sienes los rojos mechones y me eché atrás las pesadas ondas, intentando desesperadamente convencerme de que no había nada de que preocuparse.

Yo ya no era la timorata institutriz. Ahora era la esposa de Jeffrey, y lord Robert nada podía contra eso. Iba a encolerizarse. El demacrado rostro se le pondría más lívido que de costumbre, y aquellos ojos negros iban a echar chispas, pero no podía hacer nada. Durante un momento casi me dio pena, porque lord Robert también quería a Jeffrey y le iba a perder. Su amor era extraño, retorcido, obsesivo, “antinatural”, como había dicho la señora Rawson, pero sin embargo era verdadero, y lord Robert iba a sufrir una gran angustia. Me echaría a mí las culpas, por supuesto, pero eso no importaba. Jeffrey no podía seguir viviendo su vida dándole siempre satisfacción a su hermano, no podía seguir dejándose avasallar por aquel extraño y posesivo amor.

Librodot

Me ajusté el corsé del descolorido vestido de algodón rosa “de novia”, alisé la falda y me alejé del espejo. Desde que yo llegara a la mansión Mowrey lord Robert y yo habíamos estado librando una lucha sutil, una lucha que yo no había llegado a comprender plenamente hasta ahora. Ahora que la había ganado sentía por él una piedad verdadera, y sentía de corazón verle sufrir. Era rígido, severo, frío, cruel incluso, pero quería a Jeffrey y le iba a perder. Casi llegué a perderle yo también, en mi corazón le había dado por perdido aquella tarde en el acantilado, y comprendía el terrible dolor que lord Robert iba a sufrir.

Intenté apartar estas ideas de la mente. Crucé el vestíbulo y entré en el cuarto de juegos, asumiendo una expresión que creí apropiada. La sirvienta, Mary, estaba sentada junto a la ventana, hojeando con aire aburrido un libro de dibujos. Douglas estaba sentado a la mesa de trabajo, y su preciosa carita parecía la viva imagen del desconsuelo. Tenía los ojos húmedos de lágrimas y había rastros de ellas por las mejillas. Sobre la mesa, frente a él, yacía el recorte que representaba a Miranda y que tanto se parecía a su institutriz. Me miró con aire desamparado, y una lágrima se le escapó de las pestañas y se le deslizó hasta la comisura de los labios.

- Puede irse, Mary - dije serenamente.

Sorprendida, la chica me miró. Se levantó rápidamente, dejó el libro, me hizo una breve inclinación y salió de prisa de la habitación, visiblemente aliviada. Douglas me miró fijamente. Se incorporó y se le escapó otra lágrima. Le sonreí con ternura y me acerqué a él para alisarle el cabello. Douglas respiró profundamente y se restregó los ojos.

- ¿Qué es esto? -le pregunté-. ¿Has llorado?

-Yo... sí. Creo que sí. Tenía... tenía miedo de que no volvieras más. Te fuiste hace mucho y no volvías, y... y nadie sabía dónde estabas.

- Lo siento, cielo.

-Nunca te vayas durante tanto rato, Honora.

- Hoy era... especial.

- No lo hagas más - me ordenó-. Me sentía triste.

-Veo que has estado jugando con Miranda.

- Por hacer algo - dijo afectando un tono despreocupado-. Esa Mary es un aburrimiento. No sabia ningún juego, ni cuentos ni nada. Es simpática, me imagino, pero contigo me lo paso mejor.

- ¿De verdad?

-Haré... incluso estudiaré geografía si me prometes que no te irás más.

- ¿Y las matemáticas?

Vaciló, frunciendo el ceño, como sopesando con cuidado la cuestión.

-También las estudiaré -me dijo de mala gana-, pero tendrás que ayudarme.

Sonreí de nuevo, le alboroté el pelo y lo levan-té. Douglas me abrazó las piernas fuertemente. Sentí un inmenso amor hacia aquel chiquillo tan encantador y cariñoso. Ahora era mi hijo, y yo iba a cuidarle y amarle tanto como al que llevaba en el vientre. Douglas se secó los ojos en mi falda, respiró hondo y dio un paso atrás, afectando una actitud despreocupada que no me engañó ni un segundo.

-Ahora vamos a ocuparnos de tu cena -dije-. Después tengo una sorpresa para ti. La mirada se le avivó.

- ¡Una sorpresa! ¿Qué es? -me preguntó excitado.

-Si te lo digo no será una sorpresa. Será mejor que vayamos a lavarte primero la cara y las manos.

Librodot

- Dame por lo menos una pista - dijo quejoso mientras salíamos del cuarto de juegos.

Se tragó la cena a toda velocidad, deseoso de escuchar la sorpresa, y tuve que reconvenirle con firmeza y obligarle a masticar la carne como es debido. Devoró el filete y la verdura y rechazó un segundo plato del cremoso pudding de chocolate que tanto le gustaba. Le pedí a un lacayo que bajara los baúles del desván y al llegar de nuevo al cuarto de juegos le dije a Douglas que íbamos a hacer un viaje juntos, y que su padre también iba a venir con nosotros.

- ¿Un viaje de verdad? - me preguntó.

- De verdad - contesté.

- ¿No solamente hasta el pueblo? ¿No sólo a la feria del condado?

-Vamos a ir a Londres -le dije-. Y luego probablemente a Italia. Italia es el país que tiene forma de bota, ¿te acuerdas?

- ¿Y papá va a venir con nosotros? Asentí, sonriente, y Douglas se puso tan excitado que no pude impedir que empezara a dar saltos por toda la habitación. Me hizo docenas de preguntas una tras otra, sin darme casi tiempo a contestar, y pensé que seria mejor que su padre le dijera que nos habíamos casado, que yo era ahora su madrastra. Finalmente conseguí calmarle un poco, y fuimos a su habitación a meter su ropa en los baúles, dejando fuera sólo el pijama y lo necesario para el viaje. Le permití elegir unos cuantos juguetes y libros y los pusimos también con el equipaje. Para entonces estaba tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos. Se quejó un poco mientras le ponía el pijama, asegurándome que no iba a poder dormir ni pizca, pero tan pronto como su cabeza tocó la almohada se quedó dormido.

Coloqué bien las mantas y le acaricié la cálida frente durante un momento; luego me dirigí a mi habitación. El viento soplaba ahora con más fuerza. Se oyó un amenazador trueno en la distancia. Iba a ser una mala noche. Eché una mirada al reloj. Eran poco más de las ocho. Jeffrey y lord Robert debían de estar cenando, su última cena juntos. Douglas había conseguido distraerme fugazmente manteniéndome ocupada, pero ahora que estaba sola la inquietud volvía a dominarme.

El lacayo había dejado el baúl junto a mi cama. Lo abrí y empecé a sacar los vestidos doblándolos con cuidado y colocándolos en el baúl; el tiempo transcurrió en lentos minutos de agonía. Las ocho y media. Ya debían de haber acabado de cenar. Jeffrey le pediría a su hermano que pasasen al estudio. Retumbó un trueno, luego otro. Centellearon los relámpagos. Empezó a caer la lluvia, golpeando y azotando la casa en violentas cortinas. Cogí otro vestido. Me temblaban las manos. Algo iba a ocurrir. Algo iba a ocurrir. Lo sentía en la sangre.

“Tonterías -me dije-. Tonterías. Este ha sido el día más desconcertante, más extraordinario de tu vida. Tus emociones han ido de un extremo a otro de una forma alucinante, y es natural que estés al límite de tus fuerzas, de tu capacidad de resistencia nerviosa. Jeffrey va a hablar con su hermano, luego subirá y todo habrá terminado. Acaba de hacer el equipaje. Ahora la ropa interior. Los zapatos. Ponlos en el baúl. No pienses. Mantente ocupada.”

Elegí la ropa que llevaría en el viaje y, dejándola a un lado, terminé de hacer el equipaje. De rodillas, junto al baúl, ordené bien las prendas, matando el tiempo deliberadamente, y luego dejé caer la tapa y me levanté. El viento seguía silbando. La lluvia continuaba golpeando los muros y las ventanas tan violentamente que retumbaba en los marcos con gran estrépito. Esto me ponía aún más tensa, sin yo quererlo. Mi inquietud creció y el suspense se hizo casi

Librodot

insoportable. Emociones encontradas luchaban en mi interior pugnando por estallar, y me sentía como si fuera a perder el control. Permanecí inmóvil, obligándome a resistir.

Ya eran las nueve. Aguanta un poco más. Sólo un poco más. Mi cara, que se reflejaba en el espejo del fondo, estaba lívida. Los ojos grises parecían enormes y me devolvían mi mirada como enloquecidos. Aquello era absurdo, absurdo. Tenía que conseguir controlarme. Fui hacia la silla y cogí la chaqueta de Jeffrey, que estreché frotando la mejilla contra ella como haría un niño con un manta cálida y familiar. Pasaron unos minutos. Conseguí calmar mis tumultuosas emociones, al menos temporalmente, pero sabía que no podría permanecer en aquella habitación durante mucho más tiempo.

La señora Rawson iba a hacer el equipaje de Jeffrey. Le llevaría la chaqueta. Ella hablaría conmigo y me daría algo de beber, algo fuerte, un poco del oporto que tanto le gustaba, y eso me ayudaría a calmarme. Salí de la habitación y atravesé resueltamente el vestíbulo sosteniendo la chaqueta junto a mí. El fragor de la tormenta era aún más fuerte en aquella parte de la casa. Parecía resonar por el vestíbulo, persiguiéndome sin descanso. De pronto, se oyó un gran estallido, como de algo que se quebraba estrepitosamente, un fragor sordo. Uno de los árboles debía de haber sido alcanzado por el rayo, pensé mientras me dirigía a toda prisa hacia las habitaciones de la señora Rawson.

Las velas ardían en su salita de estar. Crepitaba un pequeño fuego en la chimenea. Sobre el sofá había montones de ropa. Encima de una silla, dobladas, vi unas enaguas rojas. En la mesa había un desordenado ramo de flores salvajes, y junto a él una tacita de té azul desportillada con un plato. La llamé. No hubo respuesta. Naturalmente, debía estar en el cuarto de Jeffrey haciendo el equipaje. Me dirigí de prisa hacia allí. Nunca antes había estado en su habitación, pero sabía dónde se encontraba. Parecía que la casa estuviese sufriendo un asalto, con el viento aullando como una horda de brujas y la lluvia martilleando el techo y aporreando las paredes. Abrí de golpe la puerta de la habitación de Jeffrey. La señora Rawson dio un grito, dejó caer un montón de camisas que llevaba en las manos y se llevó una palma al corazón.

- ¡Dios mío! ¡Menudo susto me has dado, cariño!

- Lo siento. Aquí está la chaqueta de Jeffrey. Sabía que estaba haciendo el equipaje, y…

- ¡Por Dios! Todavía me va el corazón como una caldera! Es esta tormenta. Siempre me pongo nerviosa cuando el tiempo está así, y esta noche…

La señora Rawson se cortó en seco y me miró con preocupación.

- Santo cielo, cariño, estás pálida como un fantasma. Te tiemblan las manos.

-No puedo evitarlo. Estoy tan… creí que podríamos hablar. Yo… no podía seguir sola en mi cuarto.

- Claro. Claro. Pobre niña. Te preocupa cómo vaya a tomarse lord Bobbie las noticias. Yo también he estado algo preocupada, cariño, he de reconocerlo, pero… anda, dame la chaqueta. Siéntate aquí en este sillón mientras recojo las camisas.

Me senté en un hondo sillón de cuero y me puse a contemplar las paredes color crema y los cuadros de cacerías, y luego las alfombras de color tostado y verde que tapizaban el bien barnizado suelo de madera. El gran armario estaba abierto de par en par, lleno de ropa, y las botas estaban esparcidas por el suelo. Sobre la cama había extendido un magnífico traje gris de tweed. La señora Rawson dobló las camisas y las puso en uno de los dos baúles que estaban abiertos a los pies de la cama; luego se incorporó y arqueó la espalda. Se había

Librodot

vuelto a poner su acostumbrado vestido de tafetán granate y llevaba un delantal de organdí blanco alrededor de la cintura. Los frívolos y alegres tirabuzones grises estaban bastante despeinados.

- Acabaré esto más tarde, no me llevará más que unos minutos. Ahora necesito algo que me reconforte un poco... He vuelto tarde a casa, cariño, pasé a visitar a Jim Randall y estaba lleno de energía. Randy es un toro, y ahora me está hablando de boda. Le conté que acababa de estar en una ceremonia encantadora, y dijo que lo que teníamos que hacer nosotros era...

Dios mío, yo aquí sin parar de hablar y tú medio desmayada. Perdóname, cariño.

-Estoy bien. Sólo...

- Lo sé. Te vas a tomar tú también un vaso de oporto, te va a venir de perillas. No tengo en esta habitación, pero sé que Beresford guarda una botella de brandy en la despensa. También le gusta echarse algún trago de cuando en cuando, aunque subiría al cadalso antes de reconocerlo. Voy a por la botella y luego iremos a mi habitación.

Me levanté, asustada ante la idea de quedarme sola aunque únicamente fuera durante unos minutos. La señora Rawson me lo notó en los ojos. Me cogió la mano y le dio un fuerte apretón. Me parecía verla a través de la bruma.

- Estás mal, cariño.

- Es una tontería, ya lo sé, pero toda la noche he estado sintiendo que algo terrible iba a suceder.

-Será mejor que vengas conmigo -me dijo. Llevándome de la mano, me sacó de la habitación por el estrecho vestíbulo hacia la escalinata trasera. Estaba oscuro, y la señora Rawson se puso a despotricar contra el "inútil" lacayo que había olvidado encender las velas. Teníamos que movernos con cuidado en la oscuridad y andábamos despacio.

-Y ésta es tu noche de bodas, también. La vida es estúpida a veces, cariño, verdaderamente estúpida. Tú y el amo Jeffrey deberíais estar juntos ahora, a gusto y en santa paz, diciéndoos palabras de amor; y en vez de eso aquí estás merodeando en la oscuridad con una vieja como yo. ¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

La tormenta cesó abruptamente, tan abruptamente que el súbito silencio resultó mucho más alarmante que el estruendo ensordecedor. Todo quedó en calma, y daba miedo. La señora Rawson y yo nos quedamos en silencio un momento, ambas enervadas por aquel extraño silencio, y luego terminamos de bajar los pocos peldaños que quedaban y llegamos al amplio vestíbulo trasero. Unas cuantas velas, colocadas a intervalos, brillaban en la penumbra, proyectando sombras en las paredes que acentuaban aquellas tinieblas. Ninguna de las dos habló. Los ojos de la señora Rawson estaban llenos de alarma.

- Va empezar otra vez en unos minutos - susurró finalmente, inquieta-. Va a ser peor que nunca... ya lo he visto en otras ocasiones. La última vez que ocurrió así naufragó un barco en las rocas de ahí abajo, desgarrado en dos; toda la tripulación desapareció, y cientos de cajas de buen brandy francés fueron a la deriva y se encontraron sobre la playa a la mañana siguiente.

Las velas parpadearon. Las sombras bailaban en las paredes como demonios frenéticos. El vestíbulo estaba extremadamente frío, y el suelo de piedra parecía helado bajo la cubierta de juncos. La señora Rawson se estremeció dramáticamente, pero no a causa del frío.

Despacio, con los nervios de punta, atravesamos el vestíbulo, abrimos una pequeña puerta y entramos por el estrecho pasillo que llevaba al vestíbulo principal. Las velas ardían allí en primorosos candelabros, reflejándose, doradas

Librodot

y cálidas, sobre la rica caoba, y una gruesa alfombra persa mitigaba el ruido de nuestros pasos. Cruzamos frente a la escalinata y entramos en el vestíbulo principal. Se abrió una puerta, y la señora Rawson se agarró a mi brazo, asustada.

Jeffrey y lord Robert salieron del estudio y se quedaron de pie frente a la puerta. Ninguno de los dos nos vio. Jeffrey no se había molestado en cambiarse de ropa para la cena. Todavía llevaba las botas negras, el pantalón azul, el chaleco gris bordado y la delgada camisa de batista blanca cuyas mangas abombadas le caían sobre las muñecas. Llevaba el pelo desordenado. Estaba pálido, y miraba a su hermano con ojos preocupados.

-Ya está hecho, Robert. Es mi esposa.

Le temblaba levemente la voz, pero el tono era firme. Lord Robert se quedó impávido, tan alto y delgado con su acostumbrado traje negro. El rostro, pálido y picado de viruelas, parecía el de un muerto, totalmente inmóvil, pero los oscuros ojos le brillaban intensamente a causa de la emoción, la ira y la angustia a partes iguales. Se notaba que estaba luchando para controlar los sentimientos que le dominaban.

- Te ha liado - dijo-. ¿No te das cuenta? Se puede arreglar, Jeffrey. Ese matrimonio puede anularse.

-No quiero anularlo. La amo. La he amado desde el principio. ¿Es que no te lo he dicho bien claro?

Lord Robert retrocedió como si hubiera recibido un rudo golpe. La cara se le puso roja, y cuando habló su voz era un áspero susurro, apenas audible.

- Ya sabia yo que traería problemas. Lo supe en cuanto la vi. Te ha embrujado. Jeffrey... Jeffrey, debes atender a razones. Ella te destruirá. Todo lo que hemos planeado, todo lo que hemos trabajado para...

-Todo lo que tú has planeado -protestó Jeffrey-. Nunca quise nada de eso. Lo único que quería era... libertad Te estoy agradecido, Robert. Te estoy agradecido pero... tengo que vivir mi vida.

Jeffrey tragó saliva. Tenía los ojos húmedos. Una profunda arruga le surcaba la frente. Quise correr hacia él. La señora Rawson todavía me sujetaba. Estaba pálida. Movió la cabeza, implorándome que no hiciera el menor gesto.

- Eres lo único que tengo - dijo lord Robert.

-Lo siento, Robert.

-Si te vas... No puedes irte, Jeffrey. Nunca un padre ha querido a su hijo más que yo a ti. Toda mi vida... he... ha sido para ti, Jeffrey. Si te vas, no me quedará nada.

- Robert...

-Te lo pido por favor, Jeffrey. Nunca he suplicado en toda mi vida. No me hagas esto. No lo hagas. Yo... yo no soy un hombre que demuestre mis sentimientos. Sé que soy frío y severo, pero tengo sentimientos. Te quiero.

Las dos últimas palabras fueron casi inaudibles, apenas un susurro. La ira se le había marchado de la mirada, y sólo la angustia permanecía. Nunca vi tanta ansiedad en los ojos de un hombre. Jeffrey miró a su hermano y vio aquella emoción al desnudo. Se mordió el labio inferior, vacilante, y luego movió la cabeza.

-Lo siento, Robert -dijo con dulzura-. Honora y yo nos vamos mañana. Nos llevamos a Douglas con nosotros. Espero que nos desees felicidad.

Se dio la vuelta y caminó lentamente hacia la escalera. Estaba sufriendo terriblemente, pero se mantuvo erguido. Pasó a no más de tres metros de donde nosotras estábamos, pero no nos vio. Empezó a subir las escaleras muy despacio,

como si cada paso le costara un gran esfuerzo. Su hermano le miraba, desesperado, y movía la cabeza de un lado a otro.

-¡No! -gritó.

Jeffrey estaba a mitad de la escalera. No se dio la vuelta. Continuó subiendo los peldaños. Lord Robert volvió a gritar y corrió hacia la escalinata, subiendo los escalones de dos en dos, como un loco, y yo lo sabía, lo sabía. Me solté del brazo de la señora Rawson. Lord Robert llegó hasta Jeffrey y le agarró del hombro para obligarle a volverse. Estaban casi arriba del todo.

- ¡No voy a dejar que hagas esto! -gritó lord Robert.

Le dio la vuelta violentamente para encararse con él y Jeffrey tropezó y perdió el equilibrio. Cayó contra la balaustrada, que cedió bajo su peso con terrible estrépito. Lord Robert intentó agarrar el brazo de su hermano, pero era demasiado tarde. Vi con agónico estupor cómo mi esposo se inclinaba en el aire en una fracción de segundo y caía al suelo con un golpe seco. Grité. Corrí hacia él, tirándome a su lado de rodillas. Me miró con ojos aturdidos e intentó moverse. No podía.

-Honora...

-No te muevas. No... no intentes hablar, amor mío.

-Mi... mi espalda...

-Todo se va a arreglar, corazón. Todo se va a arreglar.

- No siento... no siento nada...

-Calla. Por favor. Quédate quieto.

-Es...

-Ahora vendrá el médico. Te vas a poner bien.

-Yo...

- Calla.

-Yo... te quiero... te quiero.

-Y yo a ti, vida mía. Te quiero con toda el alma y el corazón.

Me miró, y yo le acaricié la mejilla. Le aparté la hermosa onda de la frente. Intentó decir algo

más, pero no pudo. Tuvo un violento estertor. Aquellos gentiles ojos azules parecieron apagarse. Yo le sostenía la mano firmemente, firmemente, y mis lágrimas le cayeron sobre la mejilla. Murmuró algo débilmente y me apretó la mano con la suya; luego dio un suspiro y su cuerpo se aflojó; supe que se había ido.

-Jeffrey -murmuré-. Ay, vida mía...

No sé cuánto tiempo pasó antes de que la señora Rawson me levantara de allí. Las lágrimas le anegaban también las mejillas, y la boca le temblaba incontrolablemente. Me estrechó fuertemente entre sus brazos. El dolor que yo sentía era tan horrible, tan demoledor, que mi mente se negaba a aceptarlo. Estaba totalmente aturdida, incapaz de darme cuenta de lo que pasaba.

Lord Robert bajó despacio las escaleras. Dio la vuelta al pie de la escalinata y se dirigió hacia donde estábamos. Se detuvo y miró el cuerpo deshecho de su hermano; luego me miro a mí. Me solté del abrazo de la señora Rawson. Ella se echó a un lado. Lord Robert Mowrey y yo estábamos cara a cara. Me miró con un odio tan virulento, tan intenso, que era como una agresión física, pero ya no importaba. Nada de lo que pudiera hacerme podía significar nada, porque Jeffrey había muerto y yo no deseaba vivir más.

Librodot

11

Abandoné la mansión Mowrey a la mañana siguiente. Lord Robert Mowrey me llamó a su estudio y me tendió un billete de banco, y me dijo que no debía hacer nunca la menor reclamación a la familia Mowrey o lo iba a lamentar. El reverendo Williams me albergó, dándome una habitación libre de la casa rectoral, y fue él quien me ayudó en los horribles días que siguieron, junto con el joven Jack y la señorita Moffat. Jack se comportó de manera afable y atenta, haciendo todo lo posible para aliviar mi dolor, invitándome a pasear, tocando el piano dulcemente, trayéndome ramos de flores salvajes, y la severa y estirada señorita Moffat demostró ser maravillosamente amable y compasiva.

El reverendo Williams me habló durante horas, citando las Escrituras y dándome consuelo espiritual mientras por todos los medios a su alcance trataba de organizar mi futuro. Celebró los funerales de mi esposo. Me quedé en pie frente a su tumba en el viejo cementerio, inmóvil, sin darme apenas cuenta de lo que sucedía. La señorita Moffat había teñido de negro uno de mis trajes y me había dejado un espeso velo. Estaba a mi lado, y Jack al otro; los dos me sostenían mientras el féretro era depositado en la tumba y el sepulturero empezaba a echar tierra sobre él.

Lord Robert Mowrey estaba al otro lado. No me miró ni una sola vez. El pequeño Douglas estaba junto a él, aturdido, de la mano de la señora Rawson y mirando al frente. No se derrumbó hasta el final de la ceremonia. Estalló en sollozos y empezó a llamarme, e intentó correr hacia mí. Su tío le tiró brutalmente del brazo, lo sacó del cementerio y lo metió en el carruaje que les esperaba, y ésa fue la última vez que vi al precioso niño. La señora Rawson me visitó varias veces después de terminar su jornada. Me dijo que el niño estaba inconsolable. Sabía que su padre había ido al cielo, pero no podía entender por qué me había ido yo también. Me llamaba llorando por la noche, y se quedaba sentado todo el día presa de una enorme tristeza. Si no fuera por él, ella se iría de la mansión Mowrey también, pero la pobre criatura la necesitaba, y la señora Rawson sentía que era su deber quedarse y ayudar a aquel pobre ángel en lo que pudiera.

Tres semanas después del funeral les dije adiós a mis amigos de Cornualles y me dirigí a Lichfield, aquel soleado y encantador pueblecito donde había pasado los primeros años de mi vida. Margaret Hibbert era una viuda de sesenta y dos años, sin hijos. Tenía una casita en Market Square y había estado buscando durante mucho tiempo una mujer joven que le hiciera compañía y la ayudara en su trabajo de costurera. El reverendo Williams se había puesto en contacto con ella por medio de uno de sus antiguos feligreses, y le había escrito contándole mis circunstancias. Maggie contestó que estaba dispuesta a probarme, pero que la incomodaba lo tocante a mi “delicada situación”.

Había un gran bullicio en Lichfield la mañana en que llegué, porque era día de mercado. La plaza estaba llena de colorido y confusión, los granjeros vendían productos que sacaban de los carros, los vendedores ambulantes pregonaban las

mercancías y las amas de casa regateaban vociferando sobre los cestos, las cintas y las cazuelas. Las gallinas cacareaban. Los niños corrían alegremente entre la multitud. También había muchos clérigos vestidos de negro con sombreros de fieltro, porque Lichfield era una gran sede catedralicia. La majestuosa iglesia, con sus torres de aguja, se elevaba por encima de las verdes copas de los árboles del claustro y parecía cobijar al pueblo entero.

Maggie Hibbert era muy alta, delgada, con rasgos fuertes y huesudos y grandes ojos azules un poco saltones bajo pesados y caídos párpados. Llevaba el cabello, gris como el metal, en un apretado moño, y vestía las muselinas más finas, estampadas a flores delicadas, en toda la gama de los colores pastel. Sagaz, inteligente, irritable y franca, Maggie era toda una figura en Lichfield, el terror de los niños maleducados, el azote de las ahorrativas matronas que intentaban discutir el precio de la ropa.

Flanqueada por una taberna y una tienda de verduras, y con la fachada a Market Square, la casa de Maggie era encantadora, alta y estrecha, con dos pisos y un desván que había convertido en un agradable apartamento para mí y "el bebé que va a venir". Me lo enseñó todo de una manera rápida pero eficaz; manifestó que esperaba que me encontrara a gusto y que, en los próximos días, ella haría todo lo posible para que así fuera. No tardé mucho en descubrir que su estirado comportamiento era sólo una fachada, y que Maggie era la persona más cariñosa del mundo y se sentía muy, muy sola. Pronto nos hicimos grandes amigas, y me trataba como si fuera su hija. Se preocupaba por mí constantemente, me preguntaba sobre mi estado, protestando cuando creía que me esforzaba demasiado, y hacía cuanto podía para alegrarme cuando me veía deprimida.

Aquellos primeros meses fueron realmente difíciles, a pesar de los esfuerzos de Maggie y del bullicio y la belleza de aquel pueblo encantador. Las ventanas de la habitación de mi buhardilla daban sobre la plaza, y justamente enfrente se veía la imponente casa de cuatro pisos de Michael Johnson, el librero, cuya tienda estaba en la planta baja. Durante horas y horas yo me sentaba ante la ventana observando la actividad de la plaza, recordando tristemente el pasado. Muchos días, cuando las grises nubes oscurecían el cielo y la vida no parecía valer la pena, no sentía el menor deseo de continuar. Le ayudaba a Maggie a coser, aprendiendo los secretos del arte de la costura, y pretendí interesarme por las telas, el corte y las puntadas invisibles, pero un pesado letargo iba llenándome día tras día. No tenía verdadero interés en nada.

Lambert, el sobrino de Maggie, llegó para hacernos una corta visita en noviembre, después de hacer todo el viaje desde Londres en calesa. Con poco más de treinta años, Lambert tenía el pelo prematuramente canoso y lo llevaba cortado de forma muy elegante. Tenía una mirada extremadamente sincera, y sus educadas maneras debían de resultar muy tranquilizadoras para la gente cuyo dinero manejaba. Lambert tenía vista de lince en lo tocante al dinero, me confió Maggie. Había invertido los ahorros de ella con gran habilidad y casi los había doblado, y estaba deseoso de hacer lo mismo con las mil libras que me había dado lord Robert aquella mañana en el estudio. Mil libras eran una apreciable suma, me dijo Lambert. Bien invertidas, me proporcionarían una renta pequeña pero firme de la que podríamos disponer mi hijo y yo indefinidamente. Cuando Lambert volvió a Londres, ya era mi banquero oficial. Me alivió poder disponer de alguien tan capacitado para que se ocupara de mis asuntos.

Diciembre resultó frío pero revigorizante, y una pesada capa de nieve vistió todo el paisaje de blanco. Los niños que con tanta algarabía jugaban en la plaza

Librodot

iban cubiertos con gruesos gorros y abrigos, y con la cara enrojecida se tiraban bolas de nieve y gritaban en un alegre alboroto. Minister Pool se heló, y cada tarde había patinaje sobre hielo. Maggie insistió en que diera paseos, diciendo que el ejercicio me fortalecería para cuando llegara el momento del parto, y yo la obedecía a desgana, envuelta en una capa de lana y dos grandes chales que disimulaban mi estado.

Maggie solía acompañarme, mostrándome el Guildhall, la escuela de Dame Oliver y la posada llamada "Three Crowns Inn"; me explicaba los detalles de cada lugar. Cruzábamos frente a Minister Pool y bajábamos hacia la catedral. Con la nieve, la catedral estaba aún más encantadora, y vista de cerca resultaba majestuosa. Los árboles que bordeaban el paseo del Deán estaban incrustados en hielo, y sus ramas brillaban a la luz del sol. Vi el palacio y el deanato, la casa y el recinto del vicario, y mientras bajábamos por la calle Beacon Maggie me mostró la casa del excéntrico doctor Erasmo Darwin y la cercana plaza Garrick. El joven Davy Garrick era el muchacho más alegre de Lichfield, me dijo, y también el más encantador. Todas las muchachas iban tras él, pero Davy estaba más interesado en los libros y en meterse en jaleos con su amigo Sam Johnson.

Llegó el año nuevo, y mi Miranda estaba impaciente, pateando y estirando, deseosa de ver el mundo. Llegó en febrero, lozana y fuerte, y entonces todo cambió. En medio de la tristeza, de la melancolía, llegó esta encantadora y vivaz criatura que ya era fascinante desde la cuna. Maggie se encariñó con ella enormemente y pronto empezó a mimaría. Miranda la miraba con aquellos ojos tan azules mientras la anciana señora le acariciaba el fino cabello rojizo. Maravillosamente sana, Miranda creció muy bien, y cuando le retiré el pecho empezó a comer con igual avidez. ¿Hubo alguna vez un bebé tan encantador, tan simpático, y que diera menos problemas? ¿Ha traído alguna vez una criatura tanta felicidad?

Empezó a andar a los nueve meses, y saltaba alegremente al cumplir un año. Unos pocos meses después empezó a hablar, y a los dos años ya charlaba sin parar, haciendo preguntas constantemente, llena de curiosidad. El rojizo cabe-lío adquirió un brillante tono cobrizo. Los azules ojos le brillaban como zafiros. Era activa, pícara, cautivadora, consciente de sus encantos que utilizaba para conseguir lo que quería. Estaba lamentablemente mimada, sí. ¿Cómo podía ser de otro modo con una madre agradecida y encandilada y una tía Maggie más encandilada todavía? La gente totalmente extraña se paraba por la calle para decirme que era la niña más hermosa que habían visto nunca.

Tenía una imaginación maravillosamente viva, me pedía constantemente que le contara cuentos, y ella misma los inventaba cuando yo no sabía más. A los cuatro años se paseaba por Lichfield como un rayo de luz, retozando con otros niños, incitándolos. Era, me temo, frecuentemente traviesa. A los niños de Lichfield les encantaba ir detrás de Sam Johnson, el torpe, serio y poco atractivo maestro de escuela, bromeando sobre su pesado modo de andar y su pálida y rechoncha cara. Miranda era la que guiaba a la pequeña multitud. La regañé mucho cuando me enteré, y luego la hice cruzar la plaza para que se disculpara con el pobre Sam. Ausente, aturdido, perdido en un mundo de libros e ideas, el hijo del librero parpadeó sorprendido; al parecer no se había dado ni cuenta de que los niños habían estado burlándose de él.

Su amigo David Garrick era muy distinto. Era realmente tan apuesto como un joven dios e increíblemente atractivo. Davy parecía atraer toda la luz del sol sobre él, y dondequiera que estuviese, hiciera lo que hiciese, era imposible fijarse en nadie más. Alegre, comunicativo, estaba lleno de vitalidad, y sin embargo se

Librodot

notaba una insatisfacción latente bajo aquella superficie, una impaciencia por explorar horizontes más anchos y descubrir nuevos mundos. Davy estaba lleno de encanto, y tenía una mano especial con los niños. Cuando contaba cuatro años, Miranda declaró con voz segura que cuando fuera mayor se iba a casar con él. Davy le dijo que era la mujer más hermosa que había visto en su vida y le prometió que la esperarla.

A Miranda siempre le gustaron los libros, y le encantaba sentarse en mi regazo para mirar los dibujos mientras yo le leía, pero a los cuatro años y medio dejó de contentarse con escuchar y mirar. Quería aprender a leer. Ya sabía el alfabeto y podía entender algunas palabras, pero una vez que decidió que eso no era suficiente, dio la impresión de aprender a leer en cuestión de horas. A los cinco años cruzó severamente la plaza y se enfrentó con un asombrado Michael Johnson, informándole de que sus libros estaban bien para la gente mayor pero que también debería vender algunos del gusto de los niños.

Era muy precoz, todo el mundo lo decía. Le encantaba escuchar las historias de las obras de Shakespeare, me pedía que se las contase una y otra vez, y aunque no podía comprender seis palabras de cada diez, se llevaba el maltrecho volumen de teatro con ella y se ponía a leerlo. No se preocupaba por las matemáticas mucho más que Douglas, pero la historia y la geografía le gustaban enormemente, y me decía que quería saberlo todo sobre todo el mundo, especialmente lo referente a aquellos reyes tan sanguinarios de la antigüedad y a aquellas bellas señoras que llevaban unas faldas tan enormes y tantas joyas.

Cautivadora, caprichosa, voluntariosa y notablemente inteligente, Miranda trajo alegría a mi vida, y aquellos años de Lichfield pasaron envueltos en una dorada felicidad. Disfrutaba de mi trabajo con Maggie, y me convertí en una costurera competente, encargándome cada vez de más cantidad de trabajo a medida que las fuerzas de Maggie empezaban a declinar. Tenía libros que leer y acontecimientos musicales a los que asistir, porque los ciudadanos de Lichfield se preciaban de ser muy amantes de las artes. Había regocijo y tertulias, ejercicio y actividad y la constante satisfacción de mi maravillosa hijita.

Pero todo aquello pronto terminó también.

Maggie entró un día jadeando en el taller y me dijo que no podría acabar a tiempo el vestido de tarde de la señora Stewart; añadió que notaba que le faltaba un poco de aliento. Aquella noche, cuando se despidió de mí hasta la mañana siguiente, estaba muy pálida, y me hice la promesa de aligerarla aún más de trabajo durante una temporada. Maggie siempre se había cargado mucho de faena, y ahora se negaba a admitir que estaba haciéndose mayor. No tuve oportunidad de mantener aquella promesa. Maggie murió apaciblemente durante el sueño, y todo Lichfield lloró a la brusca pero amable mujer que había sido toda una institución en el pueblo.

El sobrino Lambert estaba demasiado ocupado para asistir al funeral. Mandó a un mensajero en su lugar, un joven insensible que revisó cada centímetro de la casa con un cuaderno en la mano, apuntando todos los datos. Lambert pensaba vender la casa, me informó. Todos los muebles y demás bienes serían subastados. Yo tenía dos semanas para “hacer otros planes.” Aquello se hizo tan a sangre fría que casi no podía creerlo, pero era cierto, sin embargo. En dos semanas todo lo que había en la casa fue saliendo por la puerta. No podía aguantar el quedarme allí para verlo. Miranda y yo nos fuimos a Londres, donde podría pedirle mi dinero a Lambert, encontrar un lugar para vivir y abrir mi propio negocio de costurera.

Librodot

Lambert se comportó muy amablemente e incluso fue sincero cuando le visité en la oficina. Pacientemente, me explicó las complejidades de la inversión y me demostró por qué no podía darme el dinero "inmediatamente." Como Maggie me había mantenido y me había pagado además un pequeño salario por mi trabajo, yo no había pedido ni un penique a Lambert anteriormente. Oh, si, me aseguró, mis mil libras iniciales habían ganado ya mucho, mucho. Como sólo me quedaban tres libras después de haber pagado nuestros billetes hasta Londres y la habitación de la posada cuando llegamos, Lambert, muy generosamente, me adelantó lo bastante para poder alquilar un pequeño apartamento y tener con qué pagar nuestros gastos durante unas cuantas semanas, hasta que él pudiera "consolidar" la operación y darme un cheque con la cantidad total.

Y ése fue nuestro primer paso hacia St. Giles, porque nunca pude sacarle un penique a Lambert Hibbert. Al cabo de meses de coser y ahorrar, pude finalmente pagar la minuta de un abogado y llevar a Lambert ante un magistrado y allí conocí la burla en que se ha convertido la justicia en nuestros días. Lambert estaba más allá de toda sospecha, era una alma altruista que, con gran sacrificio, había quitado tiempo de asuntos más importantes para ayudar a una joven viuda, aunque ella era irrazonable, ingrata, vindicativa y, por lo tanto, debería ser enviada a la prisión de Brideweil por demandar en juicio a tan buen ciudadano. Al salir de allí después de tanta humillación, vi a Lambert charlando amistosamente con mi abogado. Le dio al hombre algo de dinero, y los dos se fueron juntos por la calle Bow.

Estaba vencida, pero me negué a dejarme abatir. De alguna manera encontraría el modo de sobrevivir. Me sería imposible abrir un taller, pero podía continuar cosiendo como durante aquellos últimos meses y esperaba poder hacerme con una clientela fija. La ciudad era un lugar tan grande, ruidoso, atestado de gente, frío e insensible... Ciertamente no era el lugar apropiado para una mujer sola con una niña curiosa y llena de vivacidad. Miranda hacia amistades en todas partes, y se acostumbró a Londres en seguida. Disfrutaba con el ruido y la excitación, pero yo estaba preocupada cada minuto que pasaba fuera de mi vista.

Trabajé. Luché. Intenté cuidar a Miranda y labrar un porvenir para las dos, pero las fuerzas empezaron a abandonarme y me fue imposible aceptar tanta costura como antes. Me sentía débil, postrada, y me costaba el mayor de los esfuerzos completar un dobladillo, adornar un cuerpo. Tuvimos que mudarnos a otras habitaciones más baratas. Unos cuantos meses después tuvimos que mudarnos otra vez, y luego otra vez. Me dio una tos muy mala. Parecía que no me la podía curar. Hice un animoso esfuerzo por Miranda, hablándole con vivacidad, continuando las lecciones, haciéndola leer en voz alta mientras yo cosía, pero no me fue posible ocultar completamente la desesperación que sentía cada día. Las cosas fueron de mal en peor... y finalmente tuvimos que coger esta diminuta habitación en St. Giles; y un día descubrí la primera mancha de sangre en mi pañuelo.

Reverendo Williams, le hablo a usted ahora directamente. Debería haberle escrito hace mucho tiempo, lo sé, pero algo me impedía hacerlo. Fue usted tan bueno conmigo, tan bueno, cuando dejé Cornualles... Quería olvidarme de todo, reverendo Williams. Quería empezar una nueva vida, y escribirle a usted hubiera representado traer demasiadas cosas a la memoria... todo aquello que deseaba olvidar. Maggie solía escribirle desde Lichfield, y le tenía informado sobre mí y

Librodot

Miranda, lo sé. Frecuentemente mencionaba las cartas. Eso, de algún modo, me parecía suficiente, y cuando vine a Londres estaba llena de orgullo. No pude escribirle para pedirle ayuda después de no haberlo hecho durante los años en los que todo iba bien. Pero ahora ya no puedo permitirme el lujo del orgullo. Estoy desesperada, y usted es mi única esperanza.

Ayer tuve un terrible ataque. Ha sido el peor de todos. No podía dejar de toser, y la sangre... Me alegré tanto de que Miranda no estuviera en casa... La señora Humphreys me ayudó lo mejor que supo. Es una mujer quejumbrosa, maliciosa y entrometida, pero, a su manera, se ha portado bien conmigo estas últimas semanas. Detesta a Miranda y Miranda verdaderamente la aborrece, se burla de ella, le hace muecas, pero la mujer se ha prestado a "cuidar" de mi y no puedo rechazar su ayuda. No deja de decir que tendríamos que mandar a Miranda al asilo de la parroquia por su propio bien. Conoce a una de las enfermeras. Ella se encargaría de los trámites. No puedo permitirlo. No puedo. Sé lo que les ocurre a los niños que acaban en esos horribles lugares, y aunque tiemblo al pensarlo, sé que Miranda estará mejor arreglándoselas sola por las calles.

Miranda llegó muy tarde ayer, con un cubo de leche, queso y dos pequeños pasteles de carne. Tenía el abundante cabello rojizo sucio y despeinado. Llevaba la cara llena de mugre. Los pies descalzos estaban llenos de lodo, también, y el vestidito azul en un estado lamentable, más gris que azul, salpicado de barro; pero la sonrisa de la niña era tan alegre como siempre, y sus ojos igual de brillantes y vivos. Hablaba sin parar sobre sus aventuras con los otros niños. Habían estado jugando. Había visto otro perrito. Un hombre viejo muy simpático le había pedido que le hiciera un recado, y luego, agradecido, le había dado dinero para comprar comida. Se lo estaba inventando todo, podría asegurarlo, pero me sentía demasiado débil, demasiado abatida para protestar.

Mi hija se ha convertido en una hábil mentirosa. Es perspicaz, astuta y taimada y tan independiente y alborotadora como esos pilluelos con los que corretea por las calles. Va igual de sucia, y cuando se le olvida que no debe hacerlo cecea y suprime las "d" finales y salpica las frases con las palabras más crudas; su voz adquiere entonces un acento gangoso. Tengo miedo por ella. Es muy inteligente, emprendedora y rápida, y eso todavía me da más miedo. ¿En qué líos va a meterse si no se la saca de este horrible lugar?

Me senté en la cama, intentando mostrarme alegre, intentando esconder mi dolor, y ella me echó leche en la taza y me observó mientras yo bebía con dificultad. Me resultaba difícil tragar cualquier cosa, incluso la leche, y no podía comer nada sólido. Le dije a Miranda con tono despreocupado que no tenía hambre, pero ella no se decepcionó. Con los ojos llenos de preocupación, me recostó en las sucias almohadas, me acarició la frente y frunció el ceño.

- Todo se va a arreglar, mamá - me prometió.

- Sí - murmure.

-Te vas a poner bien.

Cayó la oscuridad. Miranda encendió una vela, cogió el estropeado volumen de Shakespeare, y empezó a leerme en voz alta. Su voz era rica, melódica, sin rastros de gangosidad. Me estaba leyendo La tempestad, y se paró a preguntarme si yo la llamaba Miranda por la protagonista de la obra. Asentí, sonriendo, pero las

lágrimas empezaron a caerme por las mejillas al recordar otro tiempo, otro niño, aquella coloreada muñeca de papel que se parecía tanto a la mujer que yo había sido, la mujer en que Miranda debía haberse convertido.

Librodot

Siguió leyendo y finalmente me quedé dormida. Ella ya se había ido cuando me desperté esta mañana, y mientras escribo estas líneas sigue por las calles, correteando con esa pandilla de pilluelos, buscando qué comer, aprendiendo cosas que un niño debe ignorar.

Tiene que salvarla, reverendo Williams.

Me encuentro mucho más débil desde el ataque de ayer, tan débil que casi no puedo sostener la pluma, pero debo terminar. Y no me queda mucho tiempo. Unas cuantas semanas más, quizá. Quizá menos. Entonces podré reunirme con mi Jeffrey... Puedo irme en paz, incluso de buen grado, si sé que alguien cuidará de mi Miranda. Es una Mowrey, reverendo Williams. Ella no lo sabe. No sabe nada de Cornualles, ni de su padre ni de lord Robert Mowrey. Sólo le he dicho que su padre está en el cielo, y nunca me ha hecho más preguntas. Quiero que ella lo sepa. Cuando juzgue usted que es lo bastante mayor para entender, quiero que le permita leer esto.

Usted se ocupará de ella, ¿verdad? Quizá incluso pueda usted hacer que reciba una parte de lo que en buena ley le corresponde. Es mi hija, sí, pero también es hija de Jeffrey, y lord Robert... puedo comprender las razones de su odio hacia mí, pero seguramente no transmitirá ese odio a una criatura inocente.

Estoy tan débil, tan débil. Sólo unas palabras mas...

Esta mañana, cuando concluí las páginas que usted acaba de leer, hablé con la señora Humphreys, y ella me ha prometido hacerlas llegar hasta usted. Voy a envolverlas en papel limpio sobre el que escribiré su dirección. Le he dado algún dinero a la señora Humphreys, y me ha dicho que ella se ocupará personalmente de que el paquete esté en la próxima calesa para Cornualles. Rezo para que usted lo reciba. Rezo para que usted venga y se lleve a mi Miranda para salvarla.

Rezo para que llegue usted a tiempo.